

Vincent R. Vasey, SM

**ÚLTIMOS AÑOS
DEL
PADRE CHAMINADE
1841-1850**

Si el grano de trigo no muere...
(Jn 12, 24)

**Servicio de Publicaciones Marianistas
Ágora marianista
2013**

Título original: ***Dernières années du Père Chaminade. 1841-1850.***
Curia Generalizia dei Marianisti, Roma, mayo de 1969.

Edición española: Diego Tolsada, sm
Traducción. José Ramón Sebastián de Erice, sm

© Servicio de Publicaciones Marianistas (edición impresa) – Madrid, 2013
© Ágora marianista (edición digital) 2013

Edición para uso interno

Nota biográfica sobre el autor y sobre la significación histórica de este libro

VINCENT VASEY sm (1916-1985). Fue un religioso y sacerdote marianista de Estados Unidos. Rector del seminario marianista internacional de Friburgo (Suiza) de 1951 a 1966, y Procurador General, en Roma. Su contribución a la “Inquisito histórica”, que estudió la Causa del P.Chaminade desde el punto de vista histórico, fue decisiva, ya que realizó una investigación exhaustiva con métodos históricos, consultando 45 archivos en el Vaticano, diócesis, ciudades y municipios de Francia. Este estudio quedó resumido en esta obra, importantísima para conocer el desenlace de la vida del fundador: **“Últimos años del P.Chaminade” (1969)**. El trabajo del P.Vasey fue clave para que la Causa saliera de su letargo y diera paso, pocos años después, a la “Declaración de virtudes” (1973), por la que el fundador pudo ser llamado “Venerable”, etapa previa a la beatificación (2000). Años después, con el bagaje que suponían los estudios realizados, y con la Causa ya avanzando, escribió una valiosa biografía sobre el fundador: **“Chaminade, another portrait”**, editada póstumamente por Joseph Stefanelli sm y Lawrence Cada sm (1987).

Por tanto, estamos ante una de las obras de investigación histórica más significativas sobre el fundador, uno de los libros cruciales y definitivos sobre Chaminade.

ÍNDICE

Capítulo 1. *El problema de los últimos años de nuestro Fundador*

Capítulo 2. *La dimisión del Padre Chaminade*
El gobierno de la Compañía entre 1841 y 1844

Capítulo 3. *Las consecuencias de la decisión arbitral: la guerra declarada*

Capítulo 4. *La decisión de Roma y el Capítulo General de 1845*
El Capítulo General de 1845

Capítulo 5. *El conflicto sobre los abusos*
La interpretación del P. Chaminade
La paternidad espiritual
El carisma del Fundador
El mandato apostólico y sus consecuencias

Capítulo 6. *La realidad de los abusos*
Roussel tolerado
La responsabilidad de Clouzet en el conflicto

Capítulo 7. *El testamento*

Capítulo 8. *La rehabilitación del Padre Chaminade*

SIGLAS

ANP	<i>Alia Nova Positio</i> ; ANP, doc. IV = <i>Alia Nova Positio</i> , documenta IV.
ASM	(hoy AGMAR) Archivos de la Compañía de María (Roma)
L	<i>Cartas del Padre Chaminade</i> , edición Haveaux; L, 1 = <i>Cartas</i> , vol. I.
LD	<i>Cartas</i> , edición Dalstein. Contiene la correspondencia recibida por el Padre Chaminade y también la correspondencia activa y pasiva de un cierto número de personas (Roussel, Caillet, los arzobispos de Burdeos y Alvi, etc.), que el Padre Dalstein escribió en cuadernos unidos y siguiendo una paginación progresiva. Las casi 1100 páginas del conjunto de los cuatro cuadernos son del periodo 1844-1850 y se refieren, de modo especial, a los acontecimientos dolorosos que ensombrecieron los últimos años de nuestro Fundador. Este repertorio manuscrito no es exhaustivo. No figuran muchas cartas de quienes vivieron en esa época.
LL	<i>Cartas</i> , edición mecanografiada Lebon. Es un volumen de 500 páginas en el que el Padre Lebon presenta y hace una introducción a las cartas escritas por el Padre Chaminade durante el periodo 1844-1850.
NP	<i>Nova Position super Virtutibus</i> . Los <i>Documenta</i> (doc.) forman parte del <i>Summarium Additionale</i> .
Posit. Intr.	<i>Positio super Introductione Causae</i> , 1918.
Posit. Virt.	<i>Positio super Virtutibus</i> , 1929.
Proc. Fol.	<i>Processus ordinarius, folia</i> .
Summarium	<i>Summarium processus ordinarii</i> . Es el sumario del proceso diocesano. Este texto ha sido publicado de forma independiente y también ha sido incorporado en la <i>Positio super Introductione Causae</i> .

Capítulo 1

EL PROBLEMA DE LOS ÚLTIMOS AÑOS DE NUESTRO FUNDADOR

Los últimos años del P. Chaminade (1841-1850) constituyen la cruz de su vida y de su Causa de Beatificación. Después de haber examinado la tesis del P. Subiger con el objetivo de explicar el misterio de esa época, el P. Demangeon expone con claridad el problema cuando nos dice:

Sin embargo, encuentro muy difícil justificar a un eclesiástico, a un religioso, a un fundador, que persistió en su oposición después del Capítulo General, del decreto de la Santa Sede y de las amonestaciones de los obispos, con la excepción de una sumisión en el primer momento, que pronto rechazó. Según los principios que profesamos y enseñamos sobre la sumisión a la autoridad, especialmente a la Suprema Autoridad, eso es desobediencia o el resultado de una enfermedad mental¹.

La Sagrada Congregación de Ritos sitúa el problema en los últimos años de su vida. Cuando, en 1967, el postulador estudió una vez más la Causa, pudo constatar, sin ningún género de dudas, que la vida del Fundador no generaba ningún problema hasta la fecha de su dimisión. La heroicidad de sus virtudes está suficientemente probada hasta su fatídica decisión de abandonar el gobierno de la Compañía. Lo que faltaba por hacer consistía en explicar y demostrar mediante el método histórico que continuó practicando la heroicidad de las virtudes desde el 7 de enero de 1841 hasta su muerte. La Causa ha entrado en un círculo vicioso, porque se han dicho muchas cosas sobre las virtudes del P. Chaminade y se han aportado muchas respuestas contradictorias en la primera, en la segunda y en la tercera *Positio*.

Cuando se rechazaron por primera vez las pruebas de la heroicidad de sus virtudes durante sus últimos años de sufrimiento, se tendría que haber adoptado un nuevo enfoque, radicalmente diferente, en la presentación de la Causa. Sin embargo, se utilizó el mismo método. Por eso indicaron al postulador que se debería haber estudiado, desde el inicio, como una causa histórica. Evidentemente, en 1967 es posible realizar una interpretación retrospectiva y resulta fácil deducir lo que se tendría que haber hecho. Sin embargo, el error de perspectiva había sido detectado mucho antes. El 28 de diciembre de 1936 el P. Scherrer escribió al P. Lebon:

En resumen, según lo que he podido entrever, ahora todo dependerá de la Sección Histórica. Por eso el promotor de la Causa reflexiona diciendo: «Creíamos haber ganado

¹ *Memorias del P. Demangeon*, I, p. 55, ASM, caja, 17, 1.

tiempo obviando la Sección Histórica; me doy cuenta, ahora, que habría sido mejor resignarnos inmediatamente... como en el caso Javouhey»².

Y debido a que la Causa no había sido estudiada por la Sección Histórica, dijo monseñor Natucci:

En cualquier caso hemos llegado hasta aquí (...), pero con un aumento de valoración desfavorable hacia la Causa. Únicamente había un medio para mantener abierta la Causa y consistía en proponer al Papa que nos permitiera continuar el estudio de las dificultades³.

Es cierto que los miembros de la Compañía que prepararon e iniciaron el estudio de la Causa, los padres Simler, Klobb, Hiss, Lebon y Subiger, realizaron investigaciones históricas. Reunieron los documentos. Intentaron analizar sus contenidos y los interpretaron. Sus numerosas monografías atestiguan su buen hacer y su dedicación inteligente. Si hubo errores, no les son imputables. Para convencerse de esto, baste recordar que la Sección Histórica no tenía entonces la eficiencia que tiene ahora, gracias a la reforma radical realizada por el *motu proprio* de Pío XI *Gia da quelche tempo* y a las oportunas modificaciones que introdujo el Decreto del 4 de enero de 1939⁴.

El primer estudio histórico sobre los últimos años del P. Chaminade se encuentra en la biografía escrita por el P. Simler⁵. El P. Simler sabía que esta versión de los hechos era incompleta. Después de la publicación de la obra, respondió a las críticas que le envió el P. Demangeon y admitió que era necesario realizar un estudio monográfico y detallado de ese periodo:

Si todos los primeros marianistas que conocieron al P. Chaminade hubiesen conservado sus recuerdos y redactado algunas notas, ciertamente habríamos podido transmitir más detalles interesantes. Puede constatar, sin embargo, que hemos omitido numerosas informaciones con el propósito de limitarnos a escribir un único volumen. Tengo ante mí una serie de cuadernos en los que resumí o reproduje todo lo que he podido conocer durante los últimos treinta años sobre nuestro venerado P. Chaminade. No hemos utilizado, ciertamente, la mitad de estas notas. Lo que el P. Klobb descubrió en Burdeos el invierno pasado en las bibliotecas, en los archivos y en algunos de sus viajes, nos ha obligado a no incorporar muchas de las informaciones que yo había reunido. Pero no se ha perdido nada. Siguiendo ese proceder, hemos podido seguir al P. Chaminade, paso a paso, y mostrarlo, según creo, tal como vivió y trabajó. Hemos tenido en cuenta únicamente el bien que debe producir un conocimiento más exacto y más completo de nuestro venerado Fundador⁶.

En la misma carta se refiere después, de forma expresa, a los últimos años y dice que

esta parte de la vida del Padre Chaminade necesita ser estudiada con todo detalle, pero no debe ser publicada.

² Carta del P. Scherrer al P. Lebon, 28 de diciembre 1936.

³ Carta del P. Scherrer al P. Lebon, 9 de enero 1937.: «Mons. Natucci, Promotor de la Fe: siempre se ha mostrado muy favorable a la Causa, aunque sin ocultar las dificultades. Ahora se pregunta si, tal vez, no habría sido más conveniente orientar la Causa, desde el principio, hacia la Sección Histórica».

⁴ A. P. FRUTAZ, *La Sezione Storica della Sacra Congregazione dei Riti, origini e método di lavoro*. Vaticano, Tipografia Vat., 1963.

⁵ J. SIMLER, *Guillermo-José Chaminade. Vol. II*. Madrid, Servicio de Publicaciones Marianistas, 2006, pp. 331-390.

⁶ Carta del P. Simler, París, al P. Demangeon, 14 de enero de 1902.

Este último comentario revela una de las causas a las que se pueden atribuir las carencias en los capítulos del P. Simler sobre los últimos años de la vida del Fundador. Estaba demasiado preocupado por la reputación de sus dos predecesores: los padres Caillet y Chevaux. El P. Etienne Bernard, director del colegio Gran Lebrun de Burdeos, que estaba en continua relación con el P. Simler y con el P. Klobb cuando escribían en el colegio los últimos capítulos de la vida del P. Chaminade, nos cuenta que en una ocasión el P. Simler le hizo esta confidencia:

Si creyese a mi joven secretario [el P. Klobb] –me dijo uno de esos días–, no existiría ninguna dificultad. Atribuye toda la culpa al P. Caillet y al P. Roussel; me anima a condenarlos sin ningún tipo de reparo. Según él, son unos canallas. Se trata –añadía el P. Simler–, de la opinión de un joven y de un biógrafo fascinado por su héroe⁷.

El P. Bernard explica la afirmación del P. Simler de esta manera:

Sin embargo, el P. Simler era un hombre con experiencia, era la autoridad máxima en la Administración General, y era el sucesor que se solidarizaba con el P. Caillet. Se encontraba ante un conflicto insalvable entre el Fundador y sus Asistentes: experimentaba hacia la persona del Fundador una grandísima veneración filial, una honda admiración de sus virtudes y, por otra parte, estaban las tajantes afirmaciones de su predecesor, el P. Caillet, a quien había conocido y al que consideraba leal, sincero y entregado plenamente a la Compañía de María⁸.

Para reconciliar las dos posiciones diametralmente opuestas, Simler, al final de su extraordinaria biografía de aquel a quien el cardenal Salotti llama «una gran figura, una clásica figura de Fundador, un verdadero gigante»⁹, nos presenta al P. Chaminade afectado por una situación grave de escrúpulos, paralizado en su actividad y debilitado intelectualmente. A la recusación que el P. Bernard hacía sobre la validez de su exposición, el P. Klobb respondió:

Era un sacrificio necesario: no podíamos lanzar por encima de la borda al P. Caillet y a sus Asistentes. Teníamos que resolver un problema muy delicado. Evidentemente, no tratábamos en absoluto de disminuir el mérito tan excepcional del P. Chaminade. ¡Ni mucho menos! Sus sufrimientos morales unidos a sus dolencias físicas no disminuyen la belleza de su fisonomía; terminan, más bien, esculpiéndola al estilo de los santos. No podíamos rechazar esta explicación de los hechos. Era necesario salvaguardar la autoridad de los Superiores que han sucedido al P. Chaminade en el gobierno de la Compañía¹⁰.

Por lo tanto, no se puede aceptar que los últimos capítulos de la obra del P. Simler sean una exposición histórica válida. Lo que dice sobre el Fundador resulta muy negativo, sobre todo teniendo en cuenta que el resto de la obra tiene un carácter más científico. Hace algunos meses, un historiador manifestaba al postulador actual que admiraba la biografía del P. Chaminade escrita por el P. Simler.

⁷ Testis XX Stephanus Bernard e Societate Mariae. Ad interrogatorium sexagesimum. *Proc. Fol.* 1446, terg. *Posit. Virt.*, p. 423.

⁸ *Posit. Virt.*, p. 423.

⁹ CARDENAL SALOTTI: «Considero a Chaminade una grande figura, una figura classica del Fondatore, figura gigantesca». Carta del P. Scherrer al P. Lebon, 7 de noviembre de 1937.

¹⁰ *Posit. Virt.*, p. 425.

¿Cuáles son los grandes defectos de los últimos capítulos? Ante todo, el P. Simler acepta la interpretación presentada en el *Memorial Confidencial* de la Administración General escrito por el P. Roussel. Acepta que las dificultades surgidas entre el Fundador y la Administración General se produjeron debido a una enfermedad mental del Fundador, agravada por su debilidad física, lo que explica sus reclamaciones irresponsables de reformar los abusos. Esta hipótesis fundamental colorea todo el análisis de las actividades del Fundador en el curso de su «guerra declarada» con la Administración General. Según dicha hipótesis, expuesta de forma objetiva, el P. Chaminade estaba equivocado y la Administración General tenía razón. El P. Simler creía haber salvado la honorabilidad del Fundador y haber defendió su santidad heroica, y en realidad no salvó nada. Demostrar que la conciencia de una persona es irreprochable y santa es algo muy diferente a presentar su vida para que pueda ser imitada por los fieles. Con la excelente intención de no herir a nadie, Simler omitió numerosos aspectos de la verdad. En el Capítulo General de 1901, que tuvo lugar en Anthony, varios capitulares llegaron a decirle al P. Bernard —encargado por el P. Simler de explicar que sus ausencias prolongadas fuera de París eran necesarias para la conclusión del libro que debía escribir en Burdeos— que:

un Superior General no puede tener la imparcialidad deseada al escribir sobre una vida como esta¹¹.

Más tarde, en Rèves, durante la celebración de otro capítulo general, el P. Klobb realizó esta confesión:

Seguimos el camino equivocado... La última parte de la historia del P. Chaminade debe rehacerse. Tenemos documentos que no ofrecen la menor duda. El P. Chaminade tenía razón en sus reivindicaciones; no se ha escrito aun la verdadera historia de sus últimos años¹².

Además del principio fundamental erróneo en el que se inspiraba el P. Simler —el problema mental del Fundador durante sus últimos años— y de su propósito de silenciar ciertos aspectos del conflicto, había otros factores que impedían la elaboración de un estudio histórico exhaustivo cuando escribió la biografía. En primer lugar, la voluminosa documentación referente a las discrepancias entre el Fundador y la Administración General no había sido estudiada a fondo. Se ha hecho después, durante los cincuenta años que nos separan del nombramiento oficial del primer postulador. En segundo lugar, el P. Simler desconocía documentos importantes, tales como la opinión del Consultor romano en 1845 y numerosas cartas conservadas en los archivos del Vaticano y en los archivos de varias diócesis. Estos documentos fueron descubiertos más tarde, cuando se inició una búsqueda sistemática de los escritos del P. Chaminade para la fase del proceso llamada *Super Scriptis*. Hay que señalar, en tercer lugar, que el P. Simler vivía en una época en la que se solía pensar que la discreción era un ideal al escribir la historia. Para proteger la reputación de ciertas personas, del P. Caillet y de otros, calló deliberadamente la historia escandalosa del P. Roussel. Fiel al mismo principio, el editor de las cartas del P. Chaminade suprimió las referencias sobre la conducta inmoral de Philippe Roussel, hermano de Narcisse. Estos son los condicionamientos de tipo general presentes en la obra del P. Simler. En su estudio, el

¹¹ *Posit. Virt.*, p. 426.

¹² *Posit. Virt.*, p. 426.

P. Lebon ha enumerado estas inexactitudes, pero no es necesario repetir el listado en el resumen histórico que estamos realizando¹³.

Además de lo que nos dice en la biografía sobre los últimos años del P. Chaminade, el P. Simler ha dejado otro manuscrito, cuyo contenido fundamental es el mismo, aunque lo explica de forma más detallada.

La historia del P. Klobb sobre el mismo periodo acepta la tesis básica del P. Simler. Su trabajo está bien documentado, está bien escrito y critica duramente al P. Chaminade. Hay un capítulo titulado «La Verdadera Causa del Conflicto» que nos proporciona la clave explicativa de su exposición: el P. Chaminade estaba enfermo. Nos dice que todos estaban de acuerdo en este punto, pero no supieron sacar la conclusión que se imponía y tratarlo como a un enfermo.

«El P. Bouet, el Sr. Faye y el arzobispo de Burdeos achacan todo esto, en parte, a la edad del Buen Padre», escribía un poco más tarde el P. Chevaux al P. Meyer (el 6 de septiembre de 1844), y el P. Roussel decía al arzobispo de Jerphanion (el 25 de agosto de 1844): «No podemos comprender la conducta realmente monstruosa del P. Chaminade a menos que la consideramos como algo debido a una debilidad mental, producida por su edad avanzada y por sus grandes trabajos». El P. Caillet era incluso más explícito. Escribió al P. Rothéa (el 10 de diciembre de 1844) diciendo que «El P. Chaminade volvía a la infancia; está tan debilitado que sus ideas comienzan a ser confusas». Resumía así su opinión al P. Meyer (el 31 de agosto de 1844): «Desde el pasado febrero, la conducta del Buen Padre hacia los tres Asistentes me resulta un misterio. Tiene únicamente una idea *fixa*, la de recuperar el generalato del que dimitió. Para conseguirlo, ha removido cielo y tierra... ha utilizado medios que no se pueden admitir ni desde el sentido común, ni desde la razón, ni desde la fe, y que solo se puede afirmar que no son astucia y engaño diciendo que, a su edad avanzada, la memoria no le ayuda y frecuentemente le engaña. Su espíritu, debilitado como el cuerpo, no capta la mayoría de las ideas y únicamente retiene algunas a las que se aferra debido a que las otras han sido olvidadas»¹⁴.

Todos los testigos que cita el P. Klobb son los que se oponían al P. Chaminade. En aquel tiempo el P. Chevaux no compartía su opinión, y los padres Meyer y Rothéa nunca la aceptaron. En el manuscrito del P. Klobb, que está a la disposición del postulador, figuran numerosos comentarios y notas críticas del P. Lebon.

La opinión del P. Klobb sobre el conflicto evolucionó poco a poco, a medida que estudiaba los documentos. Comenzó con una interpretación que expone con mucha claridad en su largo estudio y terminó admitiendo que la verdadera historia de los últimos años del fundador todavía no se había escrito. Uno de los testigos en el Proceso de Beatificación, el P. Michel Evans, de las Misiones Extranjeras de París, realizó un retiro privado en Nivelles, dirigido por el P. Klobb. Nos cuenta las conversaciones que tuvo con él sobre los últimos capítulos de la biografía escrita por Simler. Esta obra le había encantado. Se sentía inspirado por la acción apostólica del Fundador, a la que encontraba tan moderna y tan adaptada a las necesidades de los tiempos. Había tenido la misma experiencia que un historiador de la Sagrada Congregación de los Ritos, el cual, en el curso de su lectura de la biografía del P. Chaminade realizada por Simler, comunicó hace poco tiempo la siguiente reflexión al postulador:

¹³ P. LEBON, *Notes critiques sur les principaux événements des dernières années de M. Chaminade*, cap. XXXII, pp. 1-10.

¹⁴ P. KLOBB, *Dissentiments entre le B. P. Chaminade et le Conseil d'Administration, 1844-1890*, 9º: «La vraie cause du conflit», pp. 41-42.

El otro día le decía a un sacerdote que pensamos haber descubierto América en el Vaticano II, y aquí nos encontramos con un hombre que proponía estas ideas modernas sobre el apostolado hace más de ciento cincuenta años.

El joven Evans, en el retiro realizado cuando era estudiante de derecho, no podía aceptar la interpretación de los últimos capítulos de la biografía de Simler. Esas páginas no encajaban con el resto del libro. Lo afirmó con claridad al P. Klobb «con toda la crudeza que se puede tener a los 23 años». El P. Klobb le dio un cierto número de documentos para que los leyese. Después, preguntó al estudiante de derecho lo que pensaba. El joven Evans le comunicó las tres conclusiones a las que había llegado:

De estos documentos y de la lectura de la vida escrita por el P. Simler, llego a las siguientes conclusiones: 1) que nada permite afirmar que la mente del P. Chaminade estuviera debilitada durante los últimos años de su vida, al menos de la forma que parece insinuarse, 2) que fue víctima de odiosas intrigas cuyo autor principal fue el P. Roussel, 3) que el papel desempeñado por el P. Caillet, según mi opinión, fue el de un hombre de mentalidad estrecha, testarudo, celoso de su autoridad y totalmente incapaz de comprender las delicadezas de conciencia del Fundador¹⁵.

Volvímos sobre el tema durante los días siguientes y la primera vez terminé diciéndome:

—Después de todo, tal vez tenga usted razón. Sin embargo es mejor no hablar de esto delante de los hermanos.

Según su forma de pensar, se trataba de una simple medida de prudencia. No era, en forma alguna, miedo a dañar la fama de santidad del P. Chaminade. Otra vez me dijo:

—Creo, por supuesto, que será necesario redactar nuevamente esos famosos capítulos.

Y en otra ocasión me comentó:

—Cuanto más leemos, tanto más miedo tenemos ahora de habernos equivocado y de no haber dicho la verdad, porque no se realizó un examen adecuado...

Analizando con atención todos los datos, y especialmente al descubrir documentos desconocidos hasta entonces, llegó a la convicción, no sin renuencias, de la necesidad de una nueva redacción de todo lo que se ha dicho en los últimos capítulos de la vida del Servidor de Dios¹⁶.

La biografía del P. Simler, tan decisiva para la introducción de la Causa de Beatificación de nuestro Fundador, ha ejercido finalmente una influencia muy negativa. Ante el callejón sin salida al que había llegado la Causa en 1936, el postulador escribió al P. Lebon:

En el tema de las dificultades de los últimos años, la *Vida* (del P. Chaminade) escrita por el B. P. Simler suscitó terribles objeciones en Mariani —el primer abogado del diablo— y continúa suscitándolas en el protonotario y en otros. A pesar de todo lo que se ha dicho —y de forma apropiada— en defensa de la Introducción de la Causa, percibo que *todavía no parecen estar convencidos* de que la verdadera explicación no es la del P. Simler. Incluso el Cardenal Salotti parece inclinarse hacia esa interpretación... ¡y él fue el primer abogado de la Causa! ¡Y defendió la tesis contraria!¹⁷.

La biografía del P. Rousseau intentó modificar la interpretación del P. Simler utilizando nuevos documentos. Otros investigadores han estudiado los últimos años del P. Chaminade y han escrito sobre este tema. El P. Lebon, que comenzó sus investigaciones con el P. Klobb, redactó un largo estudio documentado de casi mil

¹⁵ *Posit. Virt.*, p. 491.

¹⁶ Testis XXVI, Rev. D. Michael Evans, annorum 40, iuxta, sexagesimum interrogatorium: *Porc. Fol.*, 1698; *Posit. Virt.*, pp. 492-493.

¹⁷ Carta del P. Scherrer al P. Lebon, 3 de febrero de 1937.

páginas¹⁸. Después del último rechazo de la Comisión Preparatoria en 1936, el P. Lebon inició un nuevo estudio sobre los *desiderata* de la Sagrada Congregación. Lo tituló: *Notas Críticas sobre los principales acontecimientos de los últimos años del P. Chaminade*. Descubrimos al leerlo que intentó seguir las instrucciones enviadas desde Roma por el postulador, el P. Scherrer, después de las conversaciones que tuvo con el Maestro del Palacio Apostólico y teólogo del papa, el P. Cordovani, O.P.¹⁹, con el Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación, con el Promotor de la Fe y con el Relator de la Sección Histórica²⁰. El P. Lebon se propone en este estudio presentar los últimos años como una serie de pruebas queridas por la Providencia para purificar y santificar al Fundador de la Compañía de María. Era, por otra parte, la misma explicación que daba el P. Chaminade a los acontecimientos de esos años. Sabía que, en los caminos de la Providencia, los fundadores y los cofundadores deben sufrir mucho²¹. Recordaba al P. Caillet que «la criba del Señor» era la prueba de su predilección por la Compañía de María²². Declaraba al papa que no experimentaba hostilidad hacia nadie por el hecho de que el Señor hubiese permitido a Satanás pasar por el tamiz a la Compañía... «y hacerla más apta para realizar los designios de Dios»²³. Además de estas investigaciones sobre los últimos años del Fundador, en los archivos de la Administración General existen estudios manuscritos sobre el mismo tema realizados por los padres Simler, Klobb, Subiger y Hiss.

El breve estudio que presentamos ahora es la síntesis de las investigaciones realizadas por el postulador para compilar el material que el Relator General de la Sagrada Congregación, el capuchino P. Melchor de Pobladora, utilizará al escribir *ex officio* la «*Positio*» *histórica oficial*, con el objetivo de disipar las dificultades que surgieron durante la última Sesión Preparatoria. Una vez más, la Causa tiene la fortuna de que sea el Relator quien asuma personalmente esa función. Después del fracaso del 24 de noviembre de 1936, el postulador esperaba que fuese el Relator, y no uno de los delegados de la Sagrada Congregación, quien se encargase de esta tarea. La Providencia ha dispuesto las cosas de tal forma, que su esperanza se ha hecho realidad.

Para no desbordar demasiado el contexto de una circular, estas páginas han tenido que condensar una documentación abundante. Esperemos que su brevedad no creen esa oscuridad que temía Horacio cuando intentaba ser conciso. El futuro nos proporcionará estudios más detallados sobre aspectos concretos, tales como el contrato con D. Augusto Perrière, el Capítulo de 1845, el arbitraje para llegar a un acuerdo en el conflicto que enfrentaban al P. Chaminade y a la Compañía en el tema de los bienes...

¹⁸ P. LEBON, *Les dernières années du Bon Père Chaminade*, 2 volúmenes: I, enero de 1841-diciembre de 1845; II, diciembre de 1845-enero de 1850.

¹⁹ Carta del P. Scherrer al P. Lebon, 15 de enero de 1939.

²⁰ Ver *Cartas, passim*, ASM, caja 80.

²¹ Carta del P. Chaminade al P. León Meyer: C., V, n. 1225.

²² Chaminade a Caillet, el 17 de agosto de 1844: LL, n. 1313, ANP, doc. 85; cf. Chaminade a Roussel, 9 de enero de 1845: LL, n. 1364; ANP, doc. p. 101.

²³ Segunda Súplica, no enviada, del P. Chaminade al Papa Gregorio XVI, 26 de marzo de 1845: LL, n. 1369, p. 122.

Capítulo 2

LA DIMISIÓN DEL PADRE CHAMINADE

El 7 de enero de 1841, el P. Chaminade convocó a su Consejo –los PP. Caillet y Roussel y al Sr. Clouzet– para tratar un tema urgente. ¿Debería la Compañía aceptar las reclamaciones de D. Augusto Perrière, que había sido marianista, basadas en un contrato realizado ocho años antes entre él y el P. Chaminade, o iniciar un proceso legal para defender sus intereses?

El P. Chaminade era enemigo de todo proceso legal²⁴. Prefería llegar a un acuerdo sin recurrir a los tribunales. Se encontró con una gran sorpresa, porque el Consejo no apoyó su opinión. El más joven de los consejeros, el P. Roussel, nombrado consejero de forma interina, tomó la palabra. Propuso que se denunciase el contrato y que el P. Chaminade presentase la dimisión para facilitar el proceso y apresurar el feliz resultado de la inminente decisión judicial. Roussel fundamentó su propuesta en la hipótesis de que en 1832, en el contrato con D. Augusto, el Fundador sobrepasó sus poderes²⁵. El P. Roussel no improvisó su intervención. Había consultado a un eminente jurista, al Sr. Ravez.

El mayor de los dos hermanos Faye –ambos eran abogados– había constatado que a los tres Asistentes, y especialmente a Clouzet, no les agradaba el contrato Chaminade-Perrière. En su deseo de ayudarlos y sin decírselo al Superior General, el Sr. Faye consiguió el contrato y consultó al mayor de los Ravez. Este eminente jurista emitió la opinión de que si el P. Chaminade presentaba la dimisión de su cargo, su sucesor podría invalidar el contrato²⁶.

¿Cuál fue la reacción del P. Chaminade? Clouzet dice que «en esta circunstancia, como en tantas otras, fue admirable»²⁷. El mismo P. Chaminade explica lo que pensaba en ese momento crítico. El 7 de enero de 1841 había insinuado públicamente que tenía el deseo de dimitir para garantizar que su muerte no

²⁴ *Lettres du P. Chaminade*, tomo V, pp. 223-224, 227.

²⁵ Sesión del Consejo del 7 de enero de 1841; ANP, doc. p. 137.

²⁶ *Court Mémoire*, 12 de julio de 1847, Archivos del Vaticano. Colección romana, p. 13. «El Sr. Faye, el mayor, antiguo abogado, muy vinculado a los tres Asistentes del Superior General, viendo la gran preocupación por el hecho de que el Superior General había realizado un contrato con el Sr. Augusto Perrière, y que el Sr. Clouzet estaba muy abatido, toma el acto de la transacción, sin decir nada al Superior General, y consulta al Sr. Ravez, al padre, sobre el documento de la transacción; este opina que si el P. Chaminade quiere y puede dimitir del generalato, su sucesor podría conseguir que se invalidase el contrato».

²⁷ Clouzet a Chevaux, 21 de enero de 1841.

interrumpiese la prosperidad de la Compañía²⁸. Quería dedicar lo que le quedaba de vida a prepararse para la muerte, a escribir un libro sobre la práctica de la fe y a tener el consuelo de dejar a la Compañía en estado de fervor en el momento de su fallecimiento²⁹. Sin embargo, no le convenció la opinión de los juristas comunicada por el Consejo. Quería, ante todo, cumplir el contrato con D. Augusto. Por otra parte, no tenía la intención de actuar sin el consentimiento de su Consejo. Deseando satisfacer a sus Asistentes, especialmente a Clouzet, presentó su dimisión oralmente y pidió que se redactase una fórmula escrita que copiaría y firmaría el día siguiente.

2º Cuando, con motivo del proceso, me propusieron dimitir del generalato, respondí que lo pensaría y, en la sesión siguiente, dije:

–Desde hace mucho tiempo, pienso en dimitir; ruego a Dios que me haga conocer quién debe remplazarme. Pienso que la Providencia me proporciona en este momento la ocasión de realizar lo que medito desde hace mucho tiempo. Por lo tanto, dimito del generalato según mi primera intención.

Los asistentes parecían estar contentos y no me hicieron ninguna observación. Se me indicó, únicamente, que para el proceso legal era necesario un acto de dimisión firmado personalmente. Encargué al P. Roussel, que era mi secretario, que lo realizase tal como lo exigían los Estatutos y lo requería el proceso. El día siguiente lo leí y, no habiendo encontrado argumentos que se opusiesen a mi dimisión del día anterior, lo copié y lo firmé.

3º Cuando acababa de entregar dicho documento, el P. Roussel me dijo, en un tono jovial e irónico:

–Bueno, Buen Padre, ¿cómo va a actuar usted ahora?

–Como lo indican las *Constituciones* –le respondí.

–Las *Constituciones* no prevén esta situación –me dijo.

Le respondí diciendo

–Sí, y voy a citaros un ejemplo. Supongamos que nombro como sucesor al P. Caillet, que yo sea su Jefe de Celo, usted, Jefe de Instrucción y el Sr. Clouzet, Jefe de Trabajo: las *Constituciones* indican que hay que actuar así.

–No, Buen Padre, no se puede actuar de esa forma ¡no comprende usted nada de las *Constituciones*!...

Como había llegado el momento de la cena, nos separamos sin haber llegado a un acuerdo³⁰.

Durante los años que le quedaron de vida, el P. Chaminade mantuvo que había presentado la dimisión efectiva oralmente, en función de las *Constituciones*, que indican en el artículo 482³¹:

Si el sucesor que propone es aceptado por el Consejo y por los Superiores de las casas centrales, queda investido, por ese hecho, de toda la autoridad de Superior General, hasta la convocatoria del Capítulo, que tendría que celebrarse después del décimo año del generalato de su predecesor.

Desgraciadamente, sus tres asistentes, Caillet, Roussel y Clouzet, a los que se les llama «el triunvirato» en las Actas de la Causa, sostuvieron obstinadamente que nunca manifestó la intención de dimitir de esta forma. Según ellos, su dimisión era incondicional y en función del artículo 481 de las *Constituciones*.

²⁸ Chaminade a Chevaux, 17 de enero de 1847; cf. NP, doc. pp. 54-55.

²⁹ Chaminade al arzobispo Donnet, 6 de junio de 1847.

³⁰ Chevaux a Fontaine, 9 de diciembre de 1844: NP, doc. pp. 17-18.

³¹ Las *Constituciones* de 1839 fueron inicialmente litografiadas. En las ediciones impresas en 1847 y 1859 existe un número menos a partir del n. 272, y otro número menos a partir del n. 370. De forma que el n. 482 de la edición litografiada pasa a ser el 480 en las ediciones impresas.

Se podría pensar, en principio, que la divergencia entre las dos interpretaciones era fácil de resolver si se consultaba el acta de la sesión del Consejo del 7 de enero de 1841. El acta, en su estado actual, no menciona la intención del Fundador de nombrar a su sucesor. Esta evidencia se opone a la interpretación del P. Chaminade. Pero, ¿hasta qué punto son fiables las actas conservadas en los archivos de la Administración General? En primer lugar, figuran muchas irregularidades desde un punto de vista formal. Están firmadas por el religioso Bonnefoi y este no asistió a dicha reunión del Consejo. Además, incluso si hubiese asistido, el hecho de estar firmadas únicamente por él no sería suficiente para autentificarlas. Las *Constituciones* de 1839 se refieren a dos registros (art. 457). Describen, en primer lugar, el registro ordinario (art. 458), que contiene todas las decisiones tomadas por la Administración General. Las decisiones tienen que estar firmadas por el Superior General y por el Secretario. En el registro extraordinario (art. 459) se inscriben las deliberaciones sobre las materias mencionadas en el artículo 400. Deben firmar el Superior General y todos los Asistentes, y el acto legal debe incluir la certificación del Secretario General. La dimisión escrita del P. Chaminade (realizada el día 8) incluye las firmas de todos los que asistieron a la sesión y en el orden siguiente: Bonnefoi, Chaminade, Caillet, Roussel y Clouzet. Pero el acta no está firmada correctamente, tanto si la dimisión oral fue considerada un asunto ordinario como si se consideró que era un asunto extraordinario.

Además, el texto que tenemos del acta de la sesión del 7 de enero no es el texto original. Roussel, de acuerdo con lo que piden las *Constituciones*, actuó como Secretario en la sesión del 7 de enero, sustituyendo a Bonnefoi. Sobre este tema, el P. Chaminade escribió al arzobispo Donnet el 6 de enero de 1847:

Esta reserva, que había sido mencionada en el acta del 7 de enero de 1841 que ha desaparecido, pero que había sido leída en la sesión del día siguiente, el 8 de enero de 1841, por decirlo de alguna forma, se ha borrado del acta original y del informe del P. Caillet y del Sr. Clouzet, quienes no se atreven a sospechar la existencia de un acta diferente del 7 de enero de 1841, que ha sustituido a la primera como por arte de magia, porque el P. Roussel ha sabido modificar admirablemente todo, en este asunto como en otros, haciéndoles creer que *se imaginaron* haber oído mencionar en la lectura del acta *lo que se había dicho de otra forma*. Los señores Caillet y Clouzet, por lo menos el P. Caillet, no han podido evitar tener sospechas contra el P. Roussel, pero las han rechazado después como si fuesen sugerencias del demonio³².

El P. Caillet afirma, en su *Memorial* del 3 de septiembre de 1848, que el acta fue leída en presencia del P. Chaminade y que la firmó³³. Es muy fácil responder a esta declaración de Caillet planteando la pregunta sugerida por la cita precedente: ¿qué ocurrió con el acta firmada por el P. Chaminade? De hecho, en el acta que tenemos del Consejo del 7 de enero de 1841, figura únicamente la firma de Bonnefoi, que no asistió a dicha sesión.

Aunque los Asistentes rechazaron siempre de forma muy clara la afirmación del Fundador, tenemos una prueba de las dudas que suscitaba en ellos la supuesta validez de la dimisión. Léon Meyer escribió al P. Chaminade el 7 de marzo de 1845, después de una conversación con Clouzet, en la que este le dijo:

³² Chaminade al arzobispo Donnet, carta del 6 de enero de 1847, *Appendix ad Summarium Additionale Novae Positionis*, pp. 58-59.

³³ Este documento no ha sido publicado en las actas del Proceso de Beatificación.

Que el Buen Padre designe a su sucesor tal como se había acordado, *la deliberación figura en el registro...*³⁴.

El P. Chevaux, íntimo amigo de Clouzet, confirma a su vez el testimonio del P. Meyer:

El P. Chaminade ha utilizado términos equivalentes a «reserva», «condicionado a»: eso es lo que parece ser cierto y también parece ser cierto que comprendieron lo que decía el Buen Padre, puesto que durante tres años han hablado y actuado en ese sentido. Durante tres años, Clouzet nunca me ha hablado en sentido diferente de la dimisión del Buen Padre³⁵.

Caillet se opuso tenazmente a que el P. Chaminade tuviese acceso al registro. El P. Chaminade escribió al arzobispo de Jerphanion:

Está, por una parte, la forma de actuar del arzobispo de Burdeos. Favorece, por lo menos con su silencio, la aceptación inicial de la interpretación del P. Caillet, aunque la aceptación se produjo sin conocerse los hechos. Me parece que le favorece hasta el punto de no tener en cuenta la triple negativa del P. Caillet a dejarme consultar, en el registro del Consejo, el documento que está en la base de todas nuestras discusiones y en el que encuentro irregularidades esenciales, etc.³⁶.

El Fundador también se quejó enérgicamente al nuncio Fornari de las obstinadas negativas del P. Caillet a su petición de consultar el registro:

¡Que mis adversarios presenten el registro del Consejo! El P. Roussel era el encargado del registro, en lugar del Secretario General, el Sr. Bonnefoi, que acababa de ser nombrado director de la nueva fundación en Barsac. ¡Que ese registro aparezca finalmente! Durante más de un año el Superior General pidió con insistencia al P. Caillet que lo presentase y se quejó al arzobispo de Burdeos de que nunca lo consiguió. Como el Superior General se quejaba de vez en cuando por no tener acceso al registro, el P. Caillet, para librarse de mis quejas, se comprometió mediante un juramento temerario. Pero, de hecho, nunca ha mostrado el registro. La consulta del registro hubiese resuelto todas las dificultades que están en la base de tantos escándalos. Efectivamente hay dos posibilidades, o el registro contiene los actos de mis dimisiones o no consta mención alguna. Si el registro se refiere a ellas, no se pueden negar; si no constan, ¿quién es el culpable? La ley civil se mostraría muy severa ante tal omisión³⁷.

A pesar de sus afirmaciones firmes y reiteradas sosteniendo que nunca escuchó al Fundador que existía un vínculo entre su dimisión y su intención de nombrar a su sucesor, el mismo P. Caillet, siete años después de la fatídica dimisión y en el documento que el P. Fontaine le escribió para defender su postura frente al P. Chaminade, refiere de la forma siguiente la dimisión del Fundador:

La primera reacción del Buen Padre fue la sorpresa, su primera palabra un rechazo. Sin embargo, ante las manifestaciones respetuosas, aceptó con espíritu positivo:
–Desde hace mucho tiempo –dijo– he pedido a Dios que me haga conocer quién debe ser mi sucesor, para descargar sobre él un fardo que resulta muy pesado en mi vejez. Me

³⁴ Documento ASM: LD, p. 152.

³⁵ Chevaux al arzobispo de Besançon, febrero de 1845: LD, p. 126.

³⁶ Chaminade al arzobispo de Albi, carta del 8 de octubre de 1844: LL, n. 1342.

³⁷ Chaminade al nuncio Fornari, 17 de octubre de 1845. Apéndice NP, p. 27.

parece que la Providencia me proporciona, en las circunstancias actuales, un medio de lograrlo: aprovecho la ocasión; dimito de mi condición de Superior General³⁸.

Esta descripción se opone radicalmente a lo que el P. Caillet afirma en su escrito argumentativo titulado *Mémoire*:

Todo prueba, pues, la existencia de una dimisión pura y simple, y en ninguna parte existe el menor indicio de una cláusula de reserva³⁹.

El Fundador había establecido efectivamente un vínculo entre su intención de nombrar un sucesor y su dimisión. Los Asistentes no podían alegar que ignoraban su intención. Este deseo del Fundador era suficientemente conocido. Clouzet lo sabía perfectamente, como lo indica su comentario a Meyer⁴⁰. Además, en las tres cartas del P. Chaminade anunciando su intención de dimitir, vincula su dimisión con dos condiciones: 1) el bien de la Compañía y 2) encontrar a una persona con la capacidad necesaria para ocupar su puesto. Existen también dos cartas que plantean el caso de una posible dimisión, una escrita por el P. Luis Rothéa y la otra por el mismo P. Caillet⁴¹.

El P. Caillet conocía sin duda la intención que tenía el P. Chaminade de nombrar a su sucesor. El P. Chevaux nos cuenta que, cumpliendo la promesa que había hecho al P. Fontaine antes de irse desde Saint-Remy a Burdeos en el otoño de 1844, investigó la divergencia de interpretación entre la Administración General y el Fundador. Intentó comprender tanto la posición del Fundador como la del P. Caillet. Reflexionó sobre lo que había encontrado y descubrió que la clave de las dificultades consistía en la naturaleza de la dimisión. ¿Era incondicional o con reservas? El P. Chaminade le explicó, entre otras cosas, lo siguiente:

Mucho antes de mi dimisión dije al Jefe de Celos que quería nombrarlo sucesor y dimitir del generalato; también hablé con los otros miembros del Consejo General: no podían, pues, ignorar mi intención en este tema⁴².

El P. Chevaux comenzó a verificar las afirmaciones del Fundador. Preguntó al P. Caillet:

–¿Qué responde usted del primer dato citado por el Buen Padre?
 – *Es verdad* –me dijo– *que me propuso ser su sucesor*; pero fue mucho antes de su dimisión.
 –¿Cómo se expresó al anunciaros su dimisión?
 –No lo recuerdo.
 –¿No recuerda usted que le dijese que hacía mucho tiempo que pensaba en presentar la dimisión, que rezaba para poder conocer quién debería ser su sucesor?
 –*Sí, dijo eso*. –¿No dijo, también, que estaba feliz porque se presentaba la oportunidad de realizar lo que meditaba desde hacía mucho tiempo? –*Creo que sí*; pero no estoy

³⁸ *Mémoire* del 3 de septiembre de 1848. Citada en la *Positio* de 1968 con el título: *Exposé des circonstances qui ont précédé, accompagné et suivi la démission de M. Chaminade en 1841*, escrita por el P. Caillet, Original: ASM.

³⁹ Caillet a Chaminade, 30 de junio de 1845: LD, p. 204. «Por centésima vez, quizás, le repito que vuestra dimisión tiene todo el valor que le otorgan los términos según los cuales fue realizada; que no admite reservas y que no reconozco que usted expresase ninguna verbalmente».

⁴⁰ Documento ASM. LD, p. 152. Cf. la nota 11.

⁴¹ L. Rothéa, Kaiserberg, al P. Chaminade, Burdeos, 19 de agosto de 1837. Caillet a Chaminade, 8 de noviembre de 1838. Cf. Chaminade a David Monier, L, III, n. 796; a Lalanne, L, III, n. 801.

⁴² Chevaux a Fontaine, 9 de diciembre de 1844, NP, doc. p. 17.

seguro. Pero estoy seguro –añadió– que no nos dijo formalmente que se reservaba el derecho de nombrar a su sucesor. –Eso es posible, ¿pero dijo algo equivalente?...⁴³.

La alteración del acta habría proporcionado al P. Chaminade la prueba de que el P. Roussel había realizado una traición planificada. Había otros indicios de la traición en las cartas escritas por Roussel a la Superiora General de las Hijas de María en los días que siguieron a la dimisión. El fundador cita textualmente dos cartas de Roussel y las comenta⁴⁴. Estas cartas contienen apreciaciones contradictorias sobre el sentido y la extensión de la dimisión del P. Chaminade.

En la primera de estas cartas confidenciales, Roussel dice textualmente:

Nuestros consejeros, es decir, el Sr. Ravez y nuestro abogado, han exigido de forma rotunda que el P. Chaminade presente la dimisión de sus funciones de Superior General, y el Buen Padre lo ha hecho en relación con los temas temporales. (...) En lo espiritual, nada ha cambiado; pero puede usted comprender que no hagamos esta distinción entre lo temporal y lo espiritual. No decimos nada sobre la dimisión; solo hemos comunicado a la Compañía una cosa, que el Buen Padre nos ha encargado los detalles de la administración, para reservar todo su tiempo libre a trabajos más importantes y propios de su edad...⁴⁵.

Escribió esto el 14 de enero, justo una semana después de la dimisión. El 17 de enero, temiendo haber dicho demasiado, modificó sus confidencias:

El Buen Padre ha dimitido, verdaderamente, de una forma pura y simple, ante el Consejo. Pero el Consejo continúa otorgándole la primacía en la acción y en la dirección, como corresponde. El Buen Padre continuará siendo para ustedes lo que ha sido hasta ahora, y esto hasta su muerte, incluso en el caso en que, en vida y en función de su voluntad, se eligiese otro superior general⁴⁶.

Estas tergiversaciones de Roussel son diferentes del contenido de su carta al P. Chevaux, en la que le dice que el desarrollo del litigio contra Augusto Perrière exige de forma apremiante que el Buen Padre presente la dimisión incondicional del cargo de Superior General.

¿Qué habría dicho el P. Chaminade si hubiese sabido lo que Roussel escribiría el siguiente mes de octubre, en el *Memorial Confidencial* dirigido a los miembros de la jerarquía? Roussel afirma descaradamente que el Consejo ocultó la verdadera razón al pedir al Fundador que presentase la dimisión:

Por otra parte, nosotros declaramos [Caillet, Roussel y Clouzet] que no creímos necesario decir al P. Chaminade las razones que nos inducían a proponer con firmeza su dimisión. No es bueno decir toda la verdad y sobre todo escucharla⁴⁷.

Las razones que los consejeros ocultaron al Fundador, las expusieron en el *Memorial Confidencial* del 23 de octubre de 1844. Este libelo defiende las opiniones del Consejo. Desde ese momento, los obispos estuvieron a favor de los Asistentes y contra el P. Chaminade. Uno solo constituyó la excepción, Mons. de Chamon, obispo de St-Claude, amigo íntimo del Fundador. El secretismo utilizado por el Consejo manifiesta

⁴³ Chevaux a Fontaine, 9 de diciembre de 1844, NP, doc. p. 19.

⁴⁴ Cartas de Roussel a la Superiora General de las Hijas de María, 14 de enero de 1841: ANP, doc. pp.7-9.

⁴⁵ Roussel a la Superiora General de las Hijas de María, 14 de enero de 1841: ANP, doc. p. 8.

⁴⁶ Roussel a la Superiora General de las Hijas de María, 17 de enero de 1841: ANP, doc. p. 9.

⁴⁷ *Mémoire Confidentiel*, ANP, doc. p. 49.

que no hubo *fair play* en la guerra declarada contra el P. Chaminade. Su forma de actuar contrasta profundamente con la actitud del Fundador, quien tenía la costumbre de comunicar su correspondencia a sus consejeros, incluso a los que podían utilizarla contra él. El Consejo quería, sobre todo, ganar el proceso contra D. Augusto y, de forma derivada, contra el P. Lalanne y el Sr. Mémain, puesto que ambos habían unido sus exigencias a las de D. Augusto. Las razones económicas que se citaban no eran comparables a la solución extrema que consistía en lograr la dimisión del Fundador, como lo demuestra en su *Memorial Breve* del 12 de julio de 1847. Roussel lo reconoció implícitamente cuando dijo que los verdaderos motivos eran otros.

Gracias a un estilo «atrayente», que las disimulaba bajo «la miel y las rosas», las calumnias insinuadas contra el Fundador acreditaron poco a poco las razones aparentemente brillantes que se agitaban en el Consejo. Afirmaban, ante todo, que el P. Chaminade no fue nunca un administrador y que la edad había acentuado la carencia de talento. Es increíble, decían, que no haya dejado algún registro administrativo, alguna nota, algún expediente, algo que informe sobre los datos biográficos de los hermanos, alguna descripción oficial de la Compañía desde sus orígenes. Su administración es un desaguisado, un caos. Es inepto para gobernar una Compañía religiosa, sobre todo de cara al futuro. En segundo lugar, el P. Chaminade sembró las simientes que han provocado la pérdida del proceso planteado por D. Auguste Perrière contra la Compañía. En tercer lugar, ha alienado al clero y a la opinión pública de Burdeos, de Agen y de otros lugares. Es un hombre rico que ha tenido la suficiente habilidad y destreza para conseguir de todas parte mucho oro y plata. Es un hombre «astuto y complicado», que consigue sus fines por todos los medios, confesables o inconfesables. Es un hombre con dos caras que consigue siempre tener la última palabra. Siempre encuentra el medio de rechazar una obligación y de sacar algún provecho en una situación favorable. En cuarto lugar, el gobierno de la Compañía necesita una nueva dirección: un malestar moral reina en la Compañía. Se oye decir por todas partes: «El Buen Padre no puede continuar». En quinto lugar, el estado de la economía y la situación de los religiosos exigen que el Fundador se retire, ya que es incapaz de remediar el mal que constata o de hacer el bien que desea realizar⁴⁸.

Debemos recordar que el P. Chaminade nunca tuvo la posibilidad de responder a estas falsas acusaciones, puesto que el *Memorial* era confidencial y siempre se le negó la posibilidad de leerlo, a pesar de sus peticiones. Pero los obispos creyeron su contenido y, de este modo, triunfó la traición. También el Consultor de la Sagrada Congregación, que estudió el tema de la sede vacante del cargo de Superior General, tenía a su disposición, entre otros documentos, este *Memorial Confidencial* del Consejo enviado a los arzobispos de Burdeos, Besançon y Albi⁴⁹.

La acción realizada el 7 de enero de 1845 tuvo consecuencias funestas. El día siguiente se concretó definitivamente la dimisión. Lo que sucedió el 7 de enero se hizo de forma legal, según las *Constituciones*. Lo que tendría que haberse realizado el 8 de enero, debía tener en cuenta las exigencias de los Estatutos Civiles de la Compañía y proporcionar la prueba de que el P. Chaminade ya no era el último responsable de la Compañía de María. La dimisión oral, la única verdadera y decisiva, tenía valor únicamente ante la Iglesia. Contenía la posibilidad de nombrar un sucesor. La dimisión escrita, realizada en función del artículo 1 de los Estatutos Civiles de la Compañía de María, no otorgaba al Superior General la posibilidad de nombrar a su sucesor:

⁴⁸ *Mémoire Confidentiel*, ANP, doc. pp. 47-49.

⁴⁹ *Consultazione*, del 18 de julio de 1845, ANP, doc. pp. 128-135.

La Compañía reconoce como fundador y superior actual, durante toda su vida o hasta su dimisión voluntaria, al Sr. Guillermo-José Chaminade, canónigo honorario de la Iglesia Metropolitana de Burdeos. Nombrará a sus Asistentes. Los superiores que le sucedan, así como los asistentes, serán nombrados por la Compañía, mediante un voto mayoritario...

Los miembros de la Administración General basaron su argumentación en esta dimisión «civil». Fue este texto el que orientó inexorablemente al consultor de la Sagrada Congregación en la decisión que debía adoptar. La dimisión oral, destinada al silencio eterno, desbarató la conjura del destino. Se debió, únicamente, a un cierto tipo de providencia, que impidió la destrucción de los documentos, se los hizo descubrir a los historiadores y los ofreció a la sagacidad de sus interpretaciones:

Sé perfectamente, Excelencia, que continuarán negando que haya habido ningún antecedente, ni actos posteriores a la dimisión del 8 de enero escrita y firmada por mí. Pero, en primer lugar, esas negaciones no constituyen pruebas, especialmente cuando se conoce bien a los personajes, sobre todo al P. Roussel, el conductor o, mejor dicho, el cabecilla de la agresión contra mí, y cuando se conocen los motivos inicuos que los animan. En segundo lugar, debe figurar en el registro del Consejo la secuencia de mis acciones en las dos dimisiones, una según las *Constituciones* religiosas y la otra escrita y firmada por mi mano para presentar la autenticidad de mi dimisión al gobierno. En esto no hay nada contrario a las exigencias legales del Gobierno. El Gobierno no ignora que soy un sacerdote católico y que siempre he querido seguir las leyes de mi religión⁵⁰.

«Lo que parecía una traición» había alcanzado su objetivo. La reacción no se manifestó hasta que el jurista Ravez emitió su veredicto, condenando a la Compañía a respetar exactamente los términos del contrato. Ravez tuvo, incluso, palabras de alta estima hacia la sensatez del P. Chaminade, que había realizado ese acuerdo. El P. Chaminade experimentó las consecuencias de la traición cuando quiso proceder al nombramiento de su sucesor. Pero, antes de abordar «la guerra declarada», hay que responder a una pregunta muy importante: ¿cómo fue gobernada la Compañía de María durante el intervalo entre la dimisión del Fundador y la decisión del arbitraje?, ¿qué relaciones había entre el Consejo y el Fundador durante esos tres años?

El gobierno de la Compañía entre 1841 y 1844

Un cierto número de documentos hechos públicos inmediatamente después de la dimisión del P. Chaminade establecen claramente los principios de gobierno. El estudio de estos documentos revela dos grandes líneas básicas: el Fundador continúa poco más o menos como en el pasado, participa en los Consejos, manifiesta su opinión y ejerce su papel de padre espiritual. Sin él, no se puede iniciar o decidir nada importante⁵¹. La segunda directriz establece la forma de actuar de los Asistentes. Deben gobernar de forma colegiada. Las actas del Consejo y las cartas que Roussel escribió a la Superiora

⁵⁰ Chaminade al Nuncio Fornari, 17 (?) de octubre de 1945: NP, *Appendix ad Summarium Additionale*, pp. 26-27.

⁵¹ Circular del P. Chaminade, del 7 de enero de 1841, ANP, doc. pp. 2-5. Orden del día del Consejo de la Administración General, ANP, doc. pp. 5-7.

General de las Hijas de María confirman las líneas básicas presentes en las declaraciones oficiales en materia de gobierno⁵².

El *Memorial Confidencial* del Consejo destinado a los arzobispos de Burdeos, Besançon y Albi expresa la versión de los Asistentes sobre el interregno. Según el documento, todo funcionaba perfectamente. Entre los Asistentes reinaba una perfecta armonía. El Fundador asistía a las reuniones del Consejo, pero ya no ejercía la autoridad: por ejemplo, no destinaba a los religiosos a sus diversos trabajos apostólicos. Realizaba su papel de guía y de consejero, nada más. Los Asistentes actuaban como si el generalato estuviese vacante. Manifestaban el honor debido y respeto hacia el Fundador. Este es el cuadro idílico descrito para que fuese admirado por sus «Excelencias» de Burdeos, Besançon y Albi⁵³.

Los documentos de esa época describen una realidad diferente. El P. Chaminade continuó siendo el Buen Padre, prácticamente como antes. Dejaba los detalles de la administración a sus Asistentes, quedando, así, libre para poder dedicarse a las tareas espirituales que le esperaban y que le permitirían coronar su obra de Fundador. Modificó el *Formulario* y el *Libro de Ceremonias*⁵⁴. Por otra parte, no abandonó la dirección de la Compañía. Aunque había dejado la realización de los temas ordinarios a los Asistentes, seguía dirigiendo a muchos religiosos que se ponían en comunicación con él en temas espirituales y administrativos⁵⁵. Admitía a los candidatos al noviciado⁵⁶ y a la profesión de los votos⁵⁷; enviaba obediencias religiosas y recibía los juramentos de los directores⁵⁸. Como menciona Roussel, asistía a las sesiones del Consejo. Sin embargo, es digno de mención que las actas del Consejo se escribían bajo esta rúbrica: «Durante la Sede Vacante del Generalato» y que el nombre del Fundador no aparece encabezando la lista de los Consejeros. Pero se deduce de las actas, claramente, que tomaba parte en las discusiones y en las votaciones⁵⁹. Roussel proporciona la prueba cuando escribe a Clouzet:

Siguiendo una recta conciencia, no puede usted desde Saint-Remy decidir *solo* las decisiones que afectan a la Compañía, porque está usted *solo* en la oposición, y en oposición a la opinión unánime del fundador de la Compañía y de sus dos colegas de la Administración [Caillet y Roussel].

Y un poco después añade:

Se lo hemos dicho, querido hermano, y si usted lo exige, enviaremos una declaración firmada de forma legal. Somos *tres* contra usted *solo*, decidiendo...⁶⁰.

El P. Chaminade seguía el curso de los asuntos. Sugirió una circular del Consejo firmada por Caillet y Roussel, porque deseaba que se corrigiesen ciertos abusos relacionados con las vacaciones y con los viajes. La circular hace una discreta alusión a

⁵² Cartas del P. Roussel a la Madre General de las Hijas de María, del 14 y del 17 de enero de 1841. ANP, doc. pp. 7-9.

⁵³ *Mémoire Confidentiel*, ANP, doc. p. 52.

⁵⁴ Lebon, *Dernières années*, estudio dactilográfico, tomo I, p. 60.

⁵⁵ Cartas de Dirección al Sr. Perrodin: L, V, nn. 1266, 1269, 1271, 1278; cartas de negocios al Sr. Enderlin, nn. 1242, 1267 (petición de realizar una fundación en Lausanne); al Sr. Meyer, nn. 1281, 1293.

⁵⁶ Meyer a Roussel, 22 de febrero de 1843; Laignaux a Chaminade, 10 de diciembre de 1843.

⁵⁷ Michaud a Chaminade, 9 de octubre de 1843; Bouly a Chaminade, 27 de noviembre de 1843, etc.

⁵⁸ Carta al Sr. Enderlin, del 21 de enero de 1841; al Sr. Marchand, el 12 de octubre de 1842.

⁵⁹ Cf. el Consejo del 22 de julio de 1842; del 2 de noviembre de 1842.

⁶⁰ Roussel a Clouzet, 19 de enero de 1843.

la influencia del Fundador⁶¹. Insistía sobre la forma de admisión al noviciado. Según el P. Caillet, el Buen Padre, a partir de diciembre de 1841, residía en San Lorenzo del jueves al lunes y se dirigía a Burdeos para asistir a las reuniones del Consejo, que se celebraban los martes. Cuando nombró al Provincial de Alsacia, el P. Caillet citaba la voluntad expresa del Fundador y pedía a los religiosos que viesan en el nuevo superior provincial «al representante de nuestro venerado Padre y de la Administración General»⁶². El P. Chaminade sigue enviando circulares a los religiosos; por ejemplo, la circular del 21 de marzo de 1841, para responder a las felicitaciones con motivo de la festividad de San José. Esta circular lleva el encabezamiento siguiente:

Oficina de la Administración General, Guillermo-José Chaminade, Fundador de la Compañía de María, a sus queridos hijos...

En una circular del 12 de enero de 1844 el encabezamiento incluye incluso el título de Superior General. En la conclusión de esta carta asegura a los religiosos que sigue siendo su Buen Padre. En agosto de 1842, tuvo incluso la intención de visitar todas las casas de la Compañía⁶³.

Roussel respondía a la mayor parte de la correspondencia de la Administración General, la dirigida al Buen Padre y la dirigida a los miembros del Consejo. Emplea habitualmente la fórmula: «El Buen Padre y el Consejo me encargan que les diga, etc.»⁶⁴. Comienza así una carta a Clouzet: «El Buen Padre y el P. Caillet me encargan que le diga...». A veces el P. Chaminade escribe en nombre propio a petición del Consejo o se limita sencillamente a comunicar la decisión del Consejo⁶⁵. Escribe al P. Chevaux, en una carta manuscrita por el P. Roussel: «Apruebo y el Consejo también aprueba el proyecto del P. Fontaine»⁶⁶. Frecuentemente escribe como presidente del Consejo. Sucede, incluso, que actúe sencillamente como Superior General, sin mencionar al Consejo. Los ejemplos abundan⁶⁷. Las cartas más características son las enviadas a los arzobispos de Albi y de Burdeos. El P. Chaminade negoció la nueva fundación de Réalmont con el arzobispo de Jerphanion entre septiembre y noviembre de 1843 y el intermediario fue Roussel. Escribía lo siguiente a Roussel:

Querido hijo, ha realizado usted la oferta de encargarse de toda la propiedad de Réalmont (...). Garantizamos el ofrecimiento que ha realizado: está usted autorizado a tomar posesión en nombre de la Compañía de María de la propiedad de Réalmont en las condiciones que ya se han establecido y en los momentos ya fijados. Es inútil repetirlo. Puede incluso entregar esta carta, que lleva mi firma, en manos de su Eminencia. Si le parece oportuno al señor obispo, tendré el gusto de escribir a su Eminencia en cuanto usted regrese⁶⁸.

Toma medidas para la reapertura de San Lorenzo y también para la creación de una Escuela del Profesorado⁶⁹. Pide al arzobispo Donnet que apoye una petición que dirige al Ministro de la Instrucción Pública, en calidad de Superior de la Compañía de

⁶¹ Circular del Consejo, del 14 de febrero de 1841; Memorias del Sr. Canette.

⁶² Circular del 15 de diciembre de 1841.

⁶³ Circular del 20 de agosto de 1842.

⁶⁴ Roussel a Rothéa, 10 de febrero de 1841; Roussel al párroco de Sellières, 12 de febrero de 1841, etc.

⁶⁵ Roussel a Clouzet, (abril) de 1842, documento n. 223.

⁶⁶ Chaminade a Chevaux, carta del 5 de febrero de 1842: L, V, n. 1243.

⁶⁷ Carta al Sr. Deshayes, 14 de abril de 1841: L, V, n. 1254.

⁶⁸ Carta a Roussel, 17 de noviembre de 1843: L, V, pp. 372-373 de la edición Havaux.

⁶⁹ Carta al arzobispo Donnet, 4 de septiembre de 1843: L, V, n. 1274.

María, solicitando para sus religiosos la exención del servicio militar⁷⁰. Esta carta está escrita por Roussel, como la mayoría de las cartas de este tiempo. Estaba tan ocupado con su correspondencia que escribía al P. Perrodin, el 1 de marzo de 1843:

Desde el final del año pasado y hasta el presente, los asuntos han sido tan numerosos que todo mi tiempo ha estado dedicado a ocuparme de ellos⁷¹.

Durante los tres años que siguieron a su dimisión, se abrieron seis nuevas comunidades y se trasladó el noviciado a Santa Ana, a petición del arzobispo de Burdeos⁷². En el momento de la dimisión, el Consejo intentó introducir cambios en la Administración General. El P. Caillet admitirá cinco años más tarde que no se ha hecho prácticamente nada⁷³. La Administración logró publicar dos circulares, una sobre la admisión al noviciado y la otra sobre los métodos de enseñanza. Se publicaron también algunas circulares de menor importancia precisando los detalles de los horarios⁷⁴.

Ya hemos indicado que el *Memorial Confidencial* de la Administración General presenta una interpretación negativa sobre las capacidades administrativas del P. Chaminade. Ante esta crítica hiriente, los hechos siguientes resultan significativos. A partir de junio de 1841, la Administración General no conservó las actas de las reuniones del Consejo. El registro oficial está vacío hasta febrero de 1842. La renovada preocupación por las actas duró poco porque, desde septiembre de 1842 hasta el Capítulo General de 1845, no figuran las sesiones del Consejo. El registro de la correspondencia se detiene en julio de 1841. El registro de las obediencias religiosas ni siquiera se inició. La última obediencia registrada fue una destinada al P. Roussel. ¿No sería el virulento ataque contra la mala administración del P. Chaminade un pretexto para ocultar la negligencia del Consejo y para culpar al Fundador del descontento que existía en la Compañía de María?

No resulta fácil escribir objetivamente sobre las sesiones del Consejo durante esos años, porque pocas veces contaba con todos sus miembros. La cláusula sobre el gobierno colegial de la Compañía era letra muerta. Incluso la correspondencia se resentía. El P. Léon Meyer se quejaba de que no recibía respuesta a sus cartas. Constatamos en otros documentos que esta queja se había generalizado. Además, la armonía perfecta, descrita en el *Memorial Confidencial* para impresionar a los arzobispos, era una ficción. La correspondencia muestra la falta de entendimiento entre el Fundador y los Asistentes, y entre los mismos Asistentes.

Esa es la imagen que nos proporcionan los documentos de este periodo que abarca desde la dimisión del P. Chaminade hasta el día en el que el arbitraje desbarató las expectativas del Consejo mediante su veredicto desfavorable.

⁷⁰ Chaminade al arzobispo Donnet, 28 de enero de 1844: L, V, n. 1291.

⁷¹ Carta al Sr. Perrodin, del 1 de marzo de 1843: L, V, n. 1271.

⁷² Cf. nota 44, Nuevas Fundaciones: en 1841: Barsac (Gironde), Bergheim (Alto Rin); en 1842: Brusques (Aveyron), Obernai (Bajo Rin); en 1843: Burdeos (Santa Ana), Lausana (Suiza), Réalmont (Tarn), Estrasburgo (Bajo Rin).

⁷³ Circular del 16 de abril de 1846.

⁷⁴ Circulares del 22 de junio de 1841, del 27 de agosto de 1841.

Capítulo 3

LAS CONSECUENCIAS DE LA DECISIÓN ARBITRAL: LA GUERRA DECLARADA

El 10 de febrero de 1844, después de una larga espera, se produjo la decisión del arbitraje del Sr. Ravel. Fue una fecha triste para el Consejo y un momento de satisfacción pasajera para el Fundador. El Consejo confiaba en una victoria segura, pero se encontró con una amarga decepción. Roussel constata en tono dramático:

Vimos el mismo día en la cena al Sr. Chaminade y uno de nosotros, no pudiendo resistir su emoción, le dijo: «Nos han condenado de forma total».

Las esperanzas ilusorias se transformaban ahora en consternación. Sin base suficiente y con una confianza exagerada, estaban convencidos del éxito⁷⁵. El Fundador, según el P. Chevaux, no se turbó y adoró los caminos secretos de la Providencia⁷⁶. No podía compartir su consternación. Deseó siempre aceptar el contrato de la Compañía con D. Auguste Perrière.⁷⁷ Su humildad, el deseo de paz y la posibilidad de poder estar equivocado prevalecieron y aceptó las peticiones de su Consejo. Lo que estaba en juego no eran sus intereses personales sino el bien de la Compañía. Aparentemente había sobrepasado sus poderes y había prometido demasiado a D. Auguste. Entonces, cedió ante la presión del Consejo –eran tres contra uno–, sin renunciar a su convicción de que lo hecho en el contrato, estaba bien hecho. Cuando venían buscando simpatía y una solución, tenía el perfecto derecho de responder:

Es asunto suyo, no tengo que hacer nada al respecto, les concierne a ustedes⁷⁸.

⁷⁵ *Mémoire Confidentiel*, ANP, doc. p. 55.

⁷⁶ *Mémoire* del P. Chevaux, del 26 de febrero de 1845, pp. 4-5: «Finalmente, después de tres años de espera, llegó el final y la pérdida del proceso. La Administración lo había iniciado y defendido motivada por criterios humanos. La derrota creó desconcierto y la agitación. Únicamente el Fundador adoró en silencio los justos designios de Dios. Se hizo recaer sobre él, como si fuese la causa principal, toda la pérdida que creían haber sufrido. No se le ocultó este aspecto, se lo expresaron con claridad. Se aprovechó la ocasión para decirle que había llegado el momento de que dejase de lado los temas económicos de la Compañía, porque no los comprendía. Se añadió, incluso, que se había reconocido su ineptitud en el gobierno: que, en consecuencia, había llegado el momento oportuno de retirarse de los asuntos económicos y de pensar únicamente en rezar».

⁷⁷ Ver el tema de la dimisión en la sección anterior.

⁷⁸ *Mémoire Confidentiel*, ANP, doc. p. 53.

Roussel dijo que esta respuesta del P. Chaminade era «digna de aflicción». Puesto que el Fundador había provocado esta grave equivocación, no tenía el derecho de atribuir toda la culpa y la responsabilidad a los Asistentes. Desde ese momento había cambiado la personalidad profunda de Chaminade. Ya no le conocían. El golpe asestado por el juez del proceso había provocado en él tal «revolución», que su mente quedó afectada para siempre. A partir de este momento, consideran a Chaminade un anciano con la conciencia errónea y sin escrúpulos, que denuncia obligaciones y abusos imaginarios. Se cree el único que puede enderezar la situación. Habiendo perdido la memoria, confunde la cronología de los acontecimientos⁷⁹. Su idea fija consiste en que debe retomar las riendas del gobierno y salvar a la Compañía de la incompetencia del Consejo. El Fundador se ha convertido para ellos en un padre desnaturalizado, que ha renegado de sus hijos y no quiere tener nada que ver con ellos⁸⁰. Ese es el cuadro que Roussel traza a grandes rasgos en su *Memorial Confidencial*, firmado por los otros dos consejeros, y en su correspondencia con el P. Chevaux. Una cita de estas largas cartas muestra la virulencia de Roussel:

Querido hermano, el buen padre me ha engañado (...). Creía que era un santo. El proceso ha debilitado mi veneración; pero el pensamiento de que Dios reserva a sus grandes servidores pruebas importantes purificaba mi interpretación recelosa. Después he visto actuar al buen padre. Le he visto utilizar el fraude, la astucia, la difamación y la arbitrariedad de forma incluso más rotunda que la manifestada en el proceso. Ha dicho que era negro lo que antes había afirmado que era blanco; ha negado lo que había afirmado; ha pretendido y pretende que no ha habido hasta el veredicto del proceso una perfecta armonía entre él y nosotros. Ha intentado desunirnos utilizando los medios más bajos y más viles: diciendo sucesivamente a cada uno de nosotros cosas negativas de los otros dos; vulnerando hasta el sigilo natural. Podría continuar. Invoca la autoridad de los obispos, pero la modifica. Aprueba y después desaprueba. De un día a otro niega y después afirma las mismas cosas. Quiere que se le considere muerto y el día siguiente resucita para aplastarnos, etc.

¡Ah, no quiero decir todo, no quiero revelar todo! Desde febrero hasta el final de junio, se han producido situaciones horribles entre él y nosotros, y me han herido dolorosamente.

Y después me he enterado de cosas que siempre hubiese deseado ignorar. La opinión pública le acusa de haber desviado de su destino sagrado cantidades importantes que la caridad había depositado en sus manos. No creía nada de esto. El proceso lo acusaba de haber ocultado una gran cantidad de dinero que se ha evaporado en sus manos sin dejar ningún rastro. Las Hijas de María (si mantuviesen como antaño la franqueza al hablar), os dirían que una de las causas del malestar en el Instituto y de la desunión entre los miembros de su consejo era el envío secreto de cantidades importantes destinadas al buen padre...

El buen P. Caillet me dice hoy que el buen padre debe realizar otras devoluciones que habían sido ignoradas hasta ahora.

Y la historia de María, su inseparable compañera. Ya en 1821, cuando los hijos espirituales del buen padre rogaron que siguiera el proceder de todos los fundadores de órdenes religiosas y que viniese a vivir con ellos para formarlos, etc. ¿Qué respondió? Que tenía demasiadas obligaciones con María y que no podía abandonarla.

No hablo del buen padre como administrador; usted tiene una opinión formada. Este es el hombre que hoy, despreciando todo lo que es sagrado, se presenta de nuevo como superior general. De hecho, ¿sabe usted por qué lo hace? Por intereses mezquinos, para poder disponer de los fondos y tapar agujeros que ignoramos, para realizar devoluciones desconocidas, para asegurar a algunas personas, extrañas a la obra pero no a él, medios de existencia, y morir con el glorioso título de superior general⁸¹.

⁷⁹ Faye a Chevaux, 11 de diciembre de 1844.

⁸⁰ Ver *Mémoire Confidentiel* y las cartas de Roussel a Chevaux: 12 de diciembre de 1844; 11 de febrero de 1845; y de Chevaux a Roussel, 19 de febrero de 1845.

⁸¹ Roussel a Chevaux, 12 de diciembre de 1844.

El P. Chevaux verificó una de las principales acusaciones realizadas por Roussel. Recibió una carta fechada el 30 de diciembre de 1844, que le dirigía la Madre San Vicente Labastide, Superiora General de las Hijas de María. Después de haber rechazado las insinuaciones de fraude económico hechas por Roussel, la Superiora General añade:

No sé donde ha encontrado ese pobre P. Roussel, ni quien le ha dicho, que existieron disensiones entre los Miembros del Consejo. Ahí están las actas para certificar la verdad de los hechos: ¡qué lamentable resulta ver hijos tan desnaturalizados!⁸².

¿Se había transformado Chaminade, realmente, en un Chaminade diferente o nos encontramos solamente con la imagen proyectada por el razonamiento apasionado de Roussel? Tal vez habría que retomar la pregunta del P. Chevaux a Roussel cuando le dice:

¿Cómo se explica que, según usted, todas las virtudes se transformen en defectos precisamente en el momento en el que usted experimenta aversión hacia su persona debido a las observaciones mortificantes que el P. Chaminade se vio obligado a hacerle? Reconozca, querido hermano, que para cualquiera que reflexione con conocimiento de causa, sus declaraciones resultan sospechosas y no deben modificar la buena opinión que se tiene de las virtudes de nuestro venerado padre⁸³.

El cambio, en el caso de que se hubiese producido un cambio, no había ocurrido en el Fundador sino en el Consejo. Por lo menos, un cambio en su actitud hacia el P. Chaminade. Los Asistentes habían iniciado un procedimiento legal contra D. Auguste con puntos de vista demasiado humanos: eso es lo que piensa el Fundador. A lo largo de esos penosos años, el P. Chaminade denunciará sus puntos de vista demasiado humanos y proclamará sin cesar que el camino del Instituto debe ser un camino de fe y que se ha abandonado la senda de la fe. Puesto que habían puesto su esperanza en una estrategia humana y no en Dios, experimentaron la decisión del arbitraje como un desastre personal. Habían fracasado. Todo lo que habían invertido en esfuerzos y en cálculos humanos se desvanecía ante ellos. No podían aceptar el fracaso y atribuyeron su penosa derrota a las cartas del Fundador. A causa de esas cartas, y no por otros motivos, perdían miles de francos. A propósito de esta última acusación contra las cartas del P. Chaminade, el mismo Roussel reconocería más tarde que a sus violentas recriminaciones les faltaba moderación, que eran «poco meditadas»⁸⁴. No fueron, en forma alguna, las cartas del Fundador las que provocaron la catástrofe. Los asistentes fueron condenados debido al contenido del contrato realizado el 19 de noviembre de 1833. Creían que podrían conseguir la anulación del contrato. ¿No les había hablado el Sr. Ravez en ese sentido en 1841? Sin embargo, el Fundador nunca pensó de ese modo.

¿Cuáles son esas cartas a las que se refieren los Asistentes? Son las cartas del P. Chaminade al P. Lalanne. En su *Nota Histórica*, el P. Lalanne indica que, cuando fue enviado desde Saint-Remy para encargarse de la dirección del colegio de Burdeos, dirigido anteriormente por D. Auguste, aceptó con la condición de que

⁸² La Madre San Vicente a Chevaux, 30 de diciembre de 1844.

⁸³ Chevaux a Roussel, 19 de febrero de 1845.

⁸⁴ *Mémoire Confidentiel*, ANP, doc. p. 55.

la deuda de la institución no le fuese nunca imputada... Clouzet prometió todo lo que le pidió. El P. Chaminade escribió...⁸⁵

¿No resulta evidente que el Consejo, o por lo menos Clouzet, que era su portavoz más interesado en el aspecto económico del tema, sabía y no podía pretender ignorar que no se podía considerar al P. Lalanne responsable de las deudas contraídas antes de su llegada a Burdeos? El Fundador había asegurado efectivamente al P. Lalanne que quedaba exento de toda responsabilidad. Ahora, después del veredicto de Ravez realizado en febrero de 1844, el Consejo acusaba al P. Chaminade de la importante desgracia que afectaba a sus miembros. Aprovecharon la situación para comunicar al Fundador que había llegado el momento de que se retirase de los asuntos temporales, debido a su incompetencia en esos temas. Llegaron a decir que era manifiesta su ineptitud en el gobierno y que le había llegado la hora de retirarse y de pensar únicamente en la oración⁸⁶.

La acusación de ineptitud para gobernar, realizada en esta época, requiere un análisis más profundo. Los documentos de este periodo no son muy abundantes, pero se pueden encontrar indicios de esta acusación en algunas cartas. Chaminade escribió al P. Caillet en el otoño de 1844:

Después de una sesión del Consejo a finales de febrero, usted me dijo, cara a cara, con gran dulzura:

–Considere que es usted incapaz de tratar cualquier asunto temporal; será preciso que se dedique pura y simplemente a los asuntos espirituales.

Le respondí:

–¿Cree usted que esa incapacidad es inherente a mi naturaleza?

–¡Sí! –me contestó usted–; en ningún momento ha tratado adecuadamente estos temas. Pero la Compañía de María, que representamos, está de acuerdo en pagar todas sus deudas; puede constatar todos los problemas que usted ha ocasionado. Sin embargo pagaremos sus deudas, a pesar de la molestia que usted nos crea. Además, usted es un religioso como los demás, será tratado como ellos, debe estar satisfecho. No se ocupará nunca de los asuntos temporales, nunca dará usted su opinión cuando se trate sobre asuntos temporales. ¡Bien! Ocúpese de lo espiritual.

Me permití entonces hacer una observación; es la siguiente: en las familias religiosas, y especialmente en la Compañía, hay pocos asuntos temporales que no sean mixtos, es decir, temporales y espirituales. Parecía usted algo molesto y se retiró. Pero poco tiempo después tuve la oportunidad de decirle:

–No daño a la Compañía usando sus bienes según la visión de la fe...

Comenzaba a demostrárselo, cuando usted se marchó. Pero se trataba de una decisión en la que se habían puesto de acuerdo los tres Asistentes: no querían tener un Superior General que no pensase como ellos; querían un Superior que pudiese tratar los bienes económicos como bienes que no estuviesen especialmente consagrados a Dios⁸⁷.

El comentario final del Fundador es importante, porque el punto de vista de la fe es un tema recurrente durante toda la controversia. Evidentemente, mucho antes del conflicto con la Administración General, el P. Chaminade había explicado que el espíritu de la Compañía era un espíritu de fe. En ningún otro tema se centró tanto como en la fe. El P. Chaminade seguía siendo el mismo que habían conocido antes de febrero de 1844. La fe siguió inspirando su forma de pensar, de hablar y de actuar, cuando la Administración General siguió un camino diferente. Así se explica este reproche, repetido hasta el momento de su muerte como si fuese un estribillo: la Compañía está

⁸⁵ Lalanne, *Notice Historique*, p. 38.

⁸⁶ *Mémoire* del P. Chevaux, 26 de febrero de 1845.

⁸⁷ Chaminade a Caillet, 3 de noviembre de 1844: LL, p. 95.

cambiando, se está desnaturalizando. No es la Compañía que yo fundé; el espíritu de la Administración General debe rectificarse. Su evidente oposición a Roussel es un caso particular de su oposición a la primacía de los valores humanos. Un juego sórdido de intereses había sustituido a la fe como principio de las actividades de la Compañía. Si el historiador de estos años trágicos no entra en esta perspectiva de fe, que es el principio dominante en el P. Chaminade, no logrará comprender su forma de pensar y tampoco será capaz de apreciar su posición.

El P. Chevaux habla de la incompetencia atribuida al P. Chaminade en los asuntos temporales en un documento que escribió en febrero de 1845:

–¿Esta ineptitud en la administración de los asuntos temporales y en el gobierno es natural en mí, o es de tipo moral? –preguntó de forma agradable y tranquila el venerable Fundador.

–Es algo natural –le respondieron.

–¡Ah! Mucho mejor –respondió–; Dios podrá, por medios sobrenaturales, hacerme apto, como ya lo hizo cuando fue necesario⁸⁸.

Esta última apreciación del Fundador constituye un hábil rasgo de ironía. ¿Habían hecho sus Asistentes algo comparable a las obras tan importantes que el Fundador había iniciado y realizado? Además, ¿qué contradicción existe en todo ese debate sobre su incompetencia! Al mismo tiempo que se critica su incompetencia, se le acusa de ser «astuto», demasiado astuto, «ladino», hábil atesorando dinero y bienes. Llegaron a insinuar que utilizaba medios arteros y deshonestos para conseguir sus objetivos. Quisieron hacernos creer que esa era la opinión que se tenía de él en Burdeos. Pero sus enemigos no pueden pretender utilizar impunemente las dos interpretaciones. O es incompetente y por lo tanto no se le puede considerar hábil, o bien es hábil y apto para utilizar la sabiduría de este mundo según sus reglas⁸⁹. El P. Chaminade continúa siendo el mismo después de su decisión. Es fuerte en las palabras y en los hechos. Ve que ha llegado el momento de manifestar la entereza de su alma: decide actuar y actuar con intrepidez. Va a emplear la *fides intrepida* en la guerra declarada (*guerre ouverte*) con los asistentes. Esa es la expresión exacta que emplea: «Henos aquí en guerra declarada, querido hijo». Se mostró fuerte en el combate, porque su decisión de luchar se apoyaba en la voluntad de realizar su misión y de responder a las exigencias de su conciencia, que le llevaban a eliminar de la vida de la Compañía todo lo que no estaba en armonía con el alto ideal de su fundación.

Cuando los Asistentes hubieron superado su consternación ante la decisión del Sr. Ravez, propusieron al P. Chaminade una reorganización de la Administración General. Ambas partes estuvieron de acuerdo en que esa reforma debería haberse realizado mucho antes. Si la decisión del Sr. Ravez fue una sorpresa para el Consejo, también el P. Chaminade se encontró con una sorpresa diferente. Calificaron su dimisión de incondicional. Negaron que tuviese el derecho de nombrar a su sucesor. Esto era algo nuevo para él. No dejó pasar un instante. Manifestó inmediatamente su indignación. Recordó la reserva que había formulado cuando presentó verbalmente su dimisión el 7 de enero de 1841. Fue la primera vez que los Asistentes se negaron a acceder a su reclamación. A partir de febrero de 1844 no dejaron de cuestionar su reclamación.

⁸⁸ *Mémoire* del P. Chevaux, 26 de febrero de 1845, p. 5.

⁸⁹ *Mémoire Confidentiel*: ANP, doc. p. 48, 3°.

El buen padre no habló de ninguna condición ni la víspera, ni ese día, ni el día siguiente a su dimisión; en esa época no hubo discusión⁹⁰.

El Fundador anunció que, en tales circunstancias, no aceptaría la convocatoria de un Capítulo General. Y, de hecho, se negará a ir a Saint-Remy cuando llegue el momento del Capítulo. Pero esta fase del combate en relación con el Capítulo estaba todavía escondida en los designios de la Providencia. Ahora era el momento de la acción. Explicó que celebrar un Capítulo iba contra las normas, resultaba inoportuno y, lo que es peor, inútil. A modo de respuesta, el Consejo rechazó su pretensión de nombrar a su sucesor como si se tratase de una novedad. Indicaron que se proponían utilizar la «ficción» jurídica de su dimisión, es decir el documento del 8 de enero de 1841, como prueba de su dimisión incondicional. El Fundador protestó señalando que la dimisión real era la realizada según las *Constituciones* de la Compañía de María y de ningún modo aquella realizada en función de los Estatutos civiles.

En una de las discusiones del Consejo, poco después del comienzo de la fase iniciada por la decisión de Ravez, el P. Caillet preguntó al Fundador cuáles eran exactamente las exigencias de su conciencia. Respondió diciendo que no podía dimitir en la forma en que ellos querían, a causa de los graves abusos que existían en la Compañía y especialmente en la Administración General:

Cité algunos detalles... Según ellos, dije demasiado⁹¹.

Tras ese inicio, se mostraron menos deseosos de conocer lo que la conciencia le prohibía en su calidad de Fundador. La discusión se volvió más apasionada y la actitud de ellos se hizo cada vez más hostil, a veces incluso violenta. En el curso de estas primeras discusiones y protestas, el Fundador dijo que las intervenciones del Consejo eran una traición. Continuaría llamando traición a la oposición que encontró. La palabra aparece por primera vez en una carta del 10 de julio de 1844 al Sr. Faye, amigo y defensor del P. Caillet: dicha dimisión

¿fue aceptada... con franqueza y sinceridad? Como se recibió con intenciones y sentimientos opuestos a la franqueza y a la sinceridad, ¿no cabría hablar de una especie de traición?... Sé que la palabra traición ofende y molesta mucho a dos miembros del Consejo, y por eso digo *una especie de traición*. Es una forma de explicarme, oponiéndola a la franqueza y a la sinceridad. La palabra «traición» implica una intención, un juicio sobre una palabra o una acción orientada a fines malos. Por eso, sin duda, el P. Caillet protestó diciendo que no había habido un complot; y le creí, porque ciertamente nunca habían tenido intenciones malignas, sino ilusiones... Después del veredicto, hablé en los primeros Consejos e incluso a dos de los miembros del Consejo; lo hice tan explícitamente que llamé a su oposición una *especie de traición*⁹².

A pesar de la divergencia de opiniones suscitadas por la decisión del Sr. Ravez, en el mes de marzo de 1844 las dos partes casi llegaron al acuerdo de convocar un Capítulo General que sería presidido por el Fundador. El P. Roussel preparó el proyecto y se lo comunicó al P. Chaminade el 10 de marzo. El Fundador pareció satisfecho inicialmente, pero pidió más tiempo para estudiar el documento detenidamente⁹³.

⁹⁰ Roussel a Chevaux, 12 de diciembre de 1844; cf. *Mémoire Confidentiel*, ANP, doc. p. 53.

⁹¹ Chaminade a Chevaux, 25 de octubre de 1844: LL, p. 87.

⁹² Chaminade a Faye, 10 de julio de 1844: LL, p. 23.

⁹³ Fragmento de una carta del P. Chaminade a Rousell, 12 de marzo de 1844: «La lectura de sus notas, querido hijo, me ha confirmado la pureza de sus sentimientos y la inteligencia que los anima, para crear

Esperó algunos días antes de devolver el proyecto a su autor y, cuando finalmente preguntaron su opinión, respondió que no podía aceptarlo. Esta respuesta, aparentemente arbitraria, fue interpretada en el *Memorial Confidencial* como un ejemplo típico de los múltiples cambios de opinión del P. Chaminade. Sin embargo, ¿faltaba fundamento a este rechazo de colaboración? ¿Qué había ocurrido entre tanto para que rechazase lo que al principio le había parecido completamente aceptable?

Habiendo fallecido al comienzo de 1843 el P. Chauvin, maestro de novicios, Roussel se encargó del noviciado contra la voluntad del Fundador, pero, según parece, con el permiso del Consejo. En la primavera de 1844, el P. Chaminade tuvo conocimiento de faltas morales del P. Roussel en el noviciado de Santa Ana. Supo un poco después que había sido informado únicamente de una parte de las barbaridades cometidas. El Fundador estaba en negociaciones con el Consejo sobre la convocatoria de un Capítulo General, cuando conoció lo que ocurría⁹⁴. Los escándalos de Santa Ana anularon el deseo de celebrar el Capítulo. El Fundador temía la presencia de Roussel en un futuro Capítulo General. Si asistía, teniendo en cuenta su cargo, su carácter y su talento, desempeñaría un papel preponderante. La historia confirmaría la perspicacia del P. Chaminade.

No existe actualmente el proyecto que se discutió. Sin embargo, el texto final delata el saber hacer de Roussel. Previó hasta los más mínimos detalles del Capítulo, por ejemplo, el número de días que debía durar y el orden del día⁹⁵. Además de la amenaza que suponía el ascenso de Roussel, había otras razones en contra de la convocatoria de un Capítulo. El Fundador las expuso: gastos en un momento en el que la Compañía se encontraba en una situación económica difícil; composición del Capítulo, lo que significaba la asistencia de todos los directores de las comunidades; la

en la Compañía de María una verdadera Administración General, tan estable como pueden serlo las instituciones humanas. Continúe con sensatez y celo: sabe usted que es la obra de Dios».

⁹⁴ Chevaux al arzobispo Mathieu, febrero (?) de 1845, ASM; ANP, doc. p. 118. «El P. Roussel entró en la Compañía teniendo pasiones muy violentas. El Buen Padre lo sometió a una prueba de más de tres años, antes de enviarle a recibir las Órdenes sagradas. Le envió después como responsable de una de nuestras casas de Alsacia bajo la dirección de uno de los sacerdotes de la Compañía. Había transcurrido apenas medio año, cuando fue necesario retirarle para evitar escándalos importantes. El Buen Padre lo llamó para que estuviese junto a él y lo sometió a nuevas pruebas durante más de dos años. Esta vez, le confió una obra que aparentemente no le crearía problemas: era la dirección de los jóvenes Congregantes. Debía verlos únicamente en las reuniones religiosas. Pero pronto tuvo también que retirarse de esta obra apostólica por las mismas razones que en Alsacia. Se volvió a abrir el noviciado de Burdeos. Por propia decisión y evidentemente con el consentimiento de la Administración, pero en contra de la voluntad del Buen Padre, comenzó a ser Maestro de novicios. El Buen Padre indica el peligro, expresa sus temores a quien corresponde. No se cree que se deba prestar atención a estos avisos. Finalmente, en la primavera pasada, el P. Chaminade se entera de que el desorden es total en el noviciado, y eso que entonces conocía únicamente una parte del mal. El número de las víctimas, su carácter, eran de tal naturaleza que le producían temor, no solo en relación con el culpable, sino también en relación con la Compañía, porque Roussel era Jefe de Instrucción. Advierte al culpable, le hace prometer que dimitirá. Este se arrepiente pronto de su promesa y se queja airadamente a sus colegas. El Buen Padre se vio obligado a explicarles una parte del mal realizado; lo hace con toda la delicadeza posible. No le creen. El culpable, conocido como tal por el Buen Padre, no puede mantenerse en su presencia. Se retira a Réalmont para –como él mismo lo dice– combatir con facilidad al Buen Padre.

Sin embargo, la revelación de los desórdenes es un peligro cada vez mayor. Ya se han marchado del noviciado dos o tres víctimas y amenazan. El Buen Padre pide con insistencia a los Asistentes que destituyan al culpable. Se niegan. Recurre a los obispos. No le creen. Finalmente se entera de que la gente comienza a conocer lo que ha hecho el P. Roussel. Entonces se cree obligado a advertir a los Asistentes, que son sus colegas, y al arzobispo de Albi. A este último, por dos razones: a causa de la reputación del Sr. Roussel y, en segundo lugar, por los escándalos que podría repetir en Réalmont».

⁹⁵ *Règlement pour l'ordre et la tenue du Chapitre général de St-Remy*, octubre de 1845.

extrañeza que suscitaría entre la gente un Capítulo, cuando se supiera que se convocaba para cubrir un puesto vacante debido a la dimisión del titular cuatro años antes⁹⁶.

Después de haber constatado el fracaso de este proyecto, los miembros del Consejo, tanto Caillet como Clouzet, reflexionaron nuevamente sobre el plan diseñado antes de la decisión del arbitraje. Este proyecto planteaba la renovación de la Administración General de acuerdo con el siguiente esquema: el P. Chevaux, Superior General; el P. Caillet, el P. Fontaine y el Sr. Clouzet, Asistentes. De momento, descartaron la idea de trasladar la sede de la Administración General a Saint-Remy. El P. Chaminade no había aceptado el plan primitivo, porque figuraba dicho traslado. El plan modificado estaba en la línea de las ideas del fundador. Él mismo había constatado la modificación y esperaba con alegría que se realizase la propuesta en la siguiente reunión del Consejo. Fue una decepción. El plan jamás se discutió. Clouzet se fue de Burdeos y el P. Chaminade le escribió para pedir explicaciones.

¿Cómo ha podido ocurrir, querido hijo, que cuando todo parecía preparado para terminar felizmente el asunto tan importante que nos ocupa, con satisfacción por mi parte –para poder así morir en paz, habiendo cumplido mi misión– y con satisfacción también para toda la Compañía de María, cómo, repito, ha podido ocurrir que él (Roussel) os mande una carta secreta y que se queje de que usted le ha respondido de forma tal que protesta en voz alta? (no he podido leer vuestra carta; ni he visto al P. Roussel)... Poco tiempo después de que usted se marchara, estábamos reunidos en consejo nosotros tres. El P. Roussel se refirió a los mismos temas* de forma agradable y añadió a continuación: «En cuanto a mí, me destinan a Saint-Remy». Respondí inmediatamente: «Su lugar está necesariamente en la Magdalena, tanto en su propio interés, como en el de los demás». Me comprendió y no dijo nada más. Indiqué al P. Caillet, en forma privada, que el P. Roussel no podía ser nombrado superior de ninguna obra, y con mayor razón de Saint-Remy, la primera y la mayor de nuestras obras... Como el P. Roussel no sería reelegido en el nuevo Consejo, temía las consecuencias. Sabía que no estaría en Saint-Remy, ni en Santa Ana, sino en la Magdalena donde había estado trabajando honorablemente antes de que viviese en Santa Ana⁹⁷.

Hubo otro intento de llegar a un acuerdo. El proyecto está fechado el 8 de mayo de 1844.

Extracto del registro de las deliberaciones del Consejo de la Administración General durante la sede vacante del generalato. Sesión del 8 de mayo de 1844.

Siendo presidente el P. Caillet, jefe general de celo, y contando con la presencia de nuestro venerado Fundador y Padre, estando presente el P. Roussel, jefe general de instrucción; estando ausente el Sr. Clouzet por motivos de trabajo.

Nuestro venerado Padre ha expuesto:

1) que debido a la dimisión del Superior General de la Compañía de María y en conformidad con el artículo 482 de nuestras santas reglas, habiendo llegado el momento

⁹⁶ Chaminade a Clouzet, 29 de mayo de 1844: «Las consecuencias que se derivan son las siguientes: (...) - La molestia grave derivada de convocar al Capítulo a los jefes de las pequeñas comunidades, en los días en los que deberían estar al frente de sus subordinados, reunidos en las comunidades centrales; (...) - La interrupción de los asuntos ordinarios, retrasados o confiados a quienes, tal vez, no gocen de una completa confianza; (...) - La extrañeza que causaría tener un Capítulo General, tanto en la Compañía, como en la gente, especialmente en Burdeos, después de una dimisión que exigía a la Administración central los menores retrasos posibles; estos retrasos lograron que el tribunal de arbitraje nos viese como si fuésemos actores cómicos...».

(*) Se trataba de los nombres de los tres Asistentes de la nueva Administración General.

⁹⁷ Chaminade a Clouzet, 29 de mayo de 1844.

fijado por la divina Providencia, procede regularizar finalmente el gobierno general de la Compañía según las *Constituciones* y los Estatutos Civiles;

2) que desea utilizar la prerrogativa del mencionado artículo 482, que otorga al Superior General dimisionario la facultad de nombrar a su sucesor, cuando se ha reservado este derecho;

3) que en el nombramiento de los Asistentes, desea también utilizar la prerrogativa mencionada en los artículos 479 y 480, los cuales determinan que su elección, para ser válida, necesita ser aprobada por los Superiores de las casas centrales y de las pequeñas comunidades con una mayoría de dos tercios de los votos de los que habrían podido votar en el Capítulo General.

El Consejo, considerando:

1) las grandes dificultades, los peligros y los gastos considerables que supondría en las circunstancias actuales la convocatoria de un Capítulo General;

2) la facultad que tiene nuestro venerado Padre de designar a su sucesor, puesto que al presentar su dimisión tuvo la intención de reservarse ese derecho;

3) la inutilidad y los grandes inconvenientes de celebrar un Capítulo General únicamente para la elección de los asistentes generales y, por otra parte, considerando la facilidad de que su nombramiento sea regular y canónico al actuar conforme a lo prescrito en los artículos 479 y 480; acepta la propuesta de nuestro venerado Padre y Fundador, que desea encargarse de elegir a su sucesor y de nombrar a los Asistentes Generales, y le ruega que realice cuanto antes la preparación de este importante cometido, debido a la urgencia, y decide que se envíe una copia literal, debidamente firmada por los Padres Caillet y Roussel quienes la aprueban, al Sr. Clouzet, su colega, para que la apruebe y realice sus observaciones.

Decidido y deliberado en Burdeos, en nuestra casa central, en el mes, el día y año citados en el inicio del documento.

Han firmado en el registro: G. Caillet, padre Roussel.

Copia confirmada con el Original: padre Roussel.

Este documento no se encuentra en el Registro. Era únicamente un proyecto de borrador de acta, según dice Roussel en el *Memorial Confidencial*. El P. Chaminade rechazó el proyecto debido al número 3. En esa cláusula Roussel aplicaba, en el nombramiento de los Asistentes realizada por el Fundador, las reglas referentes a la reelección de los Asistentes en la Compañía. Para estar seguro de que Roussel sería definitivamente excluido, el P. Chaminade no aceptó el proyecto.

Ese mismo día, el 8 de mayo de 1844, el P. Chaminade pidió al P. Roussel que presentase la dimisión del cargo de Jefe de Instrucción. El P. Chaminade relata el desarrollo de los acontecimientos en una carta a Clouzet, fechada el 29 de mayo de 1844. El P. Roussel

sabía que no debía estar en Saint-Remy ni en Santa Ana, sino en la Magdalena, trabajando allí honorablemente y con gran éxito, como lo había hecho antes de que viviésemos en Santa Ana, y sobre todo antes de la emisión de los votos del Sr. Chauvin. Pero temía sin duda que en la Magdalena estaría sometido al reglamento de la comunidad. Mi intención, al presentar la dimisión tan fácilmente, consistía en crear una Administración General completa y regularizada, que fuese el modelo para todas las obras de la Compañía. Con esa intención he propuesto al P. Roussel que presentase su dimisión y que solicitase estar a disposición del nuevo General. Lo hice por escrito. Me contestó enseguida diciendo que estaba dispuesto a presentar su dimisión, y a ponerse tanto a mi disposición como a disposición del nuevo Superior que nos mandase la Providencia... Pero se me ocurre, a pesar de la longitud que está adquiriendo esta carta, enviaros una copia exacta de su respuesta escrita. La pequeña dificultad de saber a quién debía remitir su dimisión fue resuelta fácilmente en el primer Consejo. Le había pedido o más bien le había propuesto que presentase su dimisión para tener la ocasión de hablar favorablemente de él. Aunque no le incluía en la reelección de los Asistentes, quería mantener la buena fama que había adquirido ejerciendo las funciones de Asistente de Instrucción. Y en efecto, si responde positivamente a su vocación religiosa, no dudo que

Dios se sirva de él para proporcionar a la Compañía de María el impulso adecuado para realizar los designios que Dios tiene para su institución.

La carta de Roussel parecía sincera, aunque ciertas indicaciones que figuran en la carta plantean dudas⁹⁸. Pero, incluso sin pretender juzgar sobre la autenticidad de los sentimientos expresados en su carta, el hecho es que Roussel no presentó la dimisión. No envió su carta ni al P. Caillet ni al Fundador. Es seguro que durante esos días escribió a Clouzet para ganar su apoyo en el conflicto. La respuesta de Clouzet no respondió a sus expectativas. La desilusión resultante precipitó los acontecimientos que enturbiaron la celebración de Pentecostés de 1844 y estuvo en el origen de lo que se ha llamado la segunda dimisión del P. Chaminade.

El viernes 24 de mayo de 1844, el P. Caillet se encontraba en Santa Ana. El P. Roussel fue a verlo en un estado de exasperación y desaliento. Amenazó al P. Caillet con su posible salida de la Compañía. Según su costumbre de presentar cualquier situación en beneficio propio, insistió sobre los resultados poco brillantes de la Administración General hasta ese momento. ¡Cuántos Asistentes la habían abandonado! Collineau, Auguste Perrière, Mémain; ¡y Lalanne que se encontraba en una situación precaria! Ahora le tocaba a él. Pero su salida no sería como las otras. En Burdeos se hablaría más de ella que de todas las demás. ¿No era acaso este exagerado alegato en su favor el resultado de un excesivo amor propio? El P. Caillet quedó muy impresionado, tuvo miedo e imaginó algún escándalo sensacional. Así que, a toda prisa, vino a ver al Fundador, porque era su última esperanza para evitar la catástrofe. El P. Chaminade intentó apaciguarlo y colocar el tema en su justa perspectiva. Explicó que no había que tener miedo ante una posible defección de Roussel⁹⁹. Mientras tanto, había llegado el P. Bouet, a quien había llamado el P. Chaminade, como él mismo lo afirma, «para confesarse y para que le ayudase a prepararse para la hermosa fiesta de Pentecostés». Al marcharse de la habitación del Fundador, el P. Caillet se encontró con el P. Bouet al pie de la escalera. No le resultó difícil comunicar al neurasténico P. Bouet sus aprehensiones sobre un inminente desastre. El P. Bouet, bien informado sobre lo que debería hacer, abordó al Fundador y procuró hacer todo lo posible para convencerlo de que la mejor solución por su parte consistía en ceder. Todo este esfuerzo de persuasión se realizó después de la confesión del P. Chaminade. El P. Bouet mencionó la angustia de Roussel, alabó su celo y emitió la opinión de que el Fundador debía ceder. El P. Chaminade respondió que cedería tanto como se lo permitiese su conciencia. Cuando el P. Bouet se marchó, caía la tarde¹⁰⁰.

El P. Chaminade conocía muy bien el mundo de los confesores y era consciente de las limitaciones del P. Bouet. No era necesario que le dijese que el P. Bouet se inmiscuía en un tema que no le correspondía a un confesor. Había explicado mucho antes la necesidad de mantener separadas las zonas de la confesión y del fuero externo. Sin embargo, prometió al P. Bouet que consideraría el asunto y ciertamente reflexionó sobre este problema en la oración. Sin pronunciarse personalmente sobre la cuestión de si debería o no debería celebrarse el Capítulo General –ya que no podía comprometerse en un tema que iba contra su conciencia–, escribió al P. Caillet la carta siguiente, fechada el sábado 25 de mayo, víspera de Pentecostés:

⁹⁸ Roussel a Chaminade, 8 de mayo de 1844.

⁹⁹ Chaminade a Clouzet, 29 de mayo de 1844.

¹⁰⁰ Chaminade a Faye, 18 de junio de 1844.

Teniendo en cuenta, querido hijo, la importancia del asunto que nos ocupa, acepto plegarme a todo, como usted dice, por el bien de la paz, y acepto en consecuencia el proyecto definitivo del Consejo de la Administración General del 8 de este mes.

Pido únicamente que, en relación con el artículo 3, se establezca una modificación: que el nombramiento de los Asistentes solamente se refiera a la reelección y confirmación, y no a un nombramiento de otro tipo. Esta modificación es necesaria, porque los miembros de derecho de un Capítulo General, cuando están dispersos, tienen el poder únicamente de reelegir y de confirmar: si se actuase de forma diferente, habría lugar a la reclamación, y la dificultad no se habría allanado, sino agravado.

Si no queda usted convencido, y si no puede distanciarse en este asunto de la opinión, que creo falsa, de vuestro colega en el Consejo, no iré esta tarde a Santa Ana; escribiré, durante estas fiestas, al Sr. Clouzet, etc.

Le repito aquí, querido hijo, que creo que usted obra mal, tanto ante Dios como ante los hombres, al vincularse a una rama del árbol y no al árbol mismo.

Además, los nombres que debo presentar son los mismo que me presentó el Consejo de forma unánime y que se han repetido después en el Consejo actual.

Estos nombres eran los siguientes: el P. Chevaux, Superior General; el P. Caillet, Jefe de Celo; el P. Fontaine, Jefe de Instrucción; el Sr. Clouzet, Jefe de Trabajo. El P. Chaminade envió a una copia de esta carta al P. Bouet:

Le hago llegar, mi querido hijo y padre, una copia de la carta que he creído poder y deber escribir al P. Caillet. Acaba de responderme verbalmente diciendo que no podía darme una respuesta definitiva hasta el próximo lunes.

En consecuencia, no iré esta tarde a Santa Ana, y probablemente tampoco durante estas hermosas festividades: sin embargo, retrasaré mi carta al Sr. Clouzet y también todas las demás precauciones que pensaba realizar.

Continúe rezando y vea si es conveniente hacer una pequeña visita al P. Caillet, que continúa siendo uno de mis hijos especialmente queridos, aunque haya pasado usted a ser su padre: ¡la regeneración en Jesús y en María es admirable!

Reciba desde aquí, mi querido hijo y padre, el testimonio de mis sentimientos afectuosos y respetuosos.

El P. Bouet devolvió la carta al P. Chaminade añadiendo simplemente estas palabras:

Ceda, querido padre, ceda: espero que Dios se lo tendrá en cuenta.

El P. Chaminade escribió entonces al P. Caillet la nota siguiente, que ha sido llamada, debido a esta controversia, su «segunda dimisión». Esta nueva carta, n. 1296, fechada en Burdeos, el domingo 26 de mayo de 1844, va dirigida al P. Caillet que residía en Burdeos:

Querido hijo, pensé ayer por la tarde que debía mandar al P. Bouet una copia de la carta que acababa de enviarle a usted. No le pedía una respuesta. Sin embargo, me ha contestado escribiendo al final de la carta en la que le enviaba la copia: «Ceda, querido padre, ceda; espero que Dios se lo tendrá en cuenta. El P. José».

No creo querido hijo, haberme negado a las intenciones del Consejo a menos que se tratase de un deber de conciencia. Pero, puesto que el P. Bouet cree que no hay que fijarse en eso y que incluso me hace esperar una recompensa, anulo la carta que le escribí ayer, y ruego al Consejo que actúe en el tema de mi dimisión como si hubiese muerto físicamente; no me consulte sobre ninguno de los pasos que den en este tema.

Además, estoy a vuestra disposición para todo lo que resulte conveniente: nada se opondrá al auténtico deseo de servirlos que llevo en el corazón.

Al escribir estas líneas, el P. Chaminade pensó que, mediante sus concesiones importantes, podría demostrar al P. Caillet que se equivocaba al separarse de él para hacer lo que deseaba el P. Roussel¹⁰¹. El P. Chaminade mantuvo informado al P. Bouet del desarrollo de este asunto mediante la carta siguiente:

Respetado hijo, teniendo en cuenta lo que me dijo y los caritativos consejos que tuvo usted la bondad de comunicarme el viernes por la tarde, durante la conversación que siguió a la confesión, escribí al P. Caillet el día siguiente diciendo que aceptaba todo lo que me pidiesen esas personas. Lo hacía exceptuando únicamente un artículo, no porque no desease cumplir las formalidades, sino para modificarlo de forma que no tuviese que actuar directamente contra las Constituciones, porque no puedo hacerlo sin pecar gravemente.

Me extrañó, querido hijo, recibir, el día siguiente, el reenvío de la carta que os había escrito. La abrí para ver si contenía una respuesta. Encontré esta: «Ceda, querido padre, ceda; espero que Dios se lo tendrá en cuenta». Comprendí entonces que su intención era, no que realizase lo que no podía hacer en conciencia, sino que dejase de ejercer influencia en la Compañía y que me retirase del Consejo; que usted consideraba un mal menor para la Compañía de María dejar enteramente la dirección al Consejo, frente a los males que le han dicho que ocurrirían inexorablemente si no se hiciese.

No quise ser juez en mi propia causa. Escribí inmediatamente al P. Caillet comunicando vuestra decisión. Anulé la carta de la víspera en lo que respecta a cualquier intervención por mi parte en las gestiones que deberían efectuar en relación con las elecciones, y rogué que actuasen como si ya hubiese fallecido.

Parece ser que esta segunda carta agradó al P. Caillet. Lo comprendí porque ayer por la mañana me hizo algunas preguntas, similares al contenido de la carta.

¡La grave ilusión que tiene el P. Caillet –y que alienta en el P. Roussel y, sin duda en el Sr. Clouzet–, es deplorable!

Puede ver, querido hijo, la necesidad de seguir rezando.

Todo esto no puede concluirse sin que escriba al Sr. Clouzet. Es miembro del Consejo de la Administración General; lo haré ahora mismo. El P. Caillet es nombrado, según las Constituciones, Vicario General, pero con todo su Consejo.

Reciba, querido hijo, mis respetuosos saludos.

La espera se prolongó desde el martes de Pentecostés hasta la primera carta dirigida al Sr. Faye, el 18 de junio de 1844. Sin embargo, al comienzo de junio, el P. Caillet sugirió al P. Chaminade que recibiese asesoramiento sobre el tema, debatiéndolo con el Sr. Faye¹⁰². Siempre deseoso de colaborar, el Fundador quiso mostrar su buena voluntad e inició una discusión con el Sr. Faye, amigo y defensor del Consejo, sobre los puntos en los que no estaba de acuerdo con el Consejo. Tenía la esperanza de conseguir la reconciliación. El Sr. Faye, experimentado hombre de leyes, prefirió tratar el tema por escrito. El P. Chaminade aceptó. La correspondencia duró más de dos meses, desde el 18 de junio hasta el 24 de agosto de 1844. Como se podía esperar, no resulta fácil comprender estas cartas debido al lenguaje y al enfoque jurídico y, sobre todo, debido al largo y sutil razonamiento del Fundador. Al intentar adentrarse en el ámbito legal del abogado, el P. Chaminade, a veces, pierde pie en un terreno que no era el suyo. Deja de lado, incluso, su argumentación y lo expuesto no queda muy claro. No hay que extrañarse si se tiene en cuenta su edad avanzada, el hecho de no tener a mano los documentos necesarios y su dependencia de secretarios a quienes dictaba lo que

¹⁰¹ *Supplique de M. Chaminade à S.S. le Pape Grégoire XVI*, 26 de febrero de 1845, 5°. Carta del P. Chevaux al arzobispo de Besançon, final de febrero de 1845. Lebon, *Courte anecdote de la seconde démission*.

¹⁰² Chaminade a Faye, 18 de junio de 1844.

pensaba. No hace falta decir que esta correspondencia no logró ningún resultado positivo, o por lo menos, el resultado tan esperado por el P. Caillet.

Antes de que el Consejo aceptase lo que se llamaría su segunda dimisión, el P. Chaminade comprendió que había facilitado a los Asistentes otra arma que no dejarían de utilizar contra él. El 23 de junio de 1844 escribió al P. Caillet anulando la carta enviada el 26 de mayo. A quien estudia el caso desde un punto de vista jurídico, le resulta evidente que su carta de dimisión no tiene ningún valor. Nunca fue aceptada legalmente desde el punto de vista canónico y es claro que una dimisión siempre puede ser revocada antes de que sea aceptada según las prescripciones del Derecho.

Poco después, el 28 de junio de 1844, el P. Roussel desapareció de Burdeos. Según sus propias palabras, se marchó porque quería «sobre todo situarse en una posición en la que pudiese enfrentarse a cualquier eventualidad...» (*Memorial Confidencial*). Traducido al lenguaje corriente, esto significa que quería estar en situación de poder atacar al P. Chaminade con toda libertad¹⁰³. Desde su refugio en Réalmont envió a los obispos sus cartas contra el Fundador. Desde esta base de operaciones ejerció influencia en las comunidades cercanas, difundiendo sus ideas entre los religiosos y procurando desviar la simpatía de los hermanos de la posición defendida por el Fundador.

El *Memorial Confidencial*, sin embargo, no cuenta toda la historia de su huida. El P. Chevaux se aproxima más a los hechos cuando comunica al arzobispo de Besançon que «Roussel ya no aguantaba estar en presencia» del P. Chaminade. Su presencia en Burdeos era para él un reproche continuo. En cambio en Réalmont encontró un amigo en la persona de Mons. de Jerphanion, arzobispo de Albi. Cuando era obispo de Saint-Dié, este prelado le ordenó sacerdote en las témporas de Navidad de 1838. En representación del P. Chaminade, negoció con este mismo arzobispo la fundación de Réalmont. Como él mismo lo declara, desde Réalmont le resultaba más fácil combatir al Buen Padre. En Burdeos, la revelación de sus desordenes en Santa Ana era una amenaza que crecía de día en día. Se descubrió el contenido de los abusos. Existe una descripción en una carta del religioso Stoffel al P. Chaminade y en otra destinada al mismo P. Roussel. Stoffel escribe con conocimiento de causa, puesto que vivió en Santa Ana con Roussel. Las dos cartas están en los archivos del Vaticano¹⁰⁴.

Inmediatamente después de la dimisión del 7 y 8 de enero de 1841, el Fundador y el Consejo redactaron, en dos documentos separados, las reglas que deberían seguirse en el gobierno de la Compañía. Se determinó que el Consejo tenía que gobernar «colegiadamente», es decir, con el acuerdo de los tres Asistentes. El Fundador debía ocupar su lugar en el gobierno; no debía ser un extraño en la administración¹⁰⁵. En el momento en el que nos encontramos, al final de junio de 1844, ¿cuál era la situación del gobierno de la Compañía? El Fundador quedaba prácticamente excluido.

Pronto me di cuenta –nos dice– que se tomaba al pie de la letra mi muerte moral como si fuese mi muerte física, que ya no se quería que hablase a mis hijos: nunca pretendí que se interpretase así mi carta¹⁰⁶.

¹⁰³ Chevaux al arzobispo de Besançon, febrero de 1845.

¹⁰⁴ Chaminade a Roussel, 9 de enero de 1845; Stoffel a Chaminade, 14 de enero de 1845; Stoffel a Roussel, 29 de enero de 1845.

¹⁰⁵ ANP, doc. p. 5; cf. Circular del P. Chaminade del 7 de enero de 1841.

¹⁰⁶ *Novissima Positio*, doc. pp. 65-66; *Mémoire du P. Chaminade à N. S. Père le Pape Grégoire XVI*, sin fecha en la copia de ASM (¿26 de marzo de 1845?).

Clouzet estaba en Saint-Remy, Roussel había huido a Réalmont y Caillet era el único que estaba en Burdeos. El P. Caillet dirigía desde entonces los destinos de la Compañía. Ya no había una autoridad jurídicamente constituida que pudiese gobernar canónicamente. El Consejo tenía la potestad de gobernar «colegiadamente», pero no los Asistentes de forma individual.

Para detener la anarquía, el P. Chaminade tomó una vez más las riendas del gobierno, hasta que se volviese a instaurar un gobierno legal. Intentó que el P. Caillet comprendiese que trabajaba por el bien de la Compañía. Encontramos las mismas explicaciones en la correspondencia con el Sr. Faye durante esos días. Pero el Consejo no renunció a sus pretensiones. Los consejeros continuaron insistiendo en la convocatoria de un Capítulo General. Sus planes se habían desarrollado rápidamente. El 26 de julio el P. Roussel ya tenía preparada una circular convocando el Capítulo. El P. Caillet planteó el 30 de julio el conflicto al arzobispo de Burdeos. Ese fue el paso determinante y fatal en la lucha del Fundador con el Consejo.

Cuando el P. Caillet fue a ver al arzobispo Donnet, fue solo. No sabemos cómo presentó las divergencias que le oponían al Fundador. No existen documentos. Pero resulta extraño constatar que el Arzobispo, contrariamente a todas las normas del derecho civil y del derecho eclesiástico, así como a todas las normas de prudencia, tomó la decisión sin escuchar al Fundador. El P. Caillet nos cuenta lo que sucedió:

Su decisión oficial fue la siguiente: dado que usted presentó por *escrito* su dimisión pura y simple, y dado que usted la había *firmado* sin ninguna reserva por *escrito*, debía producir todos sus efectos, en los términos expresados en el *escrito* que el Consejo había aceptado. Las protestas y los hechos posteriores, que fuesen contrarios a esta dimisión *escrita*, debían considerarse nulos y vacíos de contenido¹⁰⁷.

En este pasaje es digna de tenerse en cuenta la insistencia en la palabra *escrito*, aparece cuatro veces en cinco líneas. ¿Se trataría aquí, por parte del P. Caillet, del reconocimiento implícito de que existió otra dimisión, una dimisión oral que no se mencionó en esta conversación con el Mons. Donnet?

En cualquier caso, no resulta difícil demostrar que, al tomar esta decisión, el Arzobispo abusó de sus poderes. Su actitud añade un nuevo capítulo a la larga historia de los abusos de poder en el curso de los siglos y en particular durante ese periodo de la historia de la Iglesia en Francia, cuando los obispos se arrogaban el derecho de intervenir en los asuntos internos de las congregaciones de derecho pontificio. En primer lugar, su decisión fue *subrepticia*, como no cesará de recordarlo el P. Chaminade. La calificación es adecuada, puesto que indica que el arzobispo decidió sin conocer los hechos que debería haber conocido. De la insistencia del P. Caillet sobre la dimisión escrita se deduce que no mencionó al arzobispo las declaraciones orales del Fundador, ni la dimisión oral del 7 de enero de 1841. Si la hipótesis fuera verdadera y si se probase que el P. Caillet calló conscientemente la dimisión oral, la decisión del Arzobispo no sería solamente subrepticia, sino obrepticia, porque se habría conseguido disimulando la verdad. La dimisión oral no fue tenida en cuenta en la sentencia oficial sobre la dimisión, ni en aquel momento ni durante toda la controversia. La importante consulta, realizada por el experto de la Congregación Romana Giovanni Carboli Bussi, se basa exclusivamente en el documento del 8 de enero de 1841. Este especialista en derecho canónico indica explícitamente cuál es el fundamento de su juicio prudencial. La dimisión escrita explica su conclusión de que el Generalato estaba vacante. La

¹⁰⁷ Caillet a Chaminade, 9 de noviembre de 1846.

consulta, a su vez, fue tenida en cuenta en el decreto que autorizaba la convocatoria del Capítulo General de 1845 en Saint-Remy. Si el P. Caillet obró rectamente en su entrevista con el arzobispo, este se situó en una posición insostenible. Condenó al P. Chaminade sin haber escuchado su versión. Nunca se oyó decir en el Antiguo o en el Nuevo Testamento, indica el P. Chaminade, que un acusado fuese condenado sin haber sido escuchado.

Se decidió el caso con todas las consecuencias prácticas que se derivaban. El apoyo del arzobispo Donnet, más que cualquier otra razón, determinó al P. Caillet a convocar el Capítulo y terminó convencido de que era el legítimo poseedor de la autoridad en la Compañía. Sin embargo, la autoridad del arzobispo no intimidó al P. Chaminade. Su comprensión del derecho era suficientemente amplia y adecuada. Rechazó la decisión considerándola nula y vacía de contenido. Siguiendo los dictados de su conciencia sobre la nulidad de tal decisión, aunque hubiese sido emitida por el arzobispo, escribió una circular a la Compañía para declarar por adelantado que serían nulas e inválidas todas las decisiones del P. Caillet y de sus dos asociados¹⁰⁸.

Mientras tanto, Mons. Mathieu, arzobispo de Besançon, se formó una opinión sobre el conflicto radicalmente diferente. En caso de duda, decía, la presunción de inocencia estaba a favor del P. Chaminade. Comunicó su opinión al obispo de Estrasburgo, en una carta escrita el 7 de septiembre de 1844:

He dicho a los superiores de las comunidades que no debían ir al Capítulo General puesto que el Padre (que no ha dejado de ser Superior General) se lo ha prohibido¹⁰⁹.

Al P. Chevaux, que le preguntaba sobre el comportamiento que debía seguir, le contestó en el mismo sentido.

El 13 de septiembre de 1844, el arzobispo Mathieu reunió a todos los sacerdotes de la Compañía que trabajaban en su archidiócesis¹¹⁰. Los exhortó a someterse al P. Chaminade, a mantener entre ellos sentimientos de paz y de caridad, y a guardar silencio sobre todo el asunto. A su vez, el obispo de Estrasburgo, Mons. Reuss, declaró al P. Meyer que el arzobispo de Besançon pensaba que era preciso defender al Superior General y Fundador contra el Consejo y que él compartía esa opinión¹¹¹. El arzobispo Mathieu no se conformó con hablar. Urgió a Clouzet a presentar la dimisión de su cargo de Jefe de Trabajo. Según él, si fuese oportuno un Capítulo, le correspondía convocarlo al Fundador, o al arzobispo de Burdeos, representante de la Santa Sede. El P. Fidon, director de la obra de Besançon, escribía que, según el arzobispo, los miembros del Consejo debían presentar su dimisión: el Sr. Clouzet al arzobispo Mathieu y los padres Caillet y Roussel al arzobispo de Burdeos¹¹².

Esa era la posición de la jerarquía en el mes de octubre, cuando Roussel, con sus cartas, comenzó su trabajo de zapa entre los obispos y los arzobispos: estaban a favor del Fundador el arzobispo de Besançon y los obispos de Estrasburgo y de Saint-Claude; en cambio, eran favorables al Consejo el arzobispo de Burdeos y, en menor medida, el arzobispo de Albi. En Réalmont, Roussel había ganado para su causa a Mons. de Jerphanion. Pero era consciente de que resultaría más difícil convencer a los otros miembros de la jerarquía, especialmente al arzobispo de Besançon. Redactó dos

¹⁰⁸ Circular del P. Chaminade, 19 de agosto de 1844.

¹⁰⁹ Carta del arzobispo de Besançon al arzobispo de Strasbourg, 7 de septiembre de 1844.

¹¹⁰ Charles Rothéa a Chaminade, 17 de septiembre de 1844: LD, p. 16.

¹¹¹ Léon Meyer a Chaminade, 16 de septiembre de 1844: LD, p. 16.

¹¹² Fidon al arzobispo de Burdeos, 17 de septiembre de 1844: LD, p. 16.

documentos confidenciales, uno el 12 y otro el 23 de octubre de 1844. El primero está escrito directamente contra el Fundador, el segundo se titula *Memorial Confidencial*. Este último, más largo y elaborado de forma más meticulosa, apoyado en documentos como la dimisión del Fundador, bien concebido y bien redactado, produjo el resultado de orientar la opinión de los obispos en contra del Fundador. Los dos documentos constituyen las pruebas de convicción de todo un alegato construido y estructurado por Roussel. En su primer escrito promete hablar de la dimisión del P. Chaminade, pero únicamente en la medida en que plazca a los «Venerables Padres y Jueces» realizar la petición. Roussel firmó el 20 de octubre el documento fechado el 12 de octubre. El P. Caillet tenía todavía en sus manos el *Memorial Confidencial* el 21 y lo firmó el 23 de octubre. Es evidente que los arzobispos, «Padres y Jueces», no habían tenido tiempo de presentar petición alguna.

En el curso de este estudio hemos hecho referencia, varias veces, al contenido del *Memorial Confidencial*. En cambio apenas nos hemos referido al *Memorial* del 12 de octubre de 1844. Aunque no sea necesario en este momento entrar en los detalles de su análisis, vale la pena fijarse en un cambio y en varias supresiones efectuados en la copia del *Memorial* del 12 de octubre, enviada a los preladados y a Roma. En el texto original que firmaron los tres Asistentes figura lo siguiente: «El Sr. Chaminade parece decir que en efecto...» y «Diría finalmente...». En el texto indebidamente modificado que se destinaba a los preladados, esta hábil suposición se transformó en: «El Sr. Chaminade ha dicho...» y «Ha dicho...». Las frases siguientes han desaparecido del texto recibido por los venerados padres y jueces:

El Sr. Clouzet ha presentado la dimisión al arzobispo de Besançon; el P. Caillet termina su mandato al haber finalizado los diez años que dura su cargo; el P. Roussel también ha presentado la dimisión: realmente procede realizar la elección...

Hemos dicho todo lo necesario: añadiremos, únicamente, como conclusión, que reconocemos que un Capítulo General, teniendo en cuenta las disposiciones actuales de los espíritus, sería una desgracia y que el remedio sería pero que enfermedad...¹¹³.

Los dos *Memoriales* del 12 y del 23 de octubre de 1844 rechazan absolutamente la reserva que el Fundador había formulado oralmente el 7 de enero de 1841¹¹⁴. Roussel presenta las afirmaciones del P. Chaminade como resultado de un fallo de memoria o de una imaginación sobreexcitada. En el fondo, el P. Chaminade sería el único que pensaba que realizó oralmente una reserva... Roussel invita a los destinatarios del informe a ver en la actitud del Fundador

únicamente una debilidad mental, producida por sus importantes trabajos y por su edad avanzada¹¹⁵.

En una carta a Roussel, el P. Chevaux describía el *Memorial Confidencial* en estos términos:

Bajo la miel y las rosas, he visto la ponzoña y el veneno. (...) Me ha parecido que las calumnias más insidiosas se mezclan con algunas maledicencias sobre algunos defectos

¹¹³ *Mémoire* del 12 de octubre de 1844: Posit. Intr., Summarium ex officio, pp. 5, 15 y 16. El ejemplar de este Summarium confrontado con el original se encuentra en ASM, caja 7, n. 15.

¹¹⁴ *Mémoire* del 12 de octubre de 1844: cf. Summarium ex officio de la Posit. Intr. p. 6; *Mémoire Confidentiel*: cf. ANP, doc p. 53, 1º y p. 59, 3º.

¹¹⁵ ANP, doc. p. 56.

naturales de nuestro Buen Padre. He creído percibir que en ese escrito ha descargado usted su corazón dominado por un amor propio herido que desea vengarse¹¹⁶.

El *Memorial Confidencial* produjo el resultado esperado. El arzobispo Donnet mandó a Roma el expediente sobre la controversia el 31 de octubre. Conocemos todos los documentos que envió¹¹⁷. Sin embargo, no llegó a Roma ningún documento del P. Chaminade defendiendo su posición; todos los documentos procedían de la oposición. Más adelante, en una carta al arzobispo Donnet, fechada el 20 de noviembre de 1845, el obispo de Saint-Claude, Mons. de Chamon, indicó la injusticia de tal proceder:

Se habrían evitado serias y numerosas dificultades si se hubiese aceptado adjuntar los medios de defensa que Mons. Chaminade presentaba en relación con las quejas contra su persona que sus adversarios dirigían a Roma¹¹⁸.

En el mes de octubre de 1844, el Fundador escribió al P. Chevaux solicitando su ayuda en el gobierno de la Compañía. Antes de irse, el P. Chevaux preguntó al arzobispo de Besançon (el 17 de octubre) si debía o no debía obedecer¹¹⁹. Cuando el arzobispo le dijo (el 23 de octubre) que no podía negarse a obedecer al Fundador, puesto que hasta ese momento la autoridad competente no había aceptado oficialmente la dimisión¹²⁰, se fue a Burdeos. Llegó el 17 de noviembre. El 7 de diciembre, el P. Chevaux tuvo una audiencia con el arzobispo Donnet. Comunicó al P. Léon Meyer el resultado de la visita:

Hablamos largo y tendido de nuestros asuntos. Me ha comunicado una carta del arzobispo de Besançon, en la que este le dice que en el norte todo está tranquilo, (...) que casi todas las comunidades se han pronunciado a favor del Buen Padre y que opina que nuestros obispos deberían permitir que las comunidades se unan o bien al Buen Padre o bien a la Administración. El arzobispo de Burdeos me dijo que compartía esa opinión y que garantizaba esa libertad de elección. Después de haber detallado los motivos que tenía para creer en la solidez de la postura del P. Chaminade —lo escuchó con bondad e interés—, propuse que invitase a las comunidades a unirse al P. Chaminade. Le gustó mi propuesta: pero me indicó que actuaría adecuadamente si proponía a los directores dirigirle a él sus declaraciones, en vez de dirigir las al Buen Padre. Habrá podido ver que he seguido un término medio: animo a dirigirse a los dos, al arzobispo y al P. Chaminade¹²¹.

El P. Chevaux escribió una circular a los directores¹²². Visitó personalmente las comunidades del Sur, excepto las dos que constituían los dominios del P. Roussel, Réalmont y Cordes, y la Magdalena, de la que estaba encargado el P. Caillet. Los padres Léon Meyer y Perrodin reunieron las declaraciones de las comunidades del Norte. De las 35 comunidades marianistas, 32 se pronunciaron a favor del Fundador. Esta aplastante mayoría habla por sí misma¹²³.

¹¹⁶ Chevaux a Roussel, 19 de febrero de 1845: LD, pp. 140-141.

¹¹⁷ ANP, doc. pp. 42-80.

¹¹⁸ El obispo de Saint-Claude al arzobispo de Burdeos, 20 de noviembre de 1845: LD, p. 303.

¹¹⁹ ANP, doc. p. 144, nota 19.

¹²⁰ Cf. carta del arzobispo de Besançon al P. Chevaux, 23 de octubre de 1844.

¹²¹ Chevaux a Léon Meyer, 10 de diciembre de 1844: LD, p. 71. Cf. ANP, doc. p. 57; Chaminade al Nuncio, 20 de julio de 1847.

¹²² Circular del P. Chevaux a todos los Jefes, 9 de diciembre de 1844.

¹²³ Proceso verbal de la *Reconnaissance des pièces relatives à l'adhésion de la Société de Marie à son Supérieur général et Fondateur*, 6 de febrero de 1845.

Antes de este plebiscito, cuya iniciativa correspondió al P. Chevaux, el P. Roussel había visitado también algunas comunidades y había dado instrucciones. Se leyeron sus *Memoriales* a los obispos. En cuanto el P. Chevaux inició la actividad en favor del Fundador, el P. Caillet escribió apresuradamente al arzobispo de Burdeos para protestar formalmente. Era el 14 de diciembre de 1844, en el mismo momento en el que presentaba su dimisión¹²⁴.

Fiel a su manera de actuar, el arzobispo Donnet, sin pedir otras aclaraciones, escribió el mismo día al arzobispo de Besançon para denunciar el abuso de confianza del P. Chaminade y del P. Chevaux¹²⁵. Cuando el P. Chevaux regresó para referir al arzobispo lo que había hecho, no fue bien recibido. Sus explicaciones no consiguieron ningún resultado¹²⁶. Escribió entonces al arzobispo de Besançon para justificar su actuación, pero era demasiado tarde¹²⁷. El arzobispo Mathieu había tomado partido y había adoptado una postura claramente contraria al P. Chevaux y al Fundador¹²⁸.

El arzobispo Mathieu se había pronunciado contra el Fundador. Su oposición a la causa del P. Chaminade tendría funestas consecuencias debido al informe en latín que enviaría el 31 de enero de 1845¹²⁹. Este documento es una especie de compendio del *Memorial Confidencial*. Su repercusión en Roma fue importante debido a la influencia personal del arzobispo y como confirmación de la documentación enviada por el arzobispo Donnet. La presentación falsa del caso produjo como resultado la condena del Fundador en el tribunal de Roma.

¹²⁴ Caillet al arzobispo de Burdeos, 14 de diciembre de 1844.

¹²⁵ El arzobispo de Burdeos al arzobispo de Besançon, 14 de diciembre de 1844: LD, pp. 78-79.

¹²⁶ Notas del P. Chevaux sobre su visita al arzobispo Donnet, 31 de diciembre de 1844.

¹²⁷ Chevaux al arzobispo Mathieu, 14 de diciembre de 1844: LD, pp. 79-80.

¹²⁸ El arzobispo Mathieu al arzobispo de Estrasburgo, 21 de diciembre de 1844: LD, p. 83.

¹²⁹ ANP, doc. pp. 141-145.

Capítulo 4

LA DECISIÓN DE ROMA Y EL CAPÍTULO GENERAL DE 1845

Aunque el P. Chaminade deseaba consultar al Papa y adjuntar, a la documentación enviada a Roma por el arzobispo, algunos documentos defendiendo su postura, no pudo enviar su primera carta al Santo Padre hasta febrero de 1845, acompañada de una carta de Roussel fechada el 22 de enero de 1845.

El Fundador prometía en la carta justificar su actuación y aportar pruebas de que había presentado su dimisión con condiciones. De hecho, había preparado un informe defendiendo su interpretación. Ese informe ocupa veintinueve páginas en las Actas del Proceso de Beatificación¹³⁰. Pero esperó en vano la llegada de la invitación de Roma para que enviase los documentos:

Se los ofrecí al Soberano Pontífice en mi primera súplica, pero no ha solicitado ninguno¹³¹.

¿Cómo habría podido saber que la Sagrada Congregación, por medio del Nuncio Fornari, había pedido tres veces al arzobispo de Burdeos que completase la documentación y que el cardenal Orsini, Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, había especificado que se enviasen los documentos favorables al Fundador?:

*E inviino le parti a questa S.C.*¹³².

El arzobispo de Burdeos, cumpliendo su deber, envió los documentos entregados por el Consejo, pero nunca solicitó al P. Chaminade que le entregase los suyos, como había pedido el cardenal Orsini. Y lo que es peor, se negó dos veces a enviar los documentos del Fundador.

La documentación que los arzobispos pusieron a disposición de la Sagrada Congregación hizo que se considerase inútil la exigencia de que el Fundador presentase su defensa. ¿Acaso en los documentos enviados no aparece como un anciano obstinado que había regresado mentalmente a la infancia, sin memoria, confundido por sus fantasías, e incapaz de dialogar? Si el Consultor hubiese recibido la defensa preparada

¹³⁰ NP, doc. pp. 51-80.

¹³¹ Chaminade a Léon Meyer, 8 de octubre de 1846: LD, p. 308; ANP, doc. pp. 56-57.

¹³² «Y que los litigantes envíen todo el contencioso a la Sagrada Congregación». Cardenal Orsini al Nuncio de París, 2 de diciembre de 1844.

por el Fundador, habría descubierto una descripción detallada de la dimisión del P. Chaminade, pruebas que demostraban la traición del P. Roussel y la oposición de los Asistentes. Habría descubierto, incluso, sugerencias acertadas para superar adecuadamente las discrepancias y para restablecer la paz en la Compañía.

Pero no ocurrió así. La Sagrada Congregación emitió un decreto favorable a la posición del Consejo, fechado el 30 de julio de 1845. El cargo de Superior General estaba vacante. Por eso era necesario convocar un Capítulo General y el P. Chaminade no tenía ningún derecho a volver a ejercer el cargo.

El 19 de agosto de 1845 presentaron el decreto al P. Chaminade. No lo comprendió, pero lo aceptó. No respondía a las propuestas que había formulado en su Súplica al Papa; además, declaraba vacante el cargo de Superior General sin ninguna condición. Esta es la pregunta a la que respondió el decreto de Roma:

¿Debido a la dimisión presentada por el P. Chaminade el 8 de enero de 1841, debe considerarse vacante el cargo de Superior General de la Compañía de María de la que es Fundador y, como consecuencia de esto, debe convocarse el Capítulo para la elección de un nuevo Superior General según las Constituciones; o bien, a pesar de la dimisión citada, tiene todavía el P. Chaminade el derecho de volver a ocupar por decisión propia el cargo de Superior General de la citada Compañía?

Los Eminentísimos Prelados, en función del informe de su Eminencia (el cardenal Polidori), y después de haber examinado el asunto con atención, han respondido: a la primera parte, *afirmativamente en todos sus aspectos*, a la segunda parte, *negativamente*¹³³.

El P. Chevaux leyó el decreto al Fundador y, a petición de este, le dio esta interpretación:

La dimisión escrita, considerada la única válida, no contiene reserva alguna y la Sagrada Congregación declara que la autoridad reside en la Administración General; el Buen Padre ya no tiene autoridad; por lo tanto, no le corresponde convocar y presidir el Capítulo General según las Constituciones...¹³⁴.

Una rápida comparación de esta interpretación con el texto muestra por qué el Fundador escribió al arzobispo:

Acepto este Decreto de la Sagrada y muy venerable Congregación con la misma sumisión con la que recibiría una orden de Jesucristo.

Pero añade después que no creía «posible» la interpretación que el P. Chevaux atribuía a sus autores¹³⁵. Ahora pide permiso únicamente para convocar el Capítulo y presidirlo, puesto que no se ha cuestionado ese derecho en el Decreto. En *Observations sur les Constitutions* el P. Chaminade había escrito:

El Capítulo General es siempre convocado por el Superior General excepto en dos casos, cuando la elección fuese debida a su muerte o a su destitución¹³⁶.

¹³³ ANP, doc. p. 159; LL, p. 138.

¹³⁴ NP, *Responsio ad Novas Animadversiones*, p. 186.

¹³⁵ LL, pp. 139-140.

¹³⁶ *Observations sur les Constitutions de la Société de Marie*, en relación con el número 279, Caja 61, notas autógrafas.

Estas notas eran oportunas, aunque habían sido escritas mucho antes de la controversia. El Fundador se limitaba a aplicar la interpretación que siempre había dado a las *Constituciones*. Seguía vivo y no había sido destituido: por lo tanto, tenía el derecho de convocar el Capítulo. El 19 de septiembre de 1845 escribió nuevamente al arzobispo de Burdeos:

No creo en forma alguna que la expresión «se debe convocar un Capítulo General, etc.», signifique que los padres Caillet y Roussel y el señor Clouzet lo convoquen: no tienen autoridad para convocarlo antes de yo haya muerto físicamente; pero el Santo Padre sabe que sigo vivo... es mi deber convocarlo¹³⁷.

Escribió varias cartas al arzobispo de Burdeos pidiendo que avalase su interpretación, pero no logró su objetivo. Según el arzobispo Donnet, el P. Chaminade era un obstinado en rebelión contra la Santa Sede.

En su circular del 15 de septiembre de 1845, redactada por el P. Roussel, el P. Caillet convocó el Capítulo General en Saint-Remy. La ilegitimidad de esta convocatoria es evidente en función de las *Observations sur les Constitutions* del Fundador. Además, en el *Memorial Confidencial* firmado por cada uno de los Asistentes, Roussel había escrito que Clouzet y él mismo habían presentado la dimisión y que Caillet había finalizado su mandato de diez años. Incluso si hubiesen conservado sus cargos, los tres tenían que actuar colegiadamente. El mismo Caillet lo confiesa cuando escribe al arzobispo de Besançon:

Es urgente que regresen cuanto antes a Burdeos los dos Asistentes, el P. Roussel que está en Réalmont, y al Sr. Clouzet que se encuentra en Saint-Remy. Son absolutamente necesarios para poder celebrar el Consejo bajo cuya autoridad debe actuar el Vicario General y debe hacerlo de acuerdo con ellos¹³⁸.

Consciente de que no tenía autoridad para convocar el Capítulo, Caillet solicitó la intervención del Nuncio. Como el Nuncio no respondió, acudió al arzobispo de Burdeos para obtener el permiso necesario. El 15 de septiembre de 1845, en la misma fecha que figura en la circular, el arzobispo respondió:

A usted, señor, y a los otros miembros del Consejo, les corresponde actuar ahora¹³⁹.

Hay que decir, ante todo, que el arzobispo no tenía ningún derecho de intervenir en una Compañía de derecho pontificio y que, además, los otros miembros del Consejo no podían haber sido consultados, incluso por carta, puesto que la circular está fechada el 15 de septiembre. El P. Caillet fue el único que firmó el documento, con el acuerdo, según dijo, de los otros dos. No hace falta decir que el Fundador se opuso a esta convocatoria, por considerarla ilegal. Protestó contra la ilegalidad y solicitó al Nuncio que transmitiera su protesta al Santo Padre (22 de septiembre de 1845). Suplicó al arzobispo de Burdeos que suspendiese la celebración del Capítulo hasta que la Santa Sede comunicase su decisión (26 de septiembre de 1845). El arzobispo contestó diciendo que él no tenía nada que ver en la convocatoria del Capítulo (4 de octubre de 1845).

¹³⁷ LL, p. 159.

¹³⁸ Posit. Virt. p. 343.

¹³⁹ El arzobispo de Burdeos a Caillet, 15 de septiembre de 1845: LD, p. 242.

El Capítulo General de 1845

Los capitulares, según el Fundador, se habían reunido «ilegítimamente» en Saint-Remy¹⁴⁰. El Consejo entró en el Capítulo con gran aprensión. Caillet describe su desasosiego al arzobispo de Albi:

¡Cuántas prevenciones traían [los asistentes] al Capítulo General! Estábamos inquietos; en un determinado momento creímos que la Compañía estaba perdida¹⁴¹.

Clouzet describe un panorama semejante al arzobispo de Besançon:

Hubo un momento en el que perdimos la esperanza de conseguir el objetivo, en el que estuvimos incluso a punto de tomar una decisión extrema, porque en las sesiones preparatorias habíamos creído notar un espíritu conspirador y partidista¹⁴².

Es un hecho reconocido que la gran mayoría de los capitulares llegó a Saint-Remy con la intención de reelegir al Fundador. El P. Benoît Meyer, que vino en sustitución de su hermano, el P. Léon Meyer, confirma este temor fundado de la Administración General:

Todos los Alsacianos fueron al Capítulo con la intención de reelegir al B. P. Chaminade: fueron engañados por la forma de hablar fácil y fluyente del P. Roussel¹⁴³.

Por otra parte, Caillet elogiaba la obra notable realizada por Roussel:

Su aportación al Capítulo nos ha ayudado mucho. El P. Chaminade, debido a su mala forma de proceder, ha recibido su merecido (es decir, ha pagado con su no reelección sus malos procedimientos)¹⁴⁴.

Roussel, finalmente, nos ha proporcionado un informe de sus esfuerzos heroicos para aleccionar al Capítulo:

No puede usted imaginar, Monseñor, hasta qué punto el P. Chaminade había utilizado el cinismo (es la palabra apropiada), la maledicencia y la indiscreción. Habría sido preciso entrar a fondo en el misterio de esos deplorables altercados para iluminar las mentes y destruir la lamentable impresión ocasionada. Después de haber consultado a Dios en la oración, mis colegas y yo acordamos explicar un poco las cosas (pero sin insistir, y

¹⁴⁰ Circular del Padre Chaminade, 28 de septiembre de 1845.

¹⁴¹ Caillet al arzobispo de Albi, 10 de octubre de 1845: LD, p. 258: «No sabría expresarle todo lo que la bondad de Dios, mediante la Santísima Virgen, nos ha concedido en forma de gracias en estas difíciles circunstancias. Las personas extraviados, engañadas por sus atenciones, incluso por su severidad, compartían en general los errores de nuestro Buen Padre. ¡Cuántas prevenciones traían al Capítulo general! Estábamos inquietos; en un determinado momento creímos que la obra estaba perdida».

¹⁴² Clouzet al arzobispo Mathieu, 10 de octubre de 1845.

¹⁴³ *Procès-verbal du Chapitre général de St-Remy*, 5 de octubre de 1845: «El P. Meyer, Superior de de Ebermunster, ha delegado en su hermano menor, el P. (Benoît) Meyer, que le represente en el Capítulo». *Extracto de los recuerdos del P. Benoît Meyer*, 25 de marzo de 1891, enviado al P. Rebsomen, Secretario del Jefe de Instrucción: ASM, pp. 55-57: «Después de mi llegada a Saint-Remy, cuando dije al P. Caillet que la opinión de mi hermano consistía en reelegir al Buen Padre Chaminade, para honor de la Compañía, me relegó a la comunidad de San José, prohibiéndome hablar con los capitulares que estaban en el castillo...».

¹⁴⁴ Caillet al arzobispo de Burdeos, 8 de octubre de 1845.

sobre todo sin hiel, sin acritud, sin ningún tipo de recriminación). Me encargaron, sin yo desearlo, esta delicada misión. La forma de pensar cambió¹⁴⁵.

Las consideraciones que siguen muestran por qué el P. Chaminade tenía verdaderamente el derecho de llamar «ilegítimo» a este Capítulo. Además de las precisiones aportadas sobre la convocatoria del Capítulo, disponemos, para completar el cuadro, de algunos datos sobre el desarrollo de esta singular asamblea. Los capitulares, en nombre de la obediencia, debían abstenerse de hablar de las elecciones, de hablar sobre los posibles candidatos, incluso en privado, por cualquier motivo que fuese, desde el momento de su llegada a Saint-Remy hasta la clausura del Capítulo, y esto tanto durante las sesiones como fuera de ellas¹⁴⁶. Varios capitulares afirmaron que no hubo libertad en el momento de las votaciones. El *Reglamento* establecido por Roussel tenía previsto que se realizase un homenaje o un recuerdo al Venerado Predecesor. La elección del Fundador quedaba, por lo tanto, excluida. Roussel calumnió públicamente al P. Chaminade durante el Capítulo. Según él, era incapaz, indigno y se rebelaba contra la Santa Sede. Los Asistentes utilizaron su ingenio para influir en las votaciones, a pesar de la prohibición establecida en el reglamento. Los testimonios sobre la forma de dirigir el Capítulo son numerosos: capitulares como Rothéa, Gaussens, Vogel, Hoffman, cartas de personas que vivieron en esa época como Lalanne o el obispo Chamon describen el clima de las elecciones. No resulta extraño que se planteasen objeciones contra tal forma de proceder, escribió Gaussens a Chevaux¹⁴⁷.

En el primer escrutinio, ninguno de los candidatos obtuvo dos tercios de los votos, que era la mayoría requerida por las *Constituciones* en el artículo 500. Se procedió, pues, a una votación entre los dos candidatos que habían obtenido el mayor número de votos, los padres Caillet y Chevaux. En la segunda votación Caillet obtuvo veintinueve votos y Chevaux nueve¹⁴⁸. Sin embargo, según Hoffman, este resultado fue debido, en parte, a la actitud del P. Chevaux, quien había declarado antes de la segunda votación que, incluso si todos indicaban su nombre, no aceptaría el cargo de Superior General, porque le faltaría el voto del P. Chaminade. El obispo Chamon escribió al P. Chaminade poco después de concluirse el Capítulo:

Desde entonces he sabido que la inmensa mayoría de los votantes pensaba lo mismo [reelegir al Fundador]; pero fueron tan hábilmente manipulados [por Roussel] en Saint-Remy, que terminaron nombrando un sucesor, pero sintiéndolo mucho, con gran dolor¹⁴⁹.

¹⁴⁵ Roussel al arzobispo de Albi, 8 de octubre de 1845.

¹⁴⁶ Summarium, p. 231; Posit. Virt. p. 343 y ss.

¹⁴⁷ Gaussens a Chevaux, 25 de octubre de 1845: «El Capítulo ha concluido con insatisfacción por parte de todos los capitulares, sin que se haya podido manifestar ninguna observación. Por mi parte, reconozco que me ha resultado difícil contener la emoción que experimentaba, porque ni siquiera quisieron hablar de orden y de uniformidad en las obras del mismo tipo... Me parece que, con independencia de quién fuese el que hablase, cada uno debería haber tenido la posibilidad de expresarse en interés de la Obra común que es mucho más laica que clerical... Bueno, es un asunto terminado. Dentro de diez años otras personas proporcionarán, tal vez, observaciones mejor recibidas y menos impugnadas».

¹⁴⁸ Capítulo general de 1845: ASM, Caja 51, n. 6.

¹⁴⁹ El obispo Chamon a Chaminade, 5 de noviembre de 1845.

Rothéa comunicó a Lalanne que, en la clausura del Capítulo, todos los capitulares estaban descontentos, porque nadie pudo expresar ningún comentario. Cuando el P. Rothéa quiso hablar, no pudo hacerlo¹⁵⁰.

El P. Caillet realizó la siguiente declaración antes de clausurar el Capítulo:

Las relaciones con nuestro Fundador y padre deben ser relaciones de veneración filial, de ternura y de agradecimiento. Siempre que se presente la ocasión, tenemos que cumplir con diligencia ese deber agradable y sagrado. Debemos todo a nuestro Fundador y padre: no debemos olvidarlo jamás¹⁵¹.

Vuelve sobre esta misma idea utilizando expresiones rotundas. Lo hace en la Circular a los miembros de la Compañía en la que comunica los resultados de las elecciones:

Vengo a instarles que no olviden ante el Señor todo lo que debemos a nuestro venerable Fundador y Padre. Vengo a prometer que rodearé su ancianidad con todos los cuidados delicados y atentos que sugiere la piedad filial más viva y más ardiente¹⁵².

Esta carta está fechada el 25 de octubre de 1845, el mismo día en el que el P. Caillet ordenó al P. Chaminade abandonar el noviciado de Santa Ana y regresar a la Magdalena¹⁵³. El P. Caillet tenía una extraña manera de manifestar su veneración, su estima y su gratitud. Sin exagerar el relato de su falta de ternura hacia el Fundador, algunos incidentes muestran que olvidó el «agradable» y «sagrado» deber que pedía a los religiosos que «realizasen con presteza». Intentó, por ejemplo, despedir al ama de llaves del fundador, Marie Dubourg, pagando una indemnización¹⁵⁴. Cuando el Fundador pidió dos mantas que tenía en Santa Ana, le enviaron una manta utilizada para los caballos, que no podía doblar¹⁵⁵. El P. Caillet anunció desde el púlpito de la Magdalena la destitución del P. Chaminade como director de las Congregaciones¹⁵⁶. Los cuatro religiosos que trabajaban en la Magdalena tenían la orden de no hablar con él. Uno de ellos, en particular, estaba encargado de lograr la observancia de esta prescripción y de insistir en que fuese observado el silencio. Desgraciadamente el responsable se esforzó en realizar ese deber. Su papel consistía en vigilar personalmente al Fundador: nadie debía dirigirle la palabra durante todo el día. Si el P. Chaminade decía una palabra, le mandaba callar. Cuando iba a Santa Ana, este religioso lo seguía como si fuese su sombra para que no hablase con nadie¹⁵⁷. El P. Caillet nunca tuvo la

¹⁵⁰ *Déposition de M. Rothéa*, septiembre de 1858, borrador escrito a mano por el P. Lalanne: «La elección del P. Caillet en el primer Capítulo General fue un auténtico complot. Reunidos los capitulares en Saint-Remy, se les impuso un silencio absoluto. No han podido comunicar lo que pensaban, ni expresar públicamente sus opiniones. Cuando el P. Rothéa quiso hablar, se vio obligado a callar.

Mientras se prohibía a los miembros del Capítulo comunicarse entre ellos, los miembros de la Administración intentaron influir en todos; primero en los del Sur, y después en los de Alsacia. Así se consiguió un cierto tipo de unanimidad. El informe contra el P. Chaminade fue realizado por el P. Roussel, un sacerdote de mala fama, acusado ante la *Court d'assises* por actos contra la moral realizados en dos casas de la Compañía. Removido por el P. Chaminade, fue rehabilitado por el P. Caillet quien, tras contar con su ayuda contra el P. Chaminade, también lo alejó».

¹⁵¹ *Actas del Capítulo de 1845*. Carta del 25 de octubre de 1845.

¹⁵² Circular del B.P. Caillet a la Compañía de María, 25 de octubre de 1845.

¹⁵³ Posit. Virt. p. 327; ANP, doc. p. 191.

¹⁵⁴ Chaminade al Nuncio, 12 de febrero de 1846.

¹⁵⁵ *Court Mémoire ou note explicative de la démission par le Sieur Chaminade*, 12 de julio de 1847.

¹⁵⁶ Chaminade a Chevaux, 17 de noviembre de 1845.

¹⁵⁷ *Mémoire* del 18 de octubre de 1848 a favor del P. Chaminade.

delicadeza de comunicar sus circulares al P. Chaminade¹⁵⁸. No le admitió en el Consejo, a pesar de sus protestas. Prohibió la correspondencia de los religiosos con el Fundador. Se interceptaban las cartas dirigidas al P. Chaminade¹⁵⁹. Cuando terminó finalmente esta persecución, debido a la separación de los bienes, el P. Caillet no permitió al P. Chaminade que consultase los documentos¹⁶⁰.

En cuanto el P. Chaminade fue informado de los resultados del Capítulo, dirigió una carta al P. Caillet, otra al arzobispo de Burdeos y una tercera al nuncio de París, para cuestionar la validez de las elecciones¹⁶¹. El P. Caillet, por su parte, comunicó rápidamente su elección a las autoridades eclesiásticas¹⁶². Según él, en el Capítulo todo se había desarrollado legalmente. El P. Chaminade era un anciano obstinado, víctima de ilusiones invencibles. Se alegraba de que, a pesar de los «prejuicios» de los capitulares que parecían inclinarse por la reelección del P. Chaminade, esa «desgracia» para la Compañía había sido evitada gracias a las explicaciones dadas por el P. Roussel. En el viaje hacia Burdeos, visitó en París al Nuncio, para informar personalmente de la situación y determinar el comportamiento a seguir respecto al Fundador. Logró condicionar de tal forma al Nuncio, que el P. Chaminade nunca recibió una respuesta a las numerosas cartas que le dirigió¹⁶³. Más tarde, el Nuncio diría al P. Chevaux que ni las había leído ni las había enviado a Roma. Las cartas permanecieron en la Nunciatura y llegaron finalmente a su destino con otros documentos. ¿Por qué no realizó el Nuncio su deber? Se lo reveló al P. Chevaux empleando el mismo verbo que el P. Caillet: «Estaba bastante condicionado»¹⁶⁴. Por consiguiente, no resulta extraño que el P. Caillet pudiese asegurar al Fundador que nunca recibiría respuesta a sus cartas.

Cuando el P. Caillet regresó a Burdeos en compañía de los padres Chevaux y Fontaine, el viernes 24 de octubre de 1845, el P. Romain le entregó dos documentos del Fundador: una carta fechada el 22 de octubre y un borrador de circular para que fuese enviada a toda la Compañía por medio de los superiores de las comunidades¹⁶⁵. Clouzet no vino con ellos, no se reunió con sus colegas hasta 1851. El Fundador, en su carta al P. Caillet, le decía que reconocería la elección del nuevo Superior General si se enviaba la circular adjunta a toda la Compañía para dar a conocer su aprobación explícita de las elecciones. El P. Chaminade constató que el P. Caillet no había cambiado y comprendió que se había equivocado debido a la carta que había recibido desde Saint-Remy¹⁶⁶ y a

¹⁵⁸ Chaminade al obispo Chamon, 29 de diciembre de 1845.

¹⁵⁹ Chaminade al arzobispo de Albi, de Jerphanion, 22 de octubre de 1847.

¹⁶⁰ *Mémoire* del 18 de octubre de 1848 destinado al P. Chaminade, documento n. 1510.

¹⁶¹ Chaminade a Caillet, carta del 15 de octubre de 1845; al Nuncio, 16 y 17 de octubre; al arzobispo Donnet, 20 de octubre.

¹⁶² En primer lugar las cartas en las que el P. Caillet anunciaba su elección: al arzobispo de Burdeos, 8 de octubre de 1845; al arzobispo de Albi, 10 de octubre; al arzobispo de Besançon, carta del 19 de octubre para confirmar oficialmente las noticias de la elección que Clouzet anunció al arzobispo en una carta del 10 de octubre. Vienen a continuación las cartas de felicitación dirigidas al P. Caillet: de la Superiora de la Misericordia, 17 de octubre; del obispo de Ajaccio, 27 de octubre; del obispo de Saint-Dié, 28 de octubre (informado por el arzobispo de Burdeos); del obispo de Agen, 31 de octubre.

¹⁶³ Caillet al arzobispo de Besançon, carta del 20 de octubre, escrita al terminar la audiencia con el Nuncio.

¹⁶⁴ Chevaux a Caillet, 6 de septiembre de 1850.

¹⁶⁵ Chaminade a Caillet, 22 de octubre de 1845; carta a los Jefes de las Obras de la Compañía, 22 de octubre de 1845.

¹⁶⁶ Carta mediante la cual el P. Caillet anuncia su elección al P. Chaminade. No tenemos esta carta, pero el P. Caillet escribió en la carta del P. Chaminade al Papa, que ha tenido «una total apertura de alma, sentimientos de piedad filial, y humildes excusas ante las faltas de caridad en las formas y en las expresiones durante nuestras lamentables disensiones».

las informaciones de otras personas. El Fundador describe lo que ocurrió en una carta a su amigo, el Obispo de Saint-Claude:

Después de haber leído las cartas, el P. Caillet vino a verme; [pero] ya no manifestaba los sentimientos que me había expuesto y que otros me habían confirmado. Revoqué lo que indicaba en la breve carta en forma de circular (fecha el 22 de octubre), cuyo borrador ya le había enviado.

Al salir de mi habitación, me pidió permiso para ver a la comunidad. Accedí. Indicó al P. Fontaine que leyese mi proyecto de circular a toda la comunidad.

Conocí lo que había sucedido y, en la primera reunión de comunidad, hice leer la carta exacta (del 22 de octubre), dirigida al P. Caillet, en la que se encontraba el proyecto de circular. El P. Caillet no había pedido que se leyese esa carta, y todos pudieron ver la superchería¹⁶⁷.

El día siguiente, el P. Caillet ordenó al P. Chaminade que abandonase Santa Ana y que fuese a vivir a la Magdalena. El Fundador solicitó que se le permitiese cumplir la orden el 26 de octubre. La petición fue aceptada. Caillet pensaba que la presencia del Fundador en el noviciado «perjudicaba en gran medida la regularidad y la subordinación»¹⁶⁸. ¡En esos mismos días envió al P. Roussel al noviciado de Réalmont!

¹⁶⁷ Chaminade al obispo Chamon, 29 de diciembre de 1845.

¹⁶⁸ Chaminade al Papa, carta del 13 de noviembre de 1845. Cita, en este documento, su carta al Ministro de Instrucción Pública del 6 de noviembre.

El P. Caillet escribió al arzobispo de Burdeos en relación con esta carta al Papa: «Es únicamente una larga acusación, una inconveniente diatriba contra Su Ilustrísima; y enrojecería al presentar todas estas cosas a su consideración, si esta comunicación no fuese útil. En el estado de exasperación en que se encuentra aparentemente este pobre P. Chaminade, no hay ningún tipo de exceso al que no pueda entregarse, y debemos estar preparados ante cualquier eventualidad». Y esto es todo.

En la carta al Ministro de Instrucción Pública, el Fundador describe su expulsión del noviciado: «Las órdenes que comenzó a darme el P. Caillet me parecieron rigurosas: pero obedecí y recomendé a cuantos veían en la comunidad que le obedeciesen. El P. Caillet me dijo a continuación: “No puede usted seguir viviendo en Santa Ana”. Como ya era tarde y había oscurecido, fue lo suficientemente sensible como para dejarme pasar esa noche en Santa Ana».

El P. Caillet hacía un comentario a esta versión del P. Chaminade en la nota 13 en referencia a la carta del P. Chaminade al Papa: «He invitado al P. Chaminade de parte de Su Ilustrísima, a que vuelva a ocupar sus habitaciones de la Magdalena, porque, efectivamente, su presencia en Santa Ana creaba muchos problemas en la regularidad y en la subordinación del noviciado, porque se opuso abiertamente a todas nuestras iniciativas en presencia de los novicios, a los que incitaba a la rebelión. No determiné el día de su regreso a Burdeos, indiqué únicamente la semana». Baste con decir que no vemos en qué podía el Fundador haber perjudicado la observancia religiosa. En cuanto a la acusación de incitar a los novicios a la rebelión, los testigos, es decir, los novicios de entonces fueron un ejemplo de vida armoniosa y en ningún momento hablaron de exaltación revolucionaria. En cuanto al límite de tiempo impuesto al P. Chaminade, no podemos probar nada. Notemos de paso que se cita al arzobispo para justificar la decisión. Si el P. Caillet concedía al Fundador una semana para ir a la Magdalena, ¿cómo explicar entonces la prisa del anciano al irse de su querido noviciado? Además, si la presencia del Fundador era tan peligrosa, ¿cómo explicar que se le permitiese, después de unos meses, reiniciar sus visitas a Santa Ana y dar charlas los jueves y los domingos? En cualquier caso, ¡así vemos al hombre que había prometido tratar al Fundador y Padre del Instituto con consideración y con piedad filial!

El 3 de diciembre de 1845, el P. Chaminade deseaba reiniciar sus visitas a Santa Ana. Solicitó al P. Caillet la orden escrita del arzobispo según la cual no debía ir allí. El P. Caillet respondió que no podía obtener el documento, porque el arzobispo no se encontraba en Burdeos. El Fundador respondió que, hasta que fuese posible, le bastaría la transcripción de la orden del arzobispo. El P. Caillet, acompañado por el P. Chevaux, fue a ver al Fundador. Le declaró que no necesitaba la firma del arzobispo. Él era el Superior General y eso era debería ser suficiente. Mientras tanto, había mandado al P. Chevaux que cerrase con llave la habitación del Fundador en Santa Ana, la enfermería y una tercera habitación que estaba desocupada, y que guardase las llaves en la Magdalena. Tenía que decir a los religiosos Michaud, Gobillot, Bidon y Joncas que el Fundador había amenazado con ir al noviciado, lo que era verdad, puesto

Desde su oscura habitación de la Magdalena, durante los meses de noviembre y de diciembre, continuó luchando para que se reconociesen sus derechos. Incluso en su retiro experimentó la poderosa influencia del P. Caillet.

Los esfuerzos del P. Chaminade no impidieron que la Sagrada Congregación declarase válido el Capítulo y también las elecciones de Saint-Remy. El decreto estaba fechado el 23 de diciembre de 1845. El Fundador recibió la confirmación de Roma el 13 de enero de 1846. Ese mismo día escribió al arzobispo Donnet:

«Acepto la nueva decisión de la Sagrada Congregación como si viniese del mismo Jesucristo. Me someto plenamente y con sencillez. Me someto con alegría. (...) Me adhiero enteramente a la aprobación que la Santa Sede acaba de dar al Capítulo General celebrado en Saint-Remy y a la elección, realizada allí, del P. Caillet para que sea mi sucesor como Superior General de la Compañía de María.»

Para mostrar su buena voluntad, pidió al P. Caillet, tres días después, que fuesen juntos a visitar al arzobispo:

«Desearía, querido hijo, visitar al arzobispo. Todos nuestros asuntos han finalizado con la sentencia de la autoridad suprema. Estamos perfectamente de acuerdo sobre la posición respectiva en que nos sitúa esta venerable decisión.»

1º Ninguna recriminación sobre el pasado; 2º es usted realmente el Superior General de la Compañía de María, nombrado por el Santo Padre. (...)

Tenga la bondad, querido hijo, de pedir al arzobispo una audiencia y, si quiere usted acompañarme, tendrá la prueba de que estamos completamente de acuerdo¹⁶⁹.

El P. Caillet no aceptó la petición.

El P. Chaminade distinguió dos partes en el decreto. La primera confirmaba la elección del P. Caillet y la segunda quería tranquilizar el alma del Fundador, aludiendo a su gran solicitud por mantener el espíritu de la Compañía y reformar los abusos. Consideró que la decisión de la Santa Sede era una respuesta a estas dos preocupaciones. Vamos a mostrar la génesis de esta decisión aparentemente dicotómica. El texto sobre el cual fundaba el P. Chaminade esta distinción es la frase siguiente: «Que el P. Chaminade se tranquilice debido a la decisión de la Santa Sede». Ahora bien, el secretario del arzobispo no había traducido correctamente el texto italiano: *V. S. farà sì che il med. Signor Chaminade si acquieti alle decisioni della S. Sede.* Si se hubiese traducido correctamente, el significado de esta frase habría sido: «Su Ilustrísima actuará en la forma adecuada para que el Sr. Chaminade acepte las decisiones de la Santa Sede»¹⁷⁰. Veremos cuáles fueron las consecuencias de esta mala traducción.

¡Qué necesidad tendría el P. Chaminade de tranquilizar su conciencia, si se excluyen los temas de los abusos y del espíritu de la Compañía! Incluso si el decreto no hubiese dicho nada sobre esta preocupación, como Fundador y Padre del Instituto tendría que haber continuado velando por el bien espiritual de la Compañía.

que el P. Caillet no le había entregado la orden escrita del arzobispo. En ese momento el P. Caillet no dio ningún permiso al P. Chaminade. Finalmente el P. Caillet, tal vez dulcificado y apaciguado por el P. Chevaux, le permitió ir a Santa Ana para respirar aire fresco, pero le obligó a guardar silencio y a rechazar cualquier visita, porque era considerado sospechoso.

¹⁶⁹ Chaminade a Caillet, 16 de enero de 1846.

¹⁷⁰ Carta del cardenal Ostini al nuncio de París, 23 de diciembre de 1845. El documento fue enviado al arzobispo de Burdeos el 10 de enero de 1846 y fue traducido, como acabamos de ver, por un secretario del arzobispado, que no dominaba el italiano.

Mientras que el Fundador se preocupaba de los temas espirituales, el P. Caillet estaba preocupado por un problema completamente diferente. Se preguntaba de qué forma podría la Compañía adquirir los bienes personales del P. Chaminade. Aunque había mantenido siempre el derecho de propiedad sobre sus bienes, de hecho los había puesto al servicio de la Compañía y de las Hijas de María. Nunca había pensado en excluir sus bienes del patrimonio de la Compañía¹⁷¹. Sin embargo, una concatenación de hechos, provocada por el P. Caillet, hizo que se inclinase finalmente por la separación entre sus propios bienes y los de la Compañía. El P. Caillet fue su único heredero hasta el mes de agosto de 1849.

Pocos días después de haber recibido la sentencia de Roma, recibió la visita del P. Caillet, a quien acompañaban los padres Chevaux y Fontaine. Los tres visitantes habían elaborado un plan destinado a conseguir los bienes del Fundador. La operación había sido estudiada minuciosamente. El documento necesario había sido preparado y firmado por el P. Caillet. La presencia solemne del General y de sus Asistentes, y la orden formal de firmar el documento en nombre de la obediencia eran circunstancias pensadas detenidamente para impresionar al Fundador y para lograr su firma. Pero la maniobra produjo el efecto contrario. Se negó a firmar. No podía legar sus bienes a una Compañía que era diferente de la que él había fundado. El P. Chaminade nos describe la escena:

El P. Caillet, debido a la confirmación de su elección como Superior General, ha venido acompañado por sus dos Primeros Asistentes para decirme que, a consecuencia de las deliberaciones que habían tenido y en el nombre de la obediencia, tendría que desprenderme de la iglesia y de la casa en la que vivo, que son propiedades personales, y prometer en este momento venderlas a los padres Chevaux y Fontaine, sus dos Primeros Asistentes. El P. Caillet firmó el acta escrita en un antiguo registro; el P. Fontaine, el supuesto secretario, me ofreció la pluma para que firmase: me negué. Indiqué únicamente que el P. Caillet no caería en tales excesos de autoridad si se me permitía tener una conversación privada con cada uno de los dos Asistentes. Entonces se levantó el P. Caillet y prohibió expresamente a sus dos Asistentes tener cualquier tipo de conversación conmigo. Continuamos sin vernos, aunque vivimos en la misma casa¹⁷².

La situación se complicó cuando recibió, el 26 de enero de 1846, una oferta de dieciocho mil francos si vendía una propiedad que le pertenecía desde antes de la fundación de la Compañía. La propuesta de venta le llegó a través del P. Caillet. Aceptó con la condición de que el dinero sirviese para pagar las hipotecas de San Lorenzo y de la Magdalena. Aceptó, pues, vender la propiedad al Sr. Camiran, contando con el voto favorable del Consejo. Pero el P. Caillet no pensaba utilizar el dinero según lo convenido. Sin decir una palabra al Fundador, se presentó en el despacho del notario y retiró las escrituras de propiedad. El Sr. Camiran insistió en vano, solicitando que le transfirieran los títulos de propiedad. El Fundador tuvo que luchar durante dos años, hasta que el P. Caillet se vio obligado a entregar los documentos en el verano de 1848¹⁷³.

El 21 de febrero de 1846, el P. Caillet, a través de su asesor legal, el Sr. Faye, propuso al Fundador una venta de todos sus bienes a cambio de una renta vitalicia. La

¹⁷¹ Cf. *Lettres du P. Chaminade*, edición Havaux, t. II, carta n° 253; t. IV, carta n° 1100.

¹⁷² ANP, doc. pp. 224-225; cf. *Posit. Virt.* pp. 274, 332.

¹⁷³ Chaminade a Faye, carta del 21 de febrero de 1846; Chaminade al arzobispo de Burdeos, 29 de octubre de 1846: ANP, doc. LXII, p. 244.

reacción del P. Chaminade revela el aspecto detestable de estas actuaciones, dirigidas contra él:

Los motivos por los que no coincido con el P. Caillet y con sus Asistentes, no son viles motivos de dinero, sino verdaderos motivos religiosos. Cuando nos hayamos puesto de acuerdo sobre los puntos esenciales, será facilísimo llegar a un acuerdo en lo económico. Desconozco lo que haya hecho en mi vida para que el P. Caillet, los que comparten su postura, y usted, me crean capaz de sacrificar los grandes intereses de la religión y de la Compañía de María con la finalidad de conseguir algo de dinero en previsión de las necesidades de los últimos años de mi vida. ¿Por qué han entrado en una Compañía cuyo Fundador tendría sentimientos tan viles?¹⁷⁴.

El P. Chaminade afirmaba que un acuerdo en lo espiritual produciría inmediatamente un acuerdo sobre la forma en que la Compañía entraría en posesión de sus bienes. Es como si dijese: «Corregid los abusos, reconoced mis derechos y mis deberes de Fundador, y todo se realizará según vuestros deseos».

A pesar de su difícil posición, el P. Chaminade intentó llegar a un acuerdo con el P. Caillet y vivir en paz con él. El 2 de marzo de 1846 dio el primer paso hacia un posible acuerdo. El 4 de marzo, firmó incluso una declaración diciendo que se comprometía a apoyar al nuevo Superior General y que reconocía plenamente su autoridad. El Consejo, por su parte, debía aceptar esta declaración con alegría, admitirlo en las reuniones y alegrarse de su colaboración. Este documento fue elaborado estando reunidos y fue modificado por el conjunto de los consejeros. El P. Chaminade firmó el texto corregido. También el P. Caillet estaba dispuesto a firmarlo, pero la desconfianza del P. Chevaux abortó el proyecto. El P. Chevaux creía detectar semillas de discordia en las cartas del Fundador. Debido a esta impresión, el P. Caillet rehusó firmar el documento¹⁷⁵.

El rigor del P. Caillet fue cediendo. Permitió al Fundador, una vez más, ir a Santa Ana para dar conferencias y para ayudar en la formación de los novicios. Iba al noviciado todos los jueves. Los domingos predicaba especialmente sobre la fe. Era una prueba más de que no estaba atormentado por una idea fija, hasta el punto de no poder tratar otros temas:

Desde el domingo pasado [8 de marzo de 1846], doy conferencias en el noviciado de Santa Ana. La ruptura del acuerdo no me impidió impartir la segunda ayer, jueves 12 de marzo. El contenido de estas conferencias es la fe y no hablo en forma alguna de nuestras discusiones. Pero creo que estas conferencias son muy importantes, porque temía que las explicaciones del P. Chevaux, en conformidad con las directrices del P. Caillet para paliar los abusos que los novicios no pueden dejar de percibir, disminuyesen el horror que yo les había inspirado hacia el mal. Los jóvenes conocen demasiado bien al P. Roussel y es lógico que se sorprendan al ver que sigue siendo el director de una de las más importantes obras de la Compañía, sea cual sea el giro que se quiera dar al asunto. Por lo tanto, intento inculcar en el espíritu de estos jóvenes los principios de fe que ya les había explicado. El P. Chevaux no opuso ayer ninguna dificultad a la conferencia que deseaba dar. Tengo la intención, a pesar de la ruptura del acuerdo, de aprovechar todo, por una parte, para establecer buenos principios en el noviciado de Santa Ana, por otra parte, para hacer al P. Caillet, cuando sea oportuno, los mismos planteamientos, y finalmente para instruir a la Compañía, tanto como sea necesario, en la represión de los abusos. Además, para inspirar confianza en el P.

¹⁷⁴ Chaminade a Faye, carta del 21 de febrero de 1846; LL, p. 272.

¹⁷⁵ Chaminade al obispo Chamon, 18 de abril de 1846: ANP, doc. pp. 236-237. Chaminade a Caillet, 2 de marzo de 1846: ANP, doc. pp. 228-229.

Caillet, hasta nueva orden de la Providencia, no hablaré fuera de la comunidad sobre nuestras discusiones. Informaré al Nuncio sobre lo que pienso hacer¹⁷⁶.

Los religiosos que tuvieron el privilegio de escuchar estas conferencias las recuerdan debido a la convicción que adquirieron en ellas de la santidad del Fundador.

Durante el año 1847 se plantearon muchos proyectos y contraproyectos. Todos esos esfuerzos no consiguieron su objetivo. El P. Chaminade se negó a un acuerdo sobre sus bienes, si no se establecía el reconocimiento de sus derechos y de sus deberes como Fundador. Por su parte, el P. Caillet manifestaba un interés cada vez mayor por los bienes temporales. Finalmente, en 1848, el Consejo de la Administración General propuso al P. Chaminade una completa separación de los bienes. El Fundador, a su vez, siente acercarse día a día la proximidad de la muerte. Pronto tendrá que rendir cuenta de su gestión como Fundador. Le atormenta la idea de los peligros que amenazan a la Compañía, especialmente las consecuencias que crea la ausencia de espíritu de pobreza. No puede ceder sus bienes, si van a contribuir al debilitamiento o a la destrucción de su obra. Estos son los dos aspectos de los últimos años de su vida, que deben ser considerados a continuación: el tema recurrente de los abusos y el destino final de sus bienes.

¹⁷⁶ Chaminade a Léon Meyer, 12-16 de marzo de 1846.

Capítulo 5

EL CONFLICTO SOBRE LOS ABUSOS

A pesar de la tensión continua que dificultaba sus relaciones, el P. Chaminade y el P. Caillet guardaban las apariencias. Sin embargo, el profundo desacuerdo que existía entre ambos no cesó. El P. Chaminade no quería renunciar a sus derechos ni descuidar sus deberes de Fundador. El último gran esfuerzo que Dios le pedía era conservar el verdadero espíritu de la Compañía. No podía descansar mientras no viese a la Compañía tal como Dios la había querido. Año tras año, desde 1845, asistimos al fracaso por ambas partes en la búsqueda de un acuerdo. Las dos posiciones continuaban inamovibles, es decir, diametralmente opuestas. El P. Caillet no podía comprender que se pudiese reconocer una autoridad diferente de la suya. Según él, ¿el hecho de reconocer al Fundador el derecho y el deber de aconsejar, de orientar, de realizar recomendaciones, no equivalía a reconocer que podía ejercer la autoridad? Se extrañaba de que el Fundador pudiera pretender ayudarlo corrigiendo abusos, en el caso de que existiesen tales abusos. Pero el P. Chaminade, a quien la cercanía de la muerte le empujaba a reconciliarse con su sucesor, temía cada vez más las distorsiones definitivas que amenazaban el ideal inspirado por Dios.

Para situar el problema, hay que realizar dos estudios: el primero consiste en comprender el punto de vista del P. Chaminade y el segundo radica en conocer con precisión cuál era la situación objetiva de la Compañía de María. ¿Estaban fundadas las apprehensiones del Fundador? ¿Existían tales abusos? Según los miembros de la Administración General, los abusos que el P. Chaminade no cesaba de denunciar eran el fruto de la imaginación de un anciano cansado. Las otras dificultades, especialmente la propiedad de ciertos bienes y las disposiciones referentes a su testamento, eran únicamente las consecuencias de la pregunta fundamental: ¿tiene un Fundador el derecho y el deber de insistir a su sucesor inmediato para que sean corregidos los posibles abusos?

La interpretación del P. Chaminade

El P. Chaminade nos ofrece el modelo de un hombre totalmente fiel a su vocación de Fundador. Además de contar con dones naturales, Dios le había preparado sobrenaturalmente para que realizase su misión. Esta preparación ayudó a que desarrollase el sublime ideal de perfección cristiana y religiosa, que fue el objetivo supremo de la familia religiosa que había fundado. Su entrega a este ideal y su conocimiento de la historia de la vida religiosa hicieron que fuese, en todo momento, un implacable enemigo de todo tipo de abuso, incluso antes de la fundación de la

Compañía, cuando se ocupaba del desarrollo del Estado dentro de la Congregación de Burdeos.

Cuando era un joven sacerdote visitó numerosos conventos de Burdeos¹⁷⁷. Observaba a los religiosos en su vida cotidiana y valoraba el fervor de sus comunidades. Fuese o no consciente de ello, realizaba así con docilidad las preparaciones remotas de la divina Providencia divina, que lo preparaban para su tarea futura. En estas comunidades no encontró lo que buscaba. Los años anteriores a la Revolución Francesa no fueron, ciertamente, un ejemplo de la vida religiosa en la plenitud de su fervor. El lamentable estado de relajación presagiaba las numerosas defecciones que se producirían en el momento de la tempestad. El mismo P. Chaminade nos confiesa que en una ocasión el silencio de ciertos religiosos le impresionó y se sintió atraído. Esta cita lo caracteriza. El silencio era entonces según él, y lo seguirá siendo, la piedra angular del fervor religioso. Seducido por el silencio, que veía como una prueba de la vida que buscaba, solicitó hacer un retiro con los religiosos. Se dio cuenta enseguida que la verdadera vida en común, en la que el silencio crea la atmósfera, no existía en ese lugar. ¿Deberíamos extrañarnos de que el P. Chaminade piense que el auténtico silencio tiene cinco manifestaciones diferentes? Sin perder el tiempo en este convento, donde el silencio era una apariencia dorada, se marchó. Esta «huida» es algo característico en él. Su reacción espontánea revela una actitud profunda: nunca podría vivir en paz en una comunidad en la que no se observaba la regla y donde las faltas a la observancia no suscitaban una protesta enérgica por parte de la autoridad¹⁷⁸. Aprendió mucho en sus visitas a casas religiosas. Apreciaba la experiencia que vivió y al cabo de unos años recomendó esa «escuela de fundadores» a Adela de Trenquelléon¹⁷⁹. Durante su exilio en España, dedicó una parte de su tiempo a visitar monasterios y conventos. Así amplió su perspectiva y maduró su pensamiento¹⁸⁰. En el curso de su larga vida no disminuyó su interés por la historia de las diversas formas de vida religiosa. Su biblioteca, en la que tenía muchas reglas y constituciones, testifica su continuo interés en este campo. Más tarde, otros rendirán homenaje a su competencia en los asuntos de la vida religiosa y vendrán a asesorarse. En la región de Burdeos fue consultado al realizarse casi todas las fundaciones religiosas¹⁸¹.

Sus amplios conocimientos y su experiencia de la vida religiosa hicieron que desarrollase una profunda aversión ante los abusos. Conocía lo que hace a una comunidad inquebrantable y lo que la reduce a la impotencia y a la relajación. Cuando redactó sus *Constituciones*, incorporó todos los medios posibles para mantener un fervor constante en sus instituciones. Intentó prever las causas de relajación¹⁸². Inventó un Primer Oficio, único en su género, para mantener el espíritu religioso. Introdujo el sacerdocio en sus fundaciones y, sobre todo, elaboró, con ese mismo propósito, una rica doctrina espiritual. Quería garantizar a su familia religiosa los medios para oponerse a la corrupción engendrada por los abusos, para reproducir la unidad y la caridad de las primeras comunidades cristianas. Son muchos los textos que están en la base del

¹⁷⁷ P. HUMBERTCLAUDE, *Vie de M. Chaminade*, cap. III, Missionnaire et Professeur. Friburgo, Séminaire Regina Mundi, 1968, p. 56, nota 52.

¹⁷⁸ P. SERMENT, *Histoire de la Société de Marie*, 1857: original ASM, p. 14; P. HUMBERTCLAUDE, *o. c.*, p. 57.

¹⁷⁹ M. Chaminade à Mlle. de Trenquelléon, 3 de octubre de 1809: L, I, n. 57.

¹⁸⁰ P. ETIGNARD, *Notes sur le P. Chaminade et la Société de Marie*, 4 de noviembre de 1876. Se trata de las notas enviadas al P. Lalanne como respuesta a su *Notice Historique*, p. 19.

¹⁸¹ J. SIMLER, *G.-J. Chaminade*, vol. II, cap. 26. Madrid, Servicio de Publicaciones Marianistas, 2005; cf. L, III, pp. 146, 150-151; V, pp. 23-25.

¹⁸² Chaminade a Léon Meyer, 11 de febrero de 1844.

carácter sublime de este ideal¹⁸³. Basta con recordar las notas manuscritas, redactadas en el inicio de la Compañía, donde declara que la finalidad del Instituto consiste en llevar a sus miembros –a las personas y a las comunidades– a la más alta perfección. Los años de su calvario (1841-1850) manifiestan un único pensamiento, un único deseo: la perfección espiritual de la Compañía y de sus miembros. Soportó persecuciones, contrariedades, protestas y duras acusaciones, pero nada pudo desviarlo de su objetivo: conseguir que la Compañía fuese lo que habían querido Dios y su santa Madre. Consideró que las dificultades que tendría que sufrir eran la criba en las manos del Señor para purificarlo y para purificar a la Compañía¹⁸⁴. Sabía que surgiría de la crisis una Compañía más hermosa que nunca. Su conocimiento de la historia de la Iglesia le enseñaba que todo fundador tiene que experimentar necesariamente el sufrimiento. San Francisco de Asís, san José de Calasanz y san Alfonso de Liguorio habían experimentado grandes sufrimientos. Mientras subía a su calvario, otros fundadores y fundadoras padecían sufrimientos parecidos en Francia y en otros países. Tras él, muchos otros siguieron el mismo camino, antes de que sus vidas pasaran a la Sección Histórica de los Congregación de Ritos, donde se están estudiando actualmente sus Causas. En este glorioso cuadro de honor figuran los nombres de la beata Madre Javouhey y de la beata Juana Thouret. Antes que él, la beata Juana Thouret había experimentado pruebas similares y en nuestro siglo le sucedió otro tanto a la beata Rafaela, fundadora de las Esclavas del Sagrado Corazón, quien también pagaría el precio de la nueva fundación¹⁸⁵.

Los caminos, los pensamientos y los criterios de los Fundadores no son los de sus discípulos. Cuando detectan compromisos y abusos, su reacción es tal que, quienes no son fundadores ni santos, los tachan fácilmente de exageración. San Francisco de Asís temblaba pensando en el futuro de su familia religiosa. Conoció la angustia durante los últimos años de su vida y también vivió la misma agonía san Alfonso de Liguorio. El biógrafo de san Francisco destaca esta declaración que nos dejó: «Hay que volver a empezar, hay que crear una nueva familia que no olvide la humildad»¹⁸⁶. Francisco bendecía de forma especial a quienes, como el hermano León y el hermano Cesario, estaban decididos a escuchar únicamente a su conciencia en la búsqueda del ideal primitivo de la pobreza, separándose de quienes, bajo la dirección de los Ministros, seguían la amplia senda de la relajación. «Suspiraba diciendo: “¡Si puedo ir al Capítulo General, mostraré cuál es mi voluntad! ¿Dónde están las que me han robado mi familia?”». Llamaba bastardos a los Ministros, como el P. Chaminade hablará de una Compañía de María bastarda:

No crea usted, querido hijo –decía al P. Caillet– que le quiera injuriar llamando *bastarda* a la Compañía de la que usted es el jefe, cuando realmente tendría usted que ser el jefe de la Compañía legítima para la que ha sido nombrado...¹⁸⁷.

¹⁸³ *Notas de Retiros* (Caja 10). Retiro de 1816, según las notas escritas por Lalanne, en las meditaciones 2ª y 3ª. Doc. Marianistes, *Notes de Retraites prêchées par G.-Joseph Chaminade* (1809-1841), vol. I, pp. 55-56, Fribourg, Suisse, 1964. Carta del P. Chaminade al P. Noailles, 15 de febrero de 1826: L, II, n. 388, pp. 175-176.

¹⁸⁴ Chaminade a Caillet, 17 de agosto de 1844: LL, n. 1313, p. 32; ANP, doc. IX, pp. 85-88.

¹⁸⁵ Cf. La Beata Madre Javouhey, la Beata María Teresa de Soubiran, Santa Juana Antide Thouret (1765-1826) y, en nuestro siglo, la Beata Rafaela, Fundadora de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús.

¹⁸⁶ CUTHBERT, *Vie de S. François*, III, 8; JOERGENSEN, *Saint François d'Assise*, p. 324. (Los textos citados por Joergensen son los adecuados, pero no sus referencias).

¹⁸⁷ Chaminade a Caillet, 25 de enero de 1846: LL, n. 1439, p. 262. Cf. Chaminade a Caillet, carta del 7 de octubre de 1844.

Los dos años que siguieron al Capítulo General de 1221, en el que el Hermano Elías había sido elegido Ministro General, fueron una agonía para San Francisco. Las disensiones en el tema de la regla atormentaban su alma, como si fuesen espíritus malignos. Se transformó, entonces, en el testigo contra la traición y la deslealtad de los Ministros. El sufrimiento físico y la creciente debilidad aumentaban su sufrimiento moral. El miedo que experimentaba al mal se manifestó incluso en sus palabras y en su comportamiento. La relajación de la disciplina, de la que algunos hermanos eran culpables, agravó el conflicto entre Francisco y los Ministros. Nunca había manifestado el santo de Asís tanta fuerza y tanta energía –que llegaban a producir repentinos estallidos– como en este periodo de su vida.

Todas estas descripciones corresponden al pie de la letra a lo ocurrido al P. Chaminade en sus relaciones con el P. Caillet y con el Consejo de la Administración General. Los abusos le obsesionaban especialmente, porque pensaba que se aproximaba su fin. Declaraba que los abusos tolerados durante la vida de un Fundador se transformaban en leyes después de su muerte. Cuanto más se acercaba la muerte, tanto más frecuentes y apremiantes eran sus protestas¹⁸⁸.

Renunciaría ciertamente a la salvación eterna, si renunciase a esta resistencia contra los abusos que Jesucristo me ha encomendado¹⁸⁹.

Siendo el Fundador de la obra, tengo la obligación de que sea tal como me lo pide Dios. Si no me opongo con todas mis fuerzas, la obra resultará viciada. Lo haré hasta el último aliento. Mi conciencia no descansará hasta que vea la obra tal como debe ser, tal como Dios me la mostró, tal como la he hecho aprobar por la Santa Sede. Únicamente Dios y su Vicario en la tierra pueden librarme de este deber¹⁹⁰.

El P. Chaminade sigue siendo el mismo tanto al final de su vida como en el inicio de sus fundaciones. El P. Simler afirma correctamente en relación con este tema:

Hemos leído, examinado y sopesado los documentos y las notas. Hemos intentado, sobre todo, conocer a fondo esa alma que nunca ha tenido contradicciones durante su larga vida. Hemos llegado juntos [Simler y Klobb] a esta conclusión. El P. Chaminade era al final [de su vida] lo que había sido durante toda su vida: un hombre dispuesto a subir al cadalso antes que traicionar lo que consideraba que era su deber¹⁹¹.

Un rasgo característico de su coherencia y que determina de forma permanente su fisionomía espiritual, es su repulsión ante los abusos. En el curso de los últimos años de su vida, no inventó una quimera de abusos para justificar su oposición al P. Caillet o para camuflar inconfesables motivos que alentasen su resistencia. Antes de la fundación de la Compañía escribió en las reglas redactadas en 1815 para los miembros del Estado:

¹⁸⁸ Consulta del P. Chaminade, 10 de mayo de 1848; ANP, doc. LXXI, p. 297.

¹⁸⁹ Chaminade a Bouet, 1 de febrero de 1847.

¹⁹⁰ Carta del P. Chevaux, escrita en nombre del P. Chaminade, al P. Vergne, Vicario General de Albi, 31 de marzo de 1845; ANP, doc. p. 122.

¹⁹¹ Simler a Demangeon, Paris, 14 de enero de 1902. Cf. la Súplica del P. Chaminade al Papa Gregorio XVI, 26 de febrero de 1845: LL, n. 1369, p. 120: «Por lo demás, sea cual sea la decisión de Su Santidad, encontrará usted al Fundador de la Compañía de María totalmente sumiso y obediente. Su conciencia, su fe, en una palabra, la religión católica que profesa, no le permiten ceder. Cree que debe resistir incluso en el patíbulo, a menos que Su Santidad juzgue lo contrario, incluso sin que Usted exprese el motivo. Será sumiso sin recurrir en forma alguna y sin murmurar».

Si un religioso constatará algunos abusos que los jefes del Estado no reprimen, tendría que pedir la palabra y manifestarse en contra, con fuerza y celo, procurando no obstante no faltar al respeto a los jefes, ni faltar a la caridad hacia sus hermanos. Este artículo es indispensable¹⁹².

Cualquiera que lea con detenimiento la correspondencia del Fundador, puede notar las numerosas veces en las que se ocupa de los abusos: por ejemplo, en lo referente al hábito religioso¹⁹³, a los gastos, especialmente a los realizados sin permiso¹⁹⁴, a los abusos de Saint-Remy. Además, la idea de «bastardía» aparece en relación con los abusos:

El verdadero espíritu religioso se ha vuelto *bastardo* en los profesores que viven en el castillo¹⁹⁵.

Encontramos en sus cartas avisos dirigidos a un visitante, a un Consejo doméstico, a superiores, para recordar a todos su responsabilidad en la supresión de los abusos¹⁹⁶. Llega a decir:

Prefiero que las Obras desaparezcan si se orientan en sentido contrario a los objetivos iniciales de la Compañía¹⁹⁷.

El P. Chaminade estaba convencido del origen sobrenatural de la misión que recibió, de forma más bien extraordinaria, en Zaragoza. Habla frecuentemente de que se ha decidido a realizar la obra ordenada por Jesucristo y por la Santísima Virgen. Deseaba que la Compañía coincidiese completamente con el ideal que Dios le había mostrado. Los padres Lalanne, Rothéa y Caillet han referido esta alusión del Fundador a una experiencia extraordinaria en la basílica de Nuestra Señora del Pilar¹⁹⁸. Otros religiosos confirman su testimonio, demostrando así que la tradición de Zaragoza era muy conocida entre los discípulos de la primera generación. El P. Léon Meyer, por ejemplo, repite estas palabras del P. Chaminade:

Queridos hijos, la Santísima Virgen es la fundadora de la Compañía de María; ella la ha querido tal como está constituida: no soy yo el autor, soy el pobre encargado de realizarlo. Ella eligió a las primeras personas y es quien continúa haciéndolo cada día¹⁹⁹.

¹⁹² *Règles de l'Etat de la Congrégation*, hacia 1814; original ASM; Posit. Virt. p. 278.

¹⁹³ *Souvenirs de M. Sylvain sur le Bon Père Chaminade*, escritos en enero y febrero de 1888: original ASM.

¹⁹⁴ Chaminade a Lalanne, 26 de octubre de 1831: L, III, p. 83; a Clouzet, 5 de noviembre de 1831: L, III, pp. 85-87; Circular del P. Chaminade, 4 de enero de 1834: *Recueil des Circulaires*, Lons-le-Saulnier, 1863, p. 6.; Chaminade a Clouzet, 15 de enero de 1834: L, III, p. 373; Chaminade a Lalanne, 18 de abril de 1834: L, III, pp. 413-414.

¹⁹⁵ Chaminade a Clouzet, 7 de mayo de 1834: L, III, n. 737, p. 415.

¹⁹⁶ *Règlement* entregado por el P. Chaminade al Consejo de la Comunidad de Ebersmunster, 22 de marzo de 1835: copia del registro ASM, caja 15; Chaminade a los directores de las Casas de Alsacia, 15 de abril de 1836: L, III, pp. 604-611; Chaminade a L. Rothéa, 7 de noviembre de 1837: L, IV, p. 253; *Constituciones de 1839*, art. 466; Chaminade a Léon Meyer, 24 de septiembre de 1839: L, V, p. 102.

¹⁹⁷ Chaminade a L. Rothéa, 7 de noviembre de 1837: L, IV, n. 1009.

¹⁹⁸ LALANNE, *Notice Historique* (ed. Belin), 1858, pp. 4, 6-7; Rothéa, Jefe de Celo en Saint-Remy: *Observations à faire au Père Chaminade*, 16 de junio de 1829, ASM en el dossier de Saint-Remy, caja 131, pp. 16-17; Chevaux a Vergne, Vicario General de Albi, 30 de marzo de 1845, carta escrita en nombre del P. Chaminade; Circular del P. Caillet, 13 de febrero de 1850: *Recueil*, 1863, p. 157.

¹⁹⁹ Declaración del Sr. Benjamin Roquefort, en las que cita las palabras de Léon Meyer pronunciadas en 1866, en Courtefontaine.

En ninguno de sus escritos habla el P. Chaminade de lo que vio y escuchó en Zaragoza. Sin embargo –y esto es un hecho digno de ser mencionado– declara que ha recibido de Dios la inspiración de fundar la Compañía, que el Instituto es de inspiración divina, que Jesucristo le ordenó fundar y apoyar a la Compañía de María, que el Señor, a pesar de su indignidad, se dignó confiarle una misión especial²⁰⁰.

Haciendo incluso abstracción de cualquier favor divino extraordinario, el P. Chaminade podía mantener la convicción de que fue llamado por la divina Providencia para fundar la Compañía de María. Sus cartas demuestran que intentó basar todo lo que realizó en la fe y que su confianza en la Providencia es un aspecto de su vida de fe. Pocos bautizados podrían afirmar, como él, que nunca inició obra alguna sin estar antes seguro de que la Providencia lo quería. Se había acostumbrado a leer los signos de los tiempos. Su respeto hacia las indicaciones de la Providencia le hicieron, más de una vez, diferir la ejecución del proyecto que había concebido en Zaragoza, tanto si se acepta o si no se acepta una inspiración divina. Su costumbre de demorar la acción –algo que exasperaba a algunos de sus discípulos– no puede achacarse a su lentitud natural, sino, más bien, a ese «espíritu particular» que actúa únicamente en función de la fe. Su obediencia inquebrantable a la Providencia le permitía descubrir que Dios estaba actuando en la realización de su vocación como Fundador, incluso en los grandes sufrimientos de sus últimos años. En este largo recorrido, el camino de la fe, la búsqueda continua de la voluntad de Dios, la valentía de colocar su mano en la mano del Padre, son, al menos para los demás, una garantía más segura de su misión divina que los signos extraordinarios.

El P. Chaminade no necesitaba acudir a signos extraordinarios para mostrar sus credenciales. Tales signos no habrían autenticado en mayor medida su misión que su propia honradez como Fundador, porque ningún santo, aunque haya sido muy gratificado con favores divinos, puede demostrar a sus hermanos que ha recibido visiones del cielo. Un santo puede hablar de las gracias recibidas, pero los otros juzgarán la autenticidad de estos favores teniendo en cuenta, únicamente, los frutos que produce²⁰¹. Su correspondencia convence al lector de que nos encontramos ante un hombre que está siempre pendiente de los signos de la Providencia²⁰². Como lo ha señalado el P. Viller,

descubrimos el alma de un gran servidor de Dios desde el inicio hasta el final de su correspondencia²⁰³.

Pero, además del nivel general en el que se sitúa esta vida, tenemos documentos escritos que demuestran cómo la Providencia lo condujo a fundar la Compañía de María. Presentamos algunos breves ejemplos. En su primera súplica al Papa Gregorio XVI, el P. Chaminade resume así su obra de Fundador:

Aquí está, Santo Padre, el designio que la Providencia me inspiró al fundar la Compañía de María y el Instituto de las Hijas de María, hace más de veinte años²⁰⁴.

²⁰⁰ Cf. CHAMINADE, *Circular n. 6*, 12 de mayo de 1840; Chaminade al obispo Donnet, 9 de abril de 1947: LL, n. 355. Chaminade a Meyer, 15 de febrero de 1848: LL, n. 1499, p. 408.

²⁰¹ Cf. S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, libro II.

²⁰² L, I, pp. 441-442, 570; II, p. 16; IV, p. 465; V, p. 194; IV, pp. 153, 322.

²⁰³ VILLER, en *Revue Ascétique et Mystique*, abril de 1932.

²⁰⁴ Súplica del P. Chaminade al Papa Gregorio XVI, 16 de septiembre de 1838: L, IV, n. 1076, p. 375.

Ya en 1825 declaraba al P. Caillet:

Actúo ahora en relación con París, como he actuado hasta el momento presente en todo lo que concierne a la Compañía de María. Convencido, por una parte, de que Dios la quiere y, por otra parte, de que no tengo ni la aptitud ni la capacidad para realizar esta obra basada en la bondad y en la misericordia de Dios hacia nuestra desgraciada patria, avanzo por todos los caminos que parece abrirme la Providencia²⁰⁵.

Resume así su actividad:

No recuerdo haber fundado ninguna institución sin haber examinado antes si existía en el orden querido por la Providencia²⁰⁶.

Terminemos con este texto de una carta al arzobispo Donnet después del Capítulo General de 1845:

He sostenido a la Compañía de María y a todas las obras que el Señor me ha concedido fundar hasta ahora. Una fuerza superior me detiene. Esta fuerza superior actúa sobre las obras de Dios únicamente porque Dios lo permite. Adoro humildemente las disposiciones de su Providencia: no tiene necesidad de nadie para realizar sus designios impenetrables; esperaré nuevas órdenes de la Providencia antes de actuar²⁰⁷.

La paternidad espiritual

A lo largo de los siglos se ha aplicado a los fundadores de órdenes y de congregaciones religiosas este texto de san Pablo: «Por medio del Evangelio soy yo quien os ha engendrado en Cristo Jesús» (1 Cor 4,15)²⁰⁸. El P. Caillet, poco después de la muerte del P. Chaminade, siguiendo esta larga tradición, escribió en una circular a todos los miembros de la Compañía:

No hemos perdido únicamente un hermano: hemos perdido a un padre que nos ha engendrado a todos en Jesucristo, que nos ha abierto los hermosos caminos que seguimos con alegría, que ha hecho de nosotros la familia especial y privilegiada de María²⁰⁹.

El símbolo de la paternidad utilizado por san Pablo expresa de una forma conmovedora una verdad profunda: era él, el Apóstol de las naciones, quien había transmitido la vida cristiana a los que había convertido mediante la palabra²¹⁰. La misma analogía se aplica a los fundadores, aunque, a diferencia del Apóstol, no hayan dado la vida del bautismo a sus hijos espirituales mediante la predicación de la palabra. Pero, como él, han dejado a sus hijos la herencia de una doctrina espiritual²¹¹ capaz de llevar a plenitud la vida divina recibida en el bautismo. Sin estos mediadores, no habría vida religiosa. El Apóstol, en el sentido estricto del término, no da la vida, porque la vida

²⁰⁵ Chaminade a Caillet, 23 de julio de 1825: L, II, n. 362, pp. 100-101.

²⁰⁶ Chaminade a Clouzet, 20 de marzo de 1827: L, II, n. 431, p. 269.

²⁰⁷ Chaminade al obispo Donnet, 29 de octubre de 1845: LL, n. 1406, p. 195.

²⁰⁸ J. F. GILMONT, «Paternité et Médiation du Fondateur», en *Revue d'Ascétique et Mystique*, 1964, pp. 393-426.

²⁰⁹ Caillet, circular del 22 de enero de 1850: ANP, doc. LXXXVIII, p. 336.

²¹⁰ P. GUTIERREZ, *La Paternité Spirituelle selon S. Paul*. París, Gabalda, 1968, pp. 116-117.

²¹¹ *Lumen Gentium*, n. 43.

divina viene únicamente de Dios. Es una voz utilizada por la Vida, un instrumento a su servicio. De forma parecida, los fundadores son instrumentos elegidos por Dios para hacer florecer en la Iglesia ciertos aspectos de las insondables riquezas de Cristo. Pablo identificaba su apostolado, incluso su persona, con la fe. No podía separar su adhesión a los misterios de la fe y la fidelidad hacia sí mismo. Esto significa que san Pablo era perfectamente consciente de su papel como instrumento. Insiste en esa función en la transmisión y en el fortalecimiento de la fe y llega a atribuirse el título de «padre» para designar de forma adecuada su actitud respecto a los que había engendrado en Cristo. Además de la idea de engendrar una nueva vida, san Pablo vinculaba también la palabra «padre» a su actividad de pedagogo, incluyendo el aspecto de la corrección. Descubrimos toda la riqueza de la paternidad espiritual en la vida y en las obras de los fundadores de órdenes religiosas²¹².

Plenamente consciente de las lejanas implicaciones de la paternidad, el P. Chaminade insiste en algunas ideas que pueden condensarse en pocas palabras. Un padre no puede renunciar a su paternidad. Conserva siempre una cierta calidad de relaciones con sus hijos, incluso cuando ya no ejerce la autoridad paterna. El mismo P. Chaminade afirma que la paternidad espiritual del Fundador-pedagogo (*instituteur*)

no admite que exista un sucesor en su relación personal con la institución y con la creación de la Compañía, aunque se produzca una sucesión en su relación con la dirección general de la Compañía, basada en la institución y en su constitución²¹³.

El padre conserva ciertos derechos referentes al espíritu de su familia, aunque ya no tenga el derecho de mandar a sus hijos. En todas sus quejas al P. Caillet, el Fundador pide a su sucesor que corrija los abusos. No pretende nunca tener el derecho de hacerlo, ni lo hace personalmente. Ofrece su colaboración en ese cometido esencial; quiere ayudar, pero admite expresamente que el P. Caillet tiene toda la autoridad necesaria para suprimir los abusos²¹⁴.

La vida de san Francisco de Asís nos ofrece un modelo similar a la vida de nuestro Fundador, aunque el P. Chaminade nunca fue tan lejos en una forma de actuar que habría podido considerarse excesiva. Después de su dimisión solemne en el Capítulo de 1220, Francisco no renunció a su autoridad de Fundador. Roma reconocía esa autoridad, como en el caso del P. Chaminade, en el que la Santa Sede, en las decisiones que le fueron adversas, nunca se refirió al tema de sus derechos y deberes de Fundador. La pregunta de cuáles son los derechos y los deberes de un fundador nunca fue contestada, aunque el P. Chaminade deseaba encarecidamente la respuesta y planteó la pregunta en una carta firmada conjuntamente por él y por el P. Caillet. Este último nunca compartió la interpretación del Fundador; no se decidió hasta el momento del

²¹² P. GUTIERREZ, *o. c.*, capítulos II y III.

²¹³ Chaminade al obispo Donnet, 29 de octubre de 1846: LL, n. 1464, p. 312.

²¹⁴ Chaminade a Caillet, Burdeos, 3 de marzo de 1846, LL, p. 276: «El P. Chaminade, Fundador y antiguo Superior General, tiene la intención de actuar de acuerdo con el nuevo Superior General y con su Consejo, de ayudar con todas sus fuerzas y de no hacer nada relacionado con la Compañía de María y sus miembros, que no juzguen conveniente. Reconoce que, debido a su dimisión, toda la autoridad está en manos del Superior General asistido por su Consejo.

Os basta saber que únicamente el nuevo Superior ejercerá en la Compañía una acción administrativa inmediata y directa sobre sus miembros. Eso es lo que hace que sea el Superior, y no puede abdicar de eso sin abdicar de su cargo de superior».

ataque de apoplejía que sería la causa de la muerte del P. Chaminade²¹⁵. El 7 de enero de 1850, el Consejo se reunió y comenzó a estudiar el problema de fondo: ¿cuáles son los derechos y los deberes de un Fundador?

San Francisco, ante todo, nombró a su sucesor. Cuando poco tiempo después murió su sucesor, Francisco nombró al hermano Elías. En los Capítulos, Francisco tenía siempre un voto preponderante. Ponía en guardia, advertía y ordenaba como el Señor se lo inspiraba²¹⁶. En vida, sus exhortaciones se hicieron famosas y continuaron siéndolo en toda la historia de la Orden. Eligió y envió a los primeros misioneros a Alemania. «Tiene usted el poder para hacerlo», decía su sucesor: *Potestatem habetis vos*²¹⁷. En el preámbulo de la *Regla* aprobada después de la dimisión de Francisco, cuando el hermano Elías fue nombrado Ministro General en 1223, fue el hermano Francisco, y no el hermano Elías, el que prometió obediencia y reverencia al papa Honorio y el que escribió a los hermanos que tenían que obedecerle a él, a Francisco²¹⁸. Conocemos la energía de Francisco. Corregía con autoridad los abusos de sus Ministros, que tenían la tendencia a separarse del espíritu de pobreza. En Bolonia ordenó a todos los hermanos, incluso a los enfermos, que abandonasen la nueva casa que habían adquirido. Para manifestar su desagrado, rehusó entrar en la ciudad y cambió su itinerario²¹⁹. El P. Chaminade nunca fue tan lejos. Pero debía haber conocido algo de la historia de Francisco, puesto que recordaba, a quienes no podían comprender sus reclamaciones, que tenía como modelos a ilustres fundadores.

San José de Calasanz, después de su dimisión, continuó ocupándose de mil maneras de sus religiosos, «para su perfección y su corrección, cuando lo consideraba necesario»²²⁰. Encontramos situaciones idénticas en las vidas de san Juan Eudes²²¹, de san Juan Bautista de la Salle²²² y de san Alfonso María de Ligorio²²³. La Beata Madre Javouhey, en el interminable conflicto que la opuso al obispo de Autun, declaraba con insistencia que ella era la única fundadora del Instituto, que era su Madre, como Dios era su Padre. Y hace referencia al ejemplo de san Vicente de Paúl y de santa Luisa de Marillac²²⁴.

El P. Chaminade estaba seguro de que, debido a la naturaleza de las cosas, los fundadores poseen y conservan durante toda su vida, en virtud de su paternidad espiritual, el derecho y el deber de velar sobre su familia espiritual, de trabajar en su perfeccionamiento y de defenderla contra los abusos que amenacen su integridad.

²¹⁵ Posit. Virt. doc. p. 40; cf. ANP, doc. pp. 334-335: «[El B. P. Chaminade] gozará libremente y en toda su plenitud de su autoridad de Fundador, después de que esa autoridad sea definida y delimitada por la Santa Sede, que será consulta a este efecto, y en la medida en que se indique».

²¹⁶ JOERGENSEN, *S. François d'Assise, sa vie, ses œuvres*. París, p. 324.

²¹⁷ *Chronica Fr. Iordani*, (ed. H. Boehmer). París, 1908, p. 12.

²¹⁸ *Opuscola S.P. Francisci*, (ed. Quarracchi).

²¹⁹ Cel. XXVIII, 58, (ed. Quarracchi), p. 166.

²²⁰ TIMON-DAVID, *Vie de S. Joseph Calasanz*. Marsella, Blanc et Bernard, 1884, II, p. 185. *Respons. ad Postremas Animadversiones*, p. 25.

²²¹ D. BOULAY, *Vie du P. Eudes*, 1909. NP, *Responsio ad Novas Animadversiones*, p. 167.

²²² *Breviarium Romanorum, Pars Verna*, el 15 de mayo.

²²³ A.-M. TANNONIA, *Mémoire sur la Vie et la Congrégation de S. Alphonse-Marie de Liguori*. París, Gaume, 1842, caps. 28 y ss.

²²⁴ Extracto de una carta de la Beata Anne-Marie Javouhey, 12 de febrero de 1851, citado *in extenso* en DELAPLACE-KIEFFER, *La Vénérable Mère Marie Javouhey*. Burdeos, S. Paul, 1915, II, pp. 364-365.

El carisma del Fundador

El desarrollo actual de la teología carismática confirma el punto de vista del P. Chaminade sobre sus derechos y deberes como fundador. La *Constitución sobre la Iglesia* exhorta a los religiosos a volver al espíritu de su Fundador. ¿Acaso no significa esta invitación la canonización de su carisma? La Iglesia reconoce al Fundador como fuente, inspiración y norma del ideal de su familia religiosa. Considera que el carisma del Fundador es uno de los criterios importantes de la reforma post-conciliar. Aunque el Concilio menciona los carismas²²⁵, no emplea el término en referencia a los fundadores. Sin embargo, el concepto «carisma del fundador» está contenido en muchas expresiones utilizadas en las directrices dadas a los religiosos para que vuelvan a sus orígenes. Los textos hablan de «la inspiración original de los institutos», del «espíritu de los fundadores y de sus intenciones específicas», del «carácter propio» de cada Instituto, es decir, de lo que determina el camino concreto de cada Instituto en los aspectos ascético, espiritual y místico. El conjunto de estas características es llamado adecuadamente «el patrimonio de cada Instituto»²²⁶. También se podría haber hablado de carisma, de don de Dios al Instituto, del que procede su naturaleza, su estructura y su misión. En el carisma de su Fundador, los Institutos religiosos descubren los elementos de una renovación continua²²⁷.

La gracia del Fundador va más allá de la persona del Fundador, tiene sus raíces en la Iglesia y se encarna en su familia religiosa. Lo que le pertenecía, se integra en el patrimonio de la Iglesia, para ser utilizado en servicio de ella. Los fundadores son almas elegidas que se abren a la acción del Espíritu, para recibir de él una misión divina. Aunque son responsables personalmente de esta misión, su actividad reviste un carácter social y hace de ellos instrumentos en las manos de Dios. La vida espiritual y la misión de los fundadores participan simultáneamente en la creación de fundadores y de sus misiones. Su misión se identifica con su vida y llega a ser la causa y la ocasión de grandes sufrimientos y también de su santificación. El P. Chaminade comprendió la misteriosa llamada de Dios a los fundadores. Su fidelidad a la misión recibida le parecía una difícil ascesis personal y un servicio a la Iglesia, a los miembros de la Compañía y a Dios²²⁸.

San Juan de la Cruz, en un pasaje que debería ser conocido por todos los religiosos, describe adecuadamente la relación que une la gracia y el carisma en un fundador. Acababa de explicar las gracias excepcionales, las gracias de consumación en la última etapa de la vida mística. Indicaba que esas gracias y esos estados no son frecuentes. Son concedidos a almas a las que Dios ha decidido confiar una misión en su Iglesia y, sobre todo, una posteridad espiritual²²⁹. No se trata aquí de las gracias de contemplación infusa en el sentido estricto de la expresión, sino de los carismas concedidos a todos los fundadores para que se pongan al servicio de su familia espiritual y, sobre todo, de la Iglesia. Gracias a su carisma persona, cada fundador

²²⁵ CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, nn. 4, 7, 12, 30, 50; *Ad gentes*, nn. 4, 23, 28; *Dei Verbum*, nn. 7, 8; *Apostolicam actuositatem*, nn. 3, 30; *Presbyterorum Ordinis*, nn. 4, 9. Cf. «Respuesta de la Conferencia Episcopal Francesa a la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe», en *Doc. Catholique*, n. 1488 (18 de febrero de 1967), col. 333, 8.

²²⁶ CONCILIO VATICANO II, *Perfectae Caritatis*, 2: *spiritus fundatorum, primogeniam inspirationem, indoles peculiaris, sanae traditiones, patrimonium Instituti*; *Lumen Gentium*, n. 44: *indoles propria*.

²²⁷ LAFONT, «L'Esprit et le Droit dans l'Institution religieuse», en *Supplément à la Vie Spirituelle*, 1967, n. 82, pp. 473-474.

²²⁸ Chaminade a Mons. de Chamon, obispo de S. Claude, 23 de noviembre de 1845: LL, n. 1413, p. 217.

²²⁹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*, estrofa 2, 2.

proporciona al río de la vida de la Iglesia un nuevo afluente de vida religiosa y apostólica. Legan como herencia esas nuevas forma de vida a una posteridad innumerable que puede superar el marco de cada familia religiosa. La descendencia espiritual de santa Teresa está formada por quienes pertenecen al Carmelo reformado y también por todos los que encuentran inspiración en sus enseñanzas. Pero legó especialmente a su familia espiritual del Carmelo la expresión concreta de su doctrina en sus reglas y en sus escritos. Aseguraba, así, la permanencia de esta forma de vida contemplativa, para cuya renovación y desarrollo Dios la había suscitado en su Iglesia²³⁰.

El P. Chaminade era totalmente consciente del regalo que Dios le había concedido. No lo llamaba, como se hace en nuestros días, su carisma. Prefería hablar del espíritu de la Compañía. El litigio que le opuso al P. Caillet tuvo un prelude sintomático en los primeros años de la Compañía. El religioso David Monier, que en aquella época se oponía a su acción, le proporcionó la ocasión de precisar lo que constituye verdaderamente el carisma de un Fundador. Monier comenzó a manifestar sus pretensiones de Fundador desde 1821-1822. Acababa de iniciar «sus» pequeñas escuelas en Agen y se disponía a crear otras cuatro en diversos lugares de la misma región. Tenía el generoso proyecto de cristianizar la sociedad por medio de la enseñanza primaria y también de la enseñanza universitaria. No veía –o no se preocupaba, si era consciente de ello– de que se necesitaría todo el personal de la Compañía para realizar su sueño²³¹. David no era el tipo de persona que permite a los demás contrariar sus proyectos. Era muy emprendedor y, sobre todo, muy sensible a cualquier oposición. El P. Chaminade veía las cosas de forma diferente y esto provocó la crisis. La divergencia de puntos de vista produjo un intercambio de correspondencia con un afiliado de la Compañía, el Sr. Lacoste. Ese afiliado realizó una interpretación aguda de la posición de D. David cuando dijo que este no podía admitir

que se hubiese echado a perder su obra de las pequeñas escuelas, que no se hubiese comprendido su plan de invasión de la enseñanza pública para la causa de Dios; que se modificase el carácter del Instituto, del que recordaba que había sido el legislador²³².

La crisis se apaciguó, pero apareció nuevamente en Saint-Remy. El P. Caillet acababa de llegar en su función de visitador, cuando tuvo problemas con D. David, quien, una vez más, proclamaba sus derechos de Fundador. El P. Chaminade respondió mediante una carta en la que describe perfectamente la auténtica esencia del carisma de un fundador: la gracia de iniciar un nuevo Instituto y de reunir discípulos. Dicho de otra forma, el carisma de un fundador es al mismo tiempo una doctrina y una fuerza de cohesión. D. David pretendía, además, que los votos recibidos por el P. Chaminade eran inválidos, debido a que el Fundador no era miembro del Instituto. Esta es la respuesta que el P. Chaminade daba a D. David. Lo hacía en una carta dirigida al P. Caillet:

Querido hijo, ¿por qué no le pregunta usted, puesto que es tan inteligente, cuál es la autoridad que manda a los Fundadores contraer las mismas obligaciones que están en vigor en las Órdenes que han fundado? Y en segundo lugar, ¿acaso no se establece un

²³⁰ LECLERCQ, en *Nouvelle Revue Théologique*, 1968, p. 75.

²³¹ Chaminade a David Monier, Burdeos, 23 de enero de 1823: L, I, n. 223, p. 394.

²³² P. HUMBERTCLAUDE, *Une vie de lutte pour la défense de la fondation*, p. 11, manuscrito. [David Monier era abogado y fue durante años el secretario personal del P. Chaminade. Escribió importantes documentos para la organización de la Compañía, que siempre tenían que recibir la aprobación del P. Chaminade. De ahí esta afirmación (N. E.)].

vínculo íntimo con el Instituto, cuando reciben las promesas en calidad de Superiores? (...) En cuanto a lo que añade, que es tan fundador como yo del Instituto, ¿por qué no le pregunta lo que eso significa? ¿Se lo inspiró Dios a él? ¿Es él quien ha instruido y preparado a las personas? ¿Decidieron reunirse en torno a él?... ¿Será porque escribió y trabajó mucho redactando las *Constituciones* y los *Reglamentos*? Si fuera verdad, todos los directores de oficinas, todos los secretarios personales y generales, deberían recibir los títulos de quienes los han contratado, porque frecuentemente trabajan más que ellos²³³.

El P. Lalanne se oponía igualmente a algunas ideas del Fundador sobre la Compañía. Cuando, en Layrac, intentó reunir a quienes compartían las mismas ideas, el P. Chaminade se vio obligado a escribirle:

Puede usted comprender, querido hijo, que si no partimos de los mismos principios, si no es usted un miembro de la Compañía de María, de la Compañía que existe actualmente, no podría dejarle las personas que son o que desearían ser verdaderamente miembros de esta Compañía de María. Habría entonces otra Compañía de María en función de sus principios y de su proceder²³⁴.

El P. Chaminade no exageraba el peligro de un cisma. El P. Lalanne hablaba claramente de sus «partidarios». Proclamaba que, cuando el P. Chaminade llevase a la Compañía a la ruina, allí estaría él para salvarla. Incluso escribió una carta para convocar un Capítulo General. Los religiosos, utilizando el sentido común, ignoraron su invitación²³⁵.

Si Lalanne hubiese tenido el éxito que esperaba, habría sido el fundador de una nueva Compañía, puesto que él habría presentado la iniciativa y los miembros se habrían reunido en torno a él. El P. Chaminade sabía perfectamente cuáles eran los elementos esenciales del carisma de un fundador y, también, sabía reconocer los ataques dirigidos contra su carisma. Siendo consciente de esa gracia, insistía en sus derechos y deberes como fundador. Como dice santo Tomás, un hombre que está seguro de su gracia, no necesita otras certezas²³⁶.

El mandato apostólico y sus consecuencias

El P. Chaminade sabía, como puede saberlo cualquier otra persona, que el error de perspectiva en el titular de un carisma es un peligro real. Por eso depositó su confianza en la aprobación de la Iglesia. Solamente la Iglesia podía evitar las falsas seguridades. Desde el inicio de sus fundaciones y en cada nueva etapa de su desarrollo, cuando las nuevas dimensiones parecían requerir la intervención de la Iglesia, el P. Chaminade se dirigía a la autoridad competente. Sus frecuentes avisos sobre sus derechos y deberes de Fundador se apoyaban en la misión recibida de Dios y aprobada por la Iglesia. Era consciente de que, sin esta ratificación de su misión divina, habría tenido el peligro de caer en una ilusión tras otra. Decía:

²³³ Chaminade a Caillet, 31 de marzo de 1824: L, I, n. 278, pp. 529-530.

²³⁴ Chaminade a Lalanne, 24 de diciembre de 1835: L, III, n. 811, p. 552.

²³⁵ Cf. L, IV, pp. 209-210; 210-212; 221-222; 222-224; 231-233.

²³⁶ SANTO TOMAS DE AQUINO, *Summa Theologica*, II, II, q. 161, art. 3: *Illi qui dona Dei participant, cognoscunt se ea habere*.

Sigo teniendo el designio decidido de dimitir del generalato, pero no de los deberes que me impone el título de Fundador, porque tengo razones para creer que procede directamente de Jesucristo, debido a la confirmación realizada por su Vicario en la tierra²³⁷.

Recuerda que el arzobispo de Burdeos, Mons. d'Aviau, el nuncio Lambertini y, sobre todo, el Soberano Pontífice, aprobaron la Compañía. Estas aprobaciones le confieren el derecho de ejercer la paternidad espiritual, sin que tenga que recurrir a ninguna certificación diferente. Nunca tuvo la intención de considerar nula la autoridad del P. Caillet, cuando hubo reconocido el auténtico derecho de su sucesor, manifestado en la decisión apostólica del 23 de diciembre de 1845. Pedía únicamente –¡pero con cuánta frecuencia y con cuanta insistencia!– que se le permitiese velar sobre los intereses de la Compañía, trabajar para mejorarla, señalar al P. Caillet los peligros que corría y solicitar su intervención. Reconocía la autoridad de su sucesor en toda la plenitud de su extensión y se sometía a ella. Admitía francamente que no tenía ningún poder ejecutivo, puesto que dicho poder le correspondía plenamente al P. Caillet²³⁸.

Incluso antes de su dimisión en 1841 había establecido una clara distinción entre el cargo de Superior General y su condición de Fundador²³⁹. No veía por qué, habiendo dejado de ser Superior General, no podía continuar realizando su papel de Fundador. Desde esta interpretación totalmente incomprensible para el P. Caillet, el P. Chaminade se mostro fiel a sí mismo. Había establecido siempre la distinción entre su misión y su cargo, tanto en la teoría como en la práctica.

Desde 1832, la crisis de Agen con las Hijas de María proporcionó un anticipo de lo que la Compañía de María reservaba al Fundador durante la última década de su vida. La Madre General recurrió al obispo de la diócesis, al no reconocer la autoridad del P. Chaminade. Con diez años de intervalo, el problema planteado en ambos casos era el mismo: ¿cuáles son, de forma precisa, los derechos de un Fundador? ¿Cuáles son sus deberes? Las dificultades del P. Chaminade comenzaron con la Madre General y continuaron con su sucesor en el generalato. En el primer caso, los derechos del Fundador fueron declarados incompatibles con los derechos proclamados por el obispo de Agen; en el segundo caso, fueron simplemente ignorados y anulados por los arzobispos.

Como Fundador, enviado por Dios y confirmado por la Sede Apostólica, el P. Chaminade desempeña el papel de mediador. Esta función define su posición hacia la Compañía de María. Los lazos que le unen a su fundación son espirituales. No se inserta en la Compañía por la vía de su destino temporal; nunca fue un miembro de la Compañía como los otros religiosos. Su relación con la obra era diferente y deseaba que esta relación sui generis fuese respetada. Él mismo afirma con claridad la razón de que desee que sea así. Era Padre, pero no solamente de la Compañía de María, también lo era de las Hijas de María. Era el Director de la Congregación con sus múltiples ramificaciones. Debía preservar su independencia para ayudar con libertad a todas sus

²³⁷ Chaminade a Roussel, 9 de enero de 1845: LL, n. 1364, p. 113.

²³⁸ Chaminade a Caillet, 3 de marzo de 1846: LL, n. 1447, p. 276; Chaminade al Sr. Barincou, abogado, 4 de marzo de 1847: LL, n. 1472, p. 343, Posit. Virt. pp. 281, 890; Chaminade a Caillet, 25 de noviembre de 1849: LL, n. 1423, p. 480, Posit. Virt. Doc. p. 30; cf. también L, II, 22 de mayo de 1836, p. 619 y L, I, 3 de agosto de 1824, pp. 605-606.

²³⁹ Chaminade al obispo Donnet, 10 de septiembre de 1844: LL, n. 1320, p. 47; 22 de agosto de 1845, n. 1382, p. 143; Chaminade al Sr. Hamon, 6 de junio de 1848: LL, n. 1503, p. 417; Chaminade a Léon Meyer, 15 de febrero de 1848: LL, n. 1499, p. 408.

fundaciones. Declaró en su *Memorial* del 18 de octubre de 1848, utilizando a su favor la acusación de sus adversarios:

Mi segundo principio, dicen, es que «nunca he formado parte, personalmente, de la Compañía civil que debía existir entre todos los miembros, que estaba vinculado con ellos únicamente por lazos espirituales»²⁴⁰.

Antes de 1841, el P. Lalanne, en su época de dificultades con el P. Chaminade, rogó a este que le explicase cómo podía recibir sus votos, puesto que no formaba parte de la Compañía. En su respuesta, el Fundador habló de su consagración a Dios, mucho antes de la fundación de la Compañía de María. Nunca modificó la forma de su primera consagración. Su posición se comprende fácilmente. Su convicción se formó en las experiencias vividas durante la Revolución Francesa, cuando la precariedad de la situación le enseñaba la virtud de la prudencia. El razonamiento era breve: si evitaba todo lazo jurídico con la Compañía, en tiempos de crisis podría ayudarla y protegerla. Y –precisaba– la incorporación jurídica al cuerpo social tampoco resultaba necesaria, puesto que era el Fundador y Padre.

Desde el 7 de enero de 1841, intentó guiar a la Compañía como lo había hecho anteriormente con las Hijas de María. En los días siguientes a la dimisión, el P. Roussel escribió incluso a la Madre General diciendo que el Fundador continuaría siendo para ellas lo que siempre había sido. Esta relación particular de un Fundador con su grupo religioso, cuando ha dejado la autoridad suprema, ha sido explicada por el Secretario de la Sagrada Congregación de Religiosos, Mons. Philippe, O.P., en una carta que escribió recientemente al P. Voillaume, con motivo de su dimisión del cargo de Prior General de los *Hermanitos de Jesús*:

Si, tal como le ha parecido conveniente, el cargo de Prior General va a pasar a otras manos, usted es y seguirá siendo el Fundador y el Padre de la Fraternidad: papel y responsabilidad que no pueden definirse jurídicamente, pero que se ejercerán, con la gracia propia que usted ha recibido, con no menor profundidad que la función de Prior General. (...) Continuará usted guiando a la Fraternidad en su vocación particular y, aunque esté usted también encargado de los destinos de otras familias espirituales del P. Foucauld, es ella, la nacida en primer lugar, la que llevará siempre de forma más especial en su corazón²⁴¹.

Pero en el caso del P. Chaminade era precisamente la responsabilidad que se sentía llamado a ejercer la que rechazaba el P. Caillet, considerándola una infracción a su propia autoridad.

La conciencia de su misión condujo al P. Chaminade a ejercer esa autoridad, que no podía compararse con la autoridad de su sucesor. Varios de los primeros miembros de la Compañía testifican que el P. Chaminade tenía la costumbre de separar su misión y su función. En la serie de documentos que D. Augusto envió a la Administración General con motivo de sus divergencias respecto al contrato realizado entre él y el P. Chaminade, describe al Fundador como un autócrata que se colocaba por encima de las *Reglas* y de las *Constituciones*, incluso por encima de las leyes, y que actuaba como le parecía oportuno²⁴². D. Augusto conservaba, en apoyo de sus afirmaciones, una preciosa

²⁴⁰ Respuesta del P. Chaminade a la *Mémoire* del P. Caillet, 18 de octubre de 1848: LL, n. 1510, p. 439.

²⁴¹ R. P. Philippe, O.P., al P. Voillaume, 13 de junio de 1966.

²⁴² Extracto de *Mémoire* de D. Augusto Perrière contra el Sr. Domingo Clouzet, representante de la Compañía de María (original ASM): «Es el acuerdo del 18 de noviembre de 1833 lo que presento hoy. El P. Chaminade, en dicho acuerdo, como ya lo había hecho en el contrato del 21 de noviembre de 1832,

carta del fundador al P. Lalanne. Estas afirmaciones de D. Augusto apoyaban su razonamiento rechazando las pretensiones del Consejo de la Administración General, según las cuales el documento firmado por el P. Chaminade era nulo y sin contenido válido, porque no había recibido la aprobación del Consejo en noviembre de 1832. Esta es la cita contundente:

Añadiré únicamente una reflexión: consiste en que un Superior no puede tener una autoridad arbitraria e independiente: la autoridad del Superior General tiene también topes y límites: incluso la autoridad del Fundador, *que es la más extensa posible*, está limitada por los primeros principios de las leyes divinas²⁴³.

El P. Chaminade no ha explicado nunca el sentido de estas palabras. Pero si se las analiza literalmente, hasta sus últimas consecuencias —como lo haría el P. Fontaine, en nombre del P. Caillet, en su *Memorial* del 5 de septiembre de 1848 contra el Fundador— se haría decir, entonces, al P. Chaminade, que situaba a los fundadores por encima de toda ley humana, tanto civil como eclesiástica. Naturalmente, el verdadero sentido de las palabras citadas anteriormente se aclara si se tiene en cuenta el contexto. Al P. Lalanne, que se oponía a la legalidad de las *Constituciones* revisadas, el P. Chaminade le escribió el 18 de noviembre de 1831:

2º ¿No hay nada en la Compañía que peque contra los santos Cánones? — Esta expresión, querido hijo, sigue siendo algo vaga. No conozco nada, en lo que constituye a la Compañía que peque contra los Cánones. Si usted ha percibido algo, debe, querido hijo, comunicármelo: puesto que puede usted estar completamente seguro, por el conocimiento que tiene de toda mi vida, que deseo abstenerme de hacer nada contra los santos Cánones²⁴⁴.

El P. Chaminade manifestaba hacia los otros fundadores el mismo respeto que esperaba de sus discípulos hacia el titular de esta divina misión. Rehusó participar en el nacimiento de otros institutos y en la redacción de sus constituciones. Se puede citar el caso de la Madre Anjorant, fundadora del Buen Pastor de Rouen. Había ido a visitar Burdeos y había admirado el trabajo realizado en la Misericordia. Más tarde, recordando los principios de gobierno tal como se aplicaban en el Instituto de la Srta. de Lamouroux, pidió al P. Chaminade ayuda para encontrar una solución a los mismos problemas. El P. Chaminade se negó. Volvió a insistir para obtener su colaboración. Entonces nuestro Fundador reiteró su negativa, explicando que, aunque tenía cierta

actuaba en calidad de Superior General y representante de la Compañía de María; pero es además el fundador, y se ha dicho que debido a dicha condición, su autoridad no estaba limitada por reglamentos».

— Nota autógrafa de D. Auguste Perrière, sin fecha, Original ASM fechada por el P. Lebon: después del 16 de agosto de 1848: «Y situaba su autoridad muy por encima de la de un Superior ordinario. Como fundador se atribuía la autoridad más amplia posible; quedaba limitada únicamente por los primeros principios de las leyes divinas».

— Extracto de una carta de D. Auguste Perrière al P. Caillet, 16 de agosto de 1848: «¿Pero, donde terminaba el poder del P. Chaminade, en su condición de fundador?

Ese poder, lo dijo él mismo, era el más extenso posible, y no tenía otros límites que los primeros principios de las leyes divinas. Esto es, efectivamente, lo que escribió desde Agen al P. Lalanne el 22 de marzo (*sic*) de 1836». Aquí se cita el pasaje de esta carta, que fue escrita el 22 de mayo de 1836, y que ha sido incorporada a nuestro texto.

²⁴³ Extracto de la carta del P. Chaminade al P. Lalanne, 22 de mayo de 1836: L, III, n. 839, p. 619.

²⁴⁴ Actitud del Fundador hacia el Derecho Canónico: L, III, n. 611, p. 96. Trabajo del Consejo sobre la revisión de las Constituciones: L, II, n. 449, pp. 308-310; III, n. 759, pp. 452-457. Colaboración de todos los miembros en la redacción de las Constituciones: L, II, n. 475, p. 354. Reconocimiento de los derechos de los Obispos: L, III, n. 616, pp. 120-121; *Grand Institut*, arts. 316-325.

experiencia en la materia, no se sentía llamado a participar en su obra. El Fundador de un instituto religioso es el único que tiene la gracia de establecer sus cimientos y de velar por su desarrollo. Debía continuar trabajando con el obispo de Jerphanion en Saint-Dié. Este prelado, que fue antes uno de los sacerdotes de Bourges, la había guiado desde el comienzo de la fundación. Vale la pena citar un pasaje interesante de esta carta:

Creo, Señora, que Dios inspirará únicamente a usted y a vuestro venerable maestro, la palabra adecuada en todas las dificultades que les rodean, puesto que han iniciado Su obra, obra que Dios debe apoyar y de la que ha confiado el secreto únicamente a ustedes. Puesto que ha elegido a usted y a Monseñor para que la realicen, les revelará todo Su designio, no tenga duda alguna, y lo hará en el tiempo oportuno y en la medida conveniente.

Y el P. Chaminade, desvelando el fondo de su pensamiento, continúa diciendo:

Hay algo más. Puesto que la Providencia no me ha inspirado nada en relación a las obras concretas que usted ha iniciado siguiendo la orden de Dios, no veo que sea posible ni prudente aportar mis ideas personales al trabajo de las *Constituciones* que determinan las bases, la extensión y los medios. Esta obra importante es una tarea obligada para el venerable Maestro (*Instituteur*), que es el único que tiene la idea y el plan. Si otra mano se ocupa de ello, podría ocurrir que obtuviese un todo, pero un todo cuyas partes, más o menos homogéneas, tal vez no coincidan enteramente con la inspiración divina primitiva²⁴⁵.

Convicciones tan claras, fundadas sobre la roca de la fe, explican la intransigencia del P. Chaminade cuando se trataba de hacer valer sus derechos para poder realizar sus deberes de Fundador. Sabía que su vocación estaba inspirada por el cielo y garantizada por la aprobación de la Iglesia. Por consiguiente, como le decía al P. Caillet en relación con otro punto en litigio, no hay ninguna necesidad de consultar cuando uno está seguro.

²⁴⁵ Chaminade a la Madre Anjorant, Superiora del Buen Pastor de Rouan, 11 de junio de 1839: L, V, n. 1143, pp. 23-24.

Capítulo 6

LA REALIDAD DE LOS ABUSOS

Las consideraciones sobre el sublime ideal de santidad que el P. Chaminade ambicionaba para la Compañía de María, su profundo conocimiento de las causas que producen la decadencia de las instituciones religiosas, la conciencia que tenía de su elección divina y de su mandato eclesial, un sentido profundo de su paternidad espiritual y la voz de su conciencia explican sus frecuentes y vehementes protestas contra los abusos. Pero la pregunta fundamental y primordial es la siguiente: ¿existían realmente esos abusos? El P. Caillet y sus colegas lo negaban absolutamente²⁴⁶. Decían que el P. Chaminade hablaba siempre de abusos en términos generales y que nunca identificó ninguno de forma clara. Tenemos en este tema incluso el desafío siguiente del P. Bouet:

Determine, pues, finalmente, los enormes abusos que el Buen Padre Caillet ha introducido y mantiene en la Compañía de María²⁴⁷.

El P. Chaminade conocía dicha acusación. Un día después de que el P. Bouet redactase esa exigencia, es decir, el 9 de abril de 1847, enumeró expresamente los abusos: citó seis²⁴⁸. Sin embargo, la lista que nos proporciona su carta no está completa. Si se estudia la correspondencia de la época, tanto las cartas del P. Chaminade como las de los religiosos capaces de hablar sobre este tema con competencia, se constata que debería aumentarse considerablemente el número de los abusos. Se podrían agrupar en tres apartados: los abusos de la Administración General; los abusos en la disciplina religiosa, sobre todo los referentes a las desviaciones del espíritu de la Compañía; y en particular, los abusos que afectaban al espíritu de fe y a la observancia de la pobreza religiosa.

Desde la dimisión del Fundador, el 7 de enero de 1841, hasta el nombramiento oficial del P. Caillet como Superior General, en octubre de 1845, la Administración General tenía que gobernar de forma colegiada. En principio, todo resultaba claro. Una lectura atenta de los documentos publicados en el momento de la dimisión permite establecer con precisión las condiciones que debía respetar el gobierno de la Compañía para ser legítimo. En su circular a los religiosos, fechada el 7 de enero de 1841, el P. Chaminade declara formalmente: todo será tratado y decidido en el Consejo. Toda respuesta que sea necesaria, deberá pasar por el Consejo. La administración de los tres

²⁴⁶ Chaminade al arzobispo Donnet, 6 de enero de 1847: LL, n. 1469; NP, Apéndice, doc. 27, pp. 43-44.

²⁴⁷ Bouet a Chaminade, 8 de abril de 1847: ASM.

²⁴⁸ Chaminade al arzobispo Donnet, 9 de abril de 1847: LL, n. 1479, pp. 354-355.

jefes debe ser colectiva y con responsabilidad solidaria²⁴⁹. La resolución del 10 de enero de 1841, que fue redactada al final de la primera sesión de este Consejo colegial, reitera la misma estipulación. Los Asistentes, además, se imponían mutuamente el deber de residencia. Se podría autorizar una ausencia de quince días. Los Consejos debían celebrarse cada dos días y durarían una hora²⁵⁰.

Estos dos documentos describen igualmente el papel del Fundador. Debía continuar aconsejando a los Asistentes, individual y colectivamente. Liberado de los detalles de la administración, se dedicaría al apoyo espiritual de los religiosos y a mantener con ellos un contacto tan cercano como fuese posible. Los Asistentes aceptaron la dimisión del Fundador con la condición de que continuase participando en sus trabajos. La resolución estipulaba que el Presidente del Consejo, el P. Caillet, no podría sobrepasar el mandato que le confiaba el Superior General. Las cartas confidenciales dirigidas al Fundador serían respondidas como él lo considerase oportuno. El P. Roussel escribió a las Hijas de María diciendo que el Fundador continuaría siendo para ellas lo que había sido en el pasado, sin cambio alguno: su dimisión se refería a lo temporal, no a lo espiritual²⁵¹. Incluso cuando el P. Roussel, dándose cuenta de que había dicho demasiado, modificó algunas de esas afirmaciones en una carta escrita tres días después, seguía manifestando que, mientras viviese el P. Chaminade, no se podría elegir otro Superior General sin el consentimiento expreso del Fundador²⁵².

Tales eran los principios del gobierno, pero la práctica fue completamente diferente. El Consejo se reunió muy pocas veces contando con la presencia de todos sus miembros. Clouzet estaba habitualmente ausente, centrado en sus asuntos de Saint-Remy. En la práctica, el Consejo se reducía a dos miembros, Caillet y Roussel, este último ejercía una influencia preponderante. Esta situación de hecho fue legalizada en la práctica, cuando el P. Caillet dispensó a Clouzet de residir en Burdeos²⁵³. Antes de que el Sr. Ravez emitiese su veredicto sobre el contrato con Augusto Perrière en febrero de 1844, la ausencia de Clouzet era nefasta, porque el Consejo le había confiado la representación en el proceso. Poco después de la dimisión del Fundador y a pesar del trabajo que se le había confiado, Clouzet regresó a Saint-Remy. Además de su separación física en el curso de los años 1841-1842, los Asistentes no conseguían siempre decisiones unánimes, aunque el P. Roussel, en su *Memorial Confidencial* firmado también por sus dos compañeros, afirma su extraordinaria armonía. En 1842, por ejemplo, Roussel reprochó a Clouzet que enviase a Burdeos cartas contradictorias y que produjese la impresión de que estaban desunidos²⁵⁴.

El mismo Roussel empeoró la situación cuando, de repente, se fue de Burdeos a Réalmont, el 28 de junio de 1844²⁵⁵. Por lo tanto, no hay que extrañarse si el P. Chaminade, teniendo en cuenta estos hechos, hablase de anarquía. En la práctica, el Consejo había dejado de existir y, como consecuencia, tampoco existía una autoridad constituida legalmente.

²⁴⁹ Circular del Superior General, 7 de enero de 1841: ANP, doc. II, p. 3.

²⁵⁰ Orden del día de la Administración General de la Compañía de María durante la sede vacante del Generalato, 10 de enero de 1841: ANP, doc. III, p. 6.

²⁵¹ Roussel a la Superiora General de las Hijas de María, 14 de enero de 1841: ANP, doc. IV, p. 8.

²⁵² Roussel a la Superiora General de las Hijas de María, 17 de enero de 1841: ANP, doc. V, p. 9.

²⁵³ Chaminade a Caillet, 17 de agosto de 1844; cf. LEBON, *Dernières Années*, p. 101.

²⁵⁴ Roussel a Clouzet, abril de 1842.

²⁵⁵ Posit. Virt., p. 255; ANP, doc. p. 67.

El 26 de julio de 1844, el P. Caillet firmó una circular convocando un Capítulo General. Este escrito, redactado por Roussel, le llegaba de Réalmont. Roussel ya lo había firmado²⁵⁶. El documento no fue publicado, porque Clouzet se negó a firmar. El arzobispo de Albi, confidente de Roussel, escribió al arzobispo de Besançon, en cuya diócesis vivía Clouzet, explicando que existía una deplorable división entre los miembros del Consejo, pero que Roussel había prometido enviar un informe a los pocos días. Mientras tanto no había Consejo, puesto que los miembros estaban dispersos. Además, el P. Caillet, nombrado consejero en 1833, acababa de finalizar su mandato. Eso no impidió que, sin la menor deliberación en el Consejo, Roussel escribiese su *Memorial Confidencial*, que envió a Burdeos donde Caillet lo firmó el 23 de octubre de 1844. Envío igualmente el panfleto a Saint-Remy, donde Clouzet lo firmó el 29 de octubre y finalmente, el 5 de noviembre, Roussel lo firmó en Réalmont²⁵⁷.

Como Caillet tenía la costumbre de gobernar sin la presencia de Clouzet, continuó haciéndolo después de su elección. Clouzet, por su parte, no apareció incluso en la toma de posesión del nuevo Superior General en Burdeos²⁵⁸, y el Consejo, en su sesión del 12 de marzo de 1846, autorizó que permaneciese en Saint-Remy y nombró al Sr. Michaud consejero honorario para que ocupase su lugar. Habría que esperar hasta julio de 1847, cuando el P. Léon Meyer recomendó que Clouzet se trasladase de Saint-Remy a Burdeos:

Si quieren detener el curso [de todos nuestros males], tengan la bondad de llamar al Sr. Clouzet para que ocupe su puesto tal como lo exigen las Constituciones, como fue prometido solemnemente en el Capítulo General, y nombren a los responsables de la provincia...²⁵⁹.

También el P. Chaminade se refiere a esta promesa realizada en el Capítulo de Saint-Remy:

El Sr. Clouzet, debido a su cargo de Jefe General de Trabajo, tiene la estricta obligación de residir habitualmente en la Administración General y es un componente esencial de la misma. Incluso el Capítulo General, que temía que Clouzet no realizase estrictamente sus funciones, hizo prometer al P. Caillet que obligaría a Clouzet a reunirse con él en Burdeos y a vivir habitualmente allí, puesto que era un elemento esencial de la

²⁵⁶ «El Consejo de Administración General de la Compañía de María, durante la sede vacante del Generalato, a todos los Responsables de las Comunidades». El documento termina así: «En Burdeos, en nuestra Casa Central de la Compañía de María, hoy 26 de julio de 1844; firmado: P. Roussel, Jefe General de Instrucción – G. Caillet, sacerdote, Jefe General de Celo» (ASM, 7-2, 250).

El mismo documento, con algunos cambios, se transformó en la *Circular* del 15 de septiembre de 1845, es decir, la circular convocando el primer Capítulo General, que se celebró en Saint-Remy, al comienzo del mes de octubre de 1845. La nueva inscripción es significativa: «El Jefe General de Celo, con el título de Vicario General de la Compañía de María, de común acuerdo con sus otros dos colegas, miembros del Consejo de Administración General, durante la sede vacante del Generalato, a todos los Jefes de los Establecimientos» (n. 14 del *Registre à talons*).

Este último documento está firmado por el P. Caillet. Habla de un «común acuerdo» con Roussel y Clouzet. Sin embargo, Clouzet escribió al P. Chaminade el 23 de septiembre para decirle que no firmaría. De hecho, por deferencia hacia el arzobispo de Besançon, que le había hecho la sugerencia, Clouzet redactó su dimisión y la envió a este prelado el 19 de septiembre. En su carta insinúa que era muy necesario, debido a deudas por un valor de 60.000 francos contraídas a su nombre. Junto con su dimisión incluyó para el arzobispo una carta que le había escrito el P. Caillet. El 21 de septiembre, el arzobispo Mathieu le devolvió la dimisión así como la carta del P. Caillet.

²⁵⁷ ANP, Doc. XXII-9, p. 77.

²⁵⁸ Chaminade al obispo Chamon, 18 de abril de 1846.

²⁵⁹ Meyer a Chevaux, 3 de julio de 1847: ANP, doc. p. 250; LD, p. 703.

Administración del Superior General. El P. Caillet lo prometió al Capítulo. Durante tres años, Clouzet, Jefe General de Trabajo, continuó viviendo en Saint-Remy, a más de 150 leguas de Burdeos. De hecho, tiene su domicilio en Saint-Remy, desde donde lleva la contabilidad, compra y vende, y comunica a la Administración General únicamente lo que quiere y como quiere. (...) He presentado continuamente al P. Caillet la anarquía que existía en su administración, especialmente en los temas económicos, pero ha sido inútil. Veremos, finalmente, si el P. Caillet va a obligar al Sr. Clouzet a presentar los libros de contabilidad, como lo he solicitado en mi informe. El Consejo de la Administración General está compuesto esencialmente por los tres Jefes de los Oficios. Eso forma parte de la naturaleza de esta Compañía. El P. Caillet quiere que existan únicamente dos. En cualquier administración, se necesita que los intereses económicos se administren de acuerdo con el espíritu de dicha Compañía. El P. Caillet se ha negado obstinadamente, desde su elección hace tres años, a tener junto a él al Jefe General de Trabajo, a la persona que tiene la obligación de ocuparse habitualmente de los intereses generales y de los intereses particulares de los miembros de la Compañía²⁶⁰.

El día de su dimisión, el P. Chaminade escuchó la frase hiriente de Roussel, cuando le dijo que no comprendía nada de las *Constituciones*²⁶¹. Esta afirmación de Roussel, aunque era injusta, indicaba lo que iba a llegar a ser un auténtico campo de batalla. Las *Constituciones* y su interpretación proporcionaron un motivo de disensión entre el P. Chaminade y el Consejo. El Fundador protestó contra la falsa interpretación de los artículos 481 y 482, en los que se trata el tema de su dimisión y en el que una cláusula le confiere el derecho de nombrar a su sucesor. Protestó, igualmente, contra su negativa a permitir que asistiese a las reuniones del Consejo: no deseaba asistir habitualmente, pero quería hacer valer su derecho a asistir. Se vio incluso obligado a interrumpir todas las relaciones con los religiosos, con los novicios e incluso con los superiores de la Compañía²⁶². Se le prohibió toda correspondencia activa y pasiva con los religiosos²⁶³. El P. Rothéa manifestó su indignación al P. Chevaux:

¡Sabe usted que esto demuestra una gran debilidad por parte del P. Caillet! Tiene miedo. (...) Dios no podrá bendecir semejante *statu quo*, dígase lo que se diga o piénsese lo que se piense²⁶⁴.

Dicho de otra forma, el P. Caillet ponía en duda los derechos que se reconocían en el documento redactado tres días después de la dimisión del Fundador. Resulta inútil insistir en el abuso todavía más llamativo al nombrar a Roussel Padre Maestro de los novicios de Santa Ana, a pesar de su reconocida debilidad moral en sus relaciones con los jóvenes²⁶⁵.

Cuando Caillet pedía al P. Chaminade que vendiese sus propiedades, actuaba contra los principios de honradez religiosa, que no pueden ser suprimidos por el voto de pobreza. Si el Fundador no accedía a la petición, no tenía otra alternativa que abandonar la Compañía²⁶⁶. El P. Caillet fue más allá. Presionó al Fundador por medio del confesor oficial del P. Chaminade, el P. Bouet, y todo esto para obligarlo a adoptar sus puntos de

²⁶⁰ *Mémoire du 18 octobre 1848, pour M. Chaminade*, pp. 19-20; LL, n. 1510, p. 463.

²⁶¹ *Mémoire du Supérieur Général et Fondateur de la Société de Marie à SS. Le Pape Grégoire V XI*, 26 de febrero de 1845: NP, doc. 16, p. 56.

²⁶² Chaminade a Caillet, 15 de septiembre de 1847: LL, n. 1483, p. 363 ; Chaminade a Michaud, 20 de septiembre de 1847: LL, n. 1486, p. 366.

²⁶³ Chaminade al arzobispo Jerphanion, de Albi, 22 de octubre de 1847: LL, n. 1492, p. 388.

²⁶⁴ Rothéa a Chevaux, 14 de noviembre de 1847: ANP, doc. XXX, pp. 291-292.

²⁶⁵ Chaminade a Caillet, 21-22 de enero de 1846: LL, n. 1438, p. 261.

²⁶⁶ Chaminade al arzobispo Donnet, 6 de enero de 1847: LL, n. 1469, p. 326.

vista²⁶⁷. Cuando el párroco de Santa Eulalia comenzó a ser el confesor del P. Chaminade, Caillet se atrevió a pedirle los mismos «servicios» que el P. Bouet había realizado²⁶⁸. Pero este sacerdote se mantuvo firme, a pesar de las inoportunidades del P. Caillet.

Otro abuso de autoridad consistía en la actitud del arzobispo de Burdeos, porque, a petición expresa del P. Caillet, se entrometía en los asuntos internos de la Compañía. En este asunto, el ordinario del lugar actuaba contra la prescripción canónica vigente en esa época²⁶⁹. La más grave intervención inadecuada del arzobispo Donnet se produjo cuando decidió que el Fundador ya no tenía ningún poder en la Compañía (30 de julio de 1844) y que, por el contrario, todos los poderes estaban ahora en las manos del P. Caillet²⁷⁰. También ejerció su influencia para que se eligiese Saint-Remy como sede del Capítulo General, declarando además al propio P. Caillet que le correspondía a él, y no al P. Chaminade, convocar estas primeras reuniones solemnes de la Compañía. Animó al P. Caillet cuando este, después del Capítulo de 1845, ordenó al P. Chaminade abandonar Santa Ana y volver a vivir en la Magdalena²⁷¹. Se entrometió, incluso, en los asuntos de la comunidad de Barsac²⁷². Prohibió al Fundador informar a otras personas comunicando la carta favorable a su causa que había recibido del obispo de Saint-Claude²⁷³. Se negó a recibir en audiencia al P. Chaminade y a leer sus cartas. Enviaba dichas cartas al P. Caillet, de modo que este podía comunicar al P. Chaminade un resumen de su contenido²⁷⁴.

Además de estos abusos contra las *Constituciones*, el P. Chaminade se propuso seriamente denunciar a tiempo y a destiempo todo lo que consideraba que contribuía a debilitar el espíritu de fe en la Compañía. Para apreciar esta actitud del Fundador, será suficiente recordar el lugar que ocupaba la fe en su vida y el papel que deseaba que desempeñase en todas sus fundaciones religiosas²⁷⁵. En este contexto, sus protestas contra la falta de espíritu de fe adquieren su justa proporción.

El espíritu de estas tres Órdenes –decía– es el espíritu de fe en Jesucristo, Hombre-Dios, aplicado especialmente al gobierno de las tres Órdenes aprobadas en este sentido por la Santa Sede. Serían desnaturalizadas por una Administración General si, en su gobierno, consulta únicamente la razón sin tener en cuenta la iluminación que procede de la fe²⁷⁶.

El gobierno de los Asistentes, que no manifestaba ninguna fe viva, era el principal objeto de las quejas del Fundador:

Este espíritu de fe práctica es el que la Santa Sede ha decidido aprobar, cuando aprobó la Compañía de María: no puede ser útil a la religión sin ese espíritu. ¿Cómo no degeneraría rápidamente la Compañía de María, si su Administración General se guiase por otro espíritu, aunque no lo dijese de forma expresa? (...) ¡Qué iniquidad si un

²⁶⁷ Chaminade a Caillet, 21-22 de enero de 1846: LL, n. 1438, p. 261.

²⁶⁸ Caillet al arzobispo Donnet, 15 de julio de 1847: LL, cita de la p. 352.

²⁶⁹ *Fontes C.I.C.*, n. 1922, S. C. Ep. et Reg., Pinerolien, 3 de mayo de 1839, pp. 885-886, Bizzarri Collectanea S.C. et Reg. pp. 168-171.

²⁷⁰ P. LEBON, *Dernières Années*, p. 97 (obra dactilografiada); cf. Carta de Caillet a Chaminade, 26 de agosto de 1844.

²⁷¹ Auguste a Lalanne, 8 de noviembre de 1845.

²⁷² Chaminade al Ministro de la Instrucción Pública, 6 de noviembre de 1845: LL, n. 1407, pp. 199-200.

²⁷³ Chaminade a Su Santidad el Papa Gregorio XVI, 13 de noviembre de 1845; Chaminade a Chamon, obispo de Saint-Claude, 23 de noviembre de 1845: LL, nn. 1409 y 1413.

²⁷⁴ *Posit. Virt.*, pp. 320-321, párrafos 166-167.

²⁷⁵ Chaminade a Caillet, Burdeos, 16 de junio de 1824: L, III, n. 299, pp. 588-589.

²⁷⁶ Chaminade a Caillet, 17 de agosto de 1844: LL, n. 1313, p. 35.

religioso de la Compañía de María puede pensar y actuar en conformidad con tal sistema! ¿Acaso no ha seguido la oposición esa forma de actuar desde hace unos cuatro años?²⁷⁷.

Cuando los obispos dejaron de prestar atención a sus quejas sobre el espíritu de fe, escribió súplicas al Papa sobre el mismo tema²⁷⁸. Pero el P. Chaminade no era el único que pensaba de esta forma, como podemos constatar en la correspondencia de sus contemporáneos. La Madre San Vicente escribió al P. León Meyer:

Quisiera saber si el P. Caillet ha hecho desaparecer la catarata que le oscurecía la luz de la fe, de ser así, habría aceptado las condiciones que nuestro Buen Padre le había planteado²⁷⁹.

El Sr. Laugeay, en una larga carta de veintiocho páginas en la que crítica las formas de actuar del Sr. Clouzet, justifica las apprehensiones del Fundador²⁸⁰. El P. Rothéa plantea al P. Chevaux la pregunta candente:

¿Dónde está hoy esa fe que debía distinguirnos de las otras órdenes religiosas?²⁸¹.

Un mes después advierte nuevamente al P. Chevaux:

El espíritu mundano penetra incluso en los pobres corazones de los religiosos de María. Hay poca piedad. Nuestra Compañía se debilita poco a poco. (...) La fe (nos solía decir el *Buen Padre*) debe ser *pura, entera, firme y activa*²⁸².

Era normal que la ausencia de espíritu de fe en los superiores se propagara entre los súbditos. La frivolidad introducida en la forma de vestir simbolizaba lo que sucedía en otros campos. En aquel tiempo no existía uniformidad en el modo de vestir, lo que, según el espíritu del Fundador, constituía un abuso grave, aunque él no tenía una preferencia especial para tal o cual forma de vestir. Pero prefería el tipo de traje que manifestase mejor el espíritu de fe del religioso²⁸³. En 1863, el mismo P. Caillet deploraba este debilitamiento del espíritu de fe y añoraba «los días mejores, cuando nació nuestra Compañía religiosa»²⁸⁴.

La primera consecuencia, y la más aparente, de esta disminución del espíritu de fe en la Compañía se constataba en la degradación del espíritu de pobreza. El P. Chaminade protestaba contra la adquisición de riquezas cuando, en una comunidad religiosa, pierden su primera y esencial razón de ser: el progreso y el servicio de las obras apostólicas del Reino de Dios:

¿Tenemos internados para nuestra gloria o para conseguir dinero? Sin duda, necesitamos dinero para cubrir nuestras necesidades y para avanzar, pero ¿el interés por

²⁷⁷ Chaminade al arzobispo Donnet, 27 de septiembre de 1844: LL, n. 1337, pp. 66-67.

²⁷⁸ Chaminade a Su Santidad el Papa Gregorio XVI, 26 de febrero de 1845: LL, n. 1368, p. 118.

²⁷⁹ Madre San Vicente a Chevaux, 25 de mayo de 1845: LD, p. 188.

²⁸⁰ Laugeay a Chaminade, 12 de julio de 1840; cf. Laugeay a Chevaux, 18 de abril de 1845.

²⁸¹ Rothéa a Chevaux, 1 de mayo de 1847: LD, p. 682.

²⁸² Rothéa a Chevaux, 3 de junio de 1847.

²⁸³ Circular del P. Chaminade, 22 de julio de 1839: L, V, n. 1153, p. 46.

²⁸⁴ Circular del P. Caillet n. 70, 12-14 de junio de 1863: *Extraits du Recueil des Circulaires des RR.PP. Chaminade et Caillet*, p. 456.

el dinero no nos desviará de nuestros principios? ¿Sería preferible que la Compañía de María pereciese con su dinero a que existiese siguiendo sendas desviadas!²⁸⁵.

Sin embargo, la preocupación de Clouzet parecía consistir en las ganancias. Además encontraba la misma afinidad de espíritu en el P. Caillet. El P. Chaminade escribió al obispo Chamon que Clouzet justificaba su proceder económico basándose en que las ganancias tenían que seguir aumentando. Sin embargo,

al realizar todos los miembros el voto personal de pobreza, han entendido hacerlo también de forma colectiva. ¡Cuánta ilusiones se derivan de ahí! De forma bastante generalizada, se ha logrado que los religiosos que no ocupan cargos practiquen el voto individual de pobreza, incluso, frecuentemente, con mucha austeridad; pero los principales responsables no quieren un voto colectivo de pobreza que los despoje como Jefes, es decir que, en su calidad de Jefes. Consideran que son los propietarios de los bienes de la Compañía y del uso de esos bienes, y que no están obligados a consultar a Dios sobre el uso que Él quiere que se haga de dichos bienes. De ahí procede el gran abuso de los religiosos, prohibido por san Pablo: *Nemo militans Deo implicat se negotiis saecularibus* («Nadie que se alista en la milicia de Dios se enreda en los negocios mundanos») (2 Tm 2, 4)²⁸⁶.

El P. Chaminde empleaba igualmente este lenguaje enérgico con el P. Caillet. Condenaba esa concepción de la pobreza y pedía una pobreza individual y colectiva. El Fundador llama bienes de este mundo a lo que ellos llaman bienes de la Compañía. A los ojos de Dios, estos bienes no son bienes de la Compañía. Han sido ofrecidos y consagrados a Dios²⁸⁷:

¿Observaría la Compañía de María la pobreza ofrecida a Dios mediante un voto especial, si pone su confianza en sus recursos económicos, que serán para ella como el becerro de oro para el que cada israelita se despojó de todo el oro que poseía y delante del cual gritaba: «¡Aquí está, Israel, el dios que te ha sacado de Egipto!»? Y los miembros de la Compañía dirán también, ante los recursos económicos de la Compañía a favor de la cual se han despojado: ¡Aquí está, hijos de María, el Dios que os hace vivir lejos de la servidumbre del mundo, felices a la sombra de un santuario que os asegura, hasta el fin de vuestros días, pan y una situación honorable. Instruyamos bien a la juventud en las ciencias humanas para ser bien pagados; el resto funcionará como sea posible!²⁸⁸.

El Fundador proporcionó ejemplos concretos. Clouzet acababa de comprar un molino accionado por agua en Saint-Remy. Añadió una tercera rueda para triturar el grano y para generar más dinero. Para conseguirlo, debió realizar reparaciones más costosas que las anunciadas en un primer momento. Tampoco se preocupaba de los daños ocasionados a los propietarios de los molinos cercanos, hasta el punto de provocar las quejas de los sacerdotes, de la población y de los religiosos. Si creemos al P. Rothéa, a cuya carta se refiere el P. Chaminade, Clouzet urgía incluso a las comunidades a que pagasen los gastos del molino antes de que produjese un resultado positivo²⁸⁹. No resulta extraño que la expresión pasase a ser un dicho frecuentemente

²⁸⁵ Chaminade a Fontaine, 1 de mayo de 1837: L, IV, n. 960, p. 168.

²⁸⁶ Chaminade al obispo Chamon, 18 de abril de 1846: LL, n. 1453, p. 287.

²⁸⁷ Chaminade a Caillet, 7 de octubre de 1844: LL, n. 1341, p. 72.

²⁸⁸ Chaminade al obispo Chamon, 18 de abril de 1846: LL, n. 1453, p. 287, nota del P. Chaminade.

²⁸⁹ Chaminade al obispo Chamon, 18 de abril de 1846: LL, n. 1453, p. 287; Rothéa a Chaminade, 21 de enero de 1846: LL, p. 263; Rothéa es citado por el P. Chaminade en esta carta a Caillet fechada el 25 de enero de 1846, p. 1439.

repetido: La Compañía de María, más que una Compañía religiosa, es una empresa comercial²⁹⁰. El P. Chevaux, a pesar de su piedad y de su delicadeza de conciencia, aceptó esta iniciativa. El religioso Laugeay, uno de los primeros miembros de la Compañía, se quejaba también del Sr. Clouzet y todavía más del P. Chevaux, porque tenía un sentido de la economía aún más acusado²⁹¹. El P. Chaminade intentó suscitar en Clouzet una vida de fe más auténtica. Pero aparentemente el afán de lucro había llegado a ser en él una segunda naturaleza²⁹². Incluso Roussel lo indicaba con su estilo peculiar:

Se encuentra a gusto únicamente donde puede recibir algo; se siente desplazado donde, en lugar de recibir, tendría que dar²⁹³.

El P. Léon Meyer, a su vez, indica que Clouzet «ha introducido en la Compañía el espíritu comercial e industrial»²⁹⁴. Durante ese tiempo, en los noviciados faltaba el dinero necesario, mientras que el número de las propiedades seguía creciendo²⁹⁵. El P. Loetsch, que llegaría a ser Provincial de Alsacia, no duda en escribir al P. Fontaine:

Pienso, y muchas otras personas piensan como yo, que la Compañía no es suficientemente generosa con Dios; digámoslo mejor: que está demasiado apegada al dinero²⁹⁶.

Y explica que se sentía humillado cuando escuchaba críticas en este sentido, hechas a la Compañía por personas respetables e incluso por obispos.

Clouzet no estaba solo. Tenía el apoyo de la Administración general. El P. Lalanne describe así la situación en su obra *Notice historique*:

Una idea parecía predominar en las decisiones de la Administración General, la relacionada con los bienes materiales; es verdad que, sobre todo en los primeros años, y después de los desgraciados procesos y sus consecuencias ruinosas, fue necesario generar recursos en todas partes. La necesidad y el deber apoyaron y activaron una tendencia natural; nos preocupamos de tal forma de los medios de conseguir dinero, que parecía que ese fin había sustituido a cualquier otro...²⁹⁷.

El análisis, extraído de los documentos de aquella época, culmina con este juicio severo del Fundador:

Pero era una línea de conducta decidida por los tres Asistentes: no querían un Superior General que no pensase como ellos; querían uno que pudiese tratar los bienes económicos como bienes que no estaban consagrados a Dios de modo especial²⁹⁸.

²⁹⁰ Meyer al arzobispo Donnet, 21 de octubre de 1844: ANP, doc XVII, p. 25.

²⁹¹ Laugeay a Chaminade, 12 de julio de 1840.

²⁹² Chaminade a Clouzet, 22 de octubre de 1844: LL, n. 1349, pp. 82-83.

²⁹³ Roussel a Caillet, 12 de marzo de 1846: LD, p. 394.

²⁹⁴ Meyer a Chevaux, 3 de julio de 1847: ANP, doc. p. 250.

²⁹⁵ Rothéa a Chevaux, 14 de noviembre de 1847.

²⁹⁶ P. Loetsch a Fontaine, 31 de marzo de 1849: LD, p. 981; citado por H. Lebon, *Dernières Années*, p. 347. El original no se encuentra actualmente en los archivos.

²⁹⁷ LALANNE, *Notice historique sur la Société de Marie de la Congrégation de Bordeaux*. Saint-Claude, Belin, 1858, p. 76.

²⁹⁸ Chaminade a Caillet, 3 de noviembre de 1844: LL, n. 1356, pp. 95-96.

El 16 de octubre de 1845 el P. Chaminade escribió una carta al Nuncio, Mons. Fornari, en la que se refería a la carta que el P. Caillet le acababa de enviar. Caillet comunicaba especialmente al Fundador que no debía ocuparse de los asuntos temporales. El P. Chaminade se lo explicaba al Nuncio:

Sí, Monseñor, ese es su principal objetivo: tener muchos bienes y hacer el uso que deseen. He querido explicar siempre que el voto de pobreza en la Compañía de María no era solamente un voto individual, sino que era también un voto colectivo; que toda la Compañía de María hacía colectivamente voto de pobreza. Es uno de los motivos que me han llevado a resistir con tanta perseverancia²⁹⁹.

El Fundador repite el mismo análisis en su súplica al Papa, fechada el 13 de noviembre de 1845. Entre los motivos más destacados de discrepancia entre él y sus tres Asistentes, señala el deseo de estos de

que el uso de los bienes de la Compañía sea determinado únicamente por la opinión de los principales responsables de la Compañía; que, siendo los bienes propiedades de la Compañía, no se debía consultar a Dios sobre su uso a la luz de la fe, sino que había que decidir en función de la luz de la razón³⁰⁰.

El P. Caillet dependía en cierta forma de Clouzet y este sabía aprovecharse. Caillet siempre estuvo preocupado por el dinero. Desde el inicio de Saint-Remy vemos que estaba angustiado por el temor a contraer deudas³⁰¹. El P. Chaminade tenía que tranquilizarlo. No resulta extraño que se apoyase en Clouzet, cuya influencia sobre él era un hecho conocido en la Compañía. El P. Léon Meyer escribía al P. Chevaux sobre este tema:

He olvidado comunicarle [al P. Caillet, que elogiaría a Clouzet en su futura circular] que hubiese sido deseable que conociese lo que he oído, antes de que publique su circular. He oído decir que todos temen que sea el Sr. Clouzet quien ejerza efectivamente las funciones de Superior General en el gobierno de la Administración General. Yo mismo hice esta observación en el pasado, la que os presento ahora no procede de mí...³⁰².

La frase irónica, atribuida al P. Rothéa, resume acertadamente la situación:

El P. Caillet, Superior General, no tiene cabeza, es únicamente el editor responsable ante el Sr. Clouzet³⁰³.

El P. Lalanne insiste en el mismo tema:

Los que controlan los libros de contabilidad, la caja y los asuntos económicos no dejaron a los hermanos, durante mucho tiempo, la libertad de expresar su afición y su preferencia. Todos los capitulares que pensaban diferentemente cayeron en desgracia. Les negaban todo, dinero y personas³⁰⁴.

²⁹⁹ Chaminade al Nuncio en Paris, Mons. Fornari, 10 de octubre de 1845: LL, n. 1399, p. 185.

³⁰⁰ Chaminade al Papa Gregorio XVI, 13 de noviembre de 1845: LL, n. 1409, p. 203.

³⁰¹ Chaminade a Caillet, 16 de junio de 1824: L, I, n. 299, p. 588.

³⁰² Meyer a Chevaux, 7 de noviembre de 1845: LD, p. 289.

³⁰³ Citado en un trabajo del P. Humbertclaude con una referencia poco segura: 1 de febrero de 1849.

³⁰⁴ LALANNE, *Notice Historique, o. c.*, p. 66.

El religioso Laugeay utiliza un lenguaje similar:

Se dice del P. Caillet que le gusta el dinero, que es avaricioso; que no sabe ser moderado en la dirección de los religiosos; que, cuando se trata de corregir los abusos, corta y golpea sin piedad; que es muy duro y muy severo con los demás, mientras que, para él mismo, busca lo que le agrada y lo que le resulta cómodo, que es vengativo y que nunca se le ofende impunemente³⁰⁵.

Roussel tolerado

Uno de los aspectos misteriosos de la vida del P. Caillet es su adhesión permanente al P. Roussel, al que incluso defendió³⁰⁶. Se ha intentado explicar su adhesión a esta rama antes que al árbol, utilizando la metáfora del Fundador, debido a su timidez y a su necesidad de recibir apoyo. Inicialmente, Caillet se apoyaba en el Fundador. En las negociaciones para fundar la Congregación en París y para el reconocimiento legal de la Compañía, necesitó continuamente ser dirigido desde Burdeos³⁰⁷. Mientras confió en el Fundador, tuvo éxito; pero desde que se separó de él y se apoyó en Roussel, se acentuaron los peores aspectos de su carácter. Un único rasgo permaneció inalterable: continuó siendo un seguidor y obedeciendo ciegamente. Al no contar con el P. Chaminade, necesitó un hombre de talento para poder orillar a su antiguo «protector». No era capaz de lograrlo por sí mismo. Encontró en Roussel el instrumento necesario y pasó a ser su colaborador. El arzobispo Donnet, en la época en la que no sentía simpatía hacia el P. Chaminade, cuando incluso consideraba que era un viejo zorro, escribió en el cuaderno en que anotaba sus valoraciones sobre los sacerdotes que trabajaban en su diócesis:

El P. Caillet, que deseaba acceder al trono, utilizó a Roussel. Cuando le sacó las castañas del fuego, este fue despedido³⁰⁸.

Esta opinión confirma otra confidencia hecha al P. Chaminade y que este comunicó al arzobispo de Albi:

Una persona importante de Burdeos, conversando últimamente con Su Ilustrísima, le dijo con franqueza:
 –Pero, Monseñor, todo este asunto de la dimisión es realmente una traición plenamente elaborada.
 –Es verdad –replicó Su Ilustrísima–, lo reconozco. ¡Por eso hay que considerarlo como un hecho consumado!³⁰⁹.

Caillet permitió a Roussel instalarse en Santa Ana como Maestro de Novicios, aunque conocía su debilidad hacia los jóvenes... Naturalmente, si debemos creer a Lalanne, Clouzet compartía esta responsabilidad:

Los otros [es decir, Caillet y Clouzet] no temieron nombrar nuevamente al Sr. X ([Roussel, destituido por el P. Chaminade], aunque no había cambiado, como lo

³⁰⁵ Laugeay a Chevaux, 12 de julio de 1840: ASM, n. 882.

³⁰⁶ Chaminade al arzobispo Donnet, 20 de octubre de 1845: LL, n. 1402, p. 191.

³⁰⁷ *La reconnaissance légale de la Société de Marie*, marzo de 1825-enero de 1826: L, II, pp. 5-168.

³⁰⁸ Registro en el que el arzobispo Donnet anotaba sus observaciones sobre el clero regular y secular de su diócesis, 20 de septiembre de 1847: Archivos del Arzobispado de Burdeos.

³⁰⁹ Chaminade al arzobispo de Albi, 20 de octubre de 1847: LL, n. 1491, p. 387.

demonstraron los acontecimientos. Contó con su apoyo y fue nombrado nuevamente Jefe de Instrucción. Como era muy hábil redactando informes, confiaron en él para que ayudase en sus reclamaciones contra el P. Chaminade, tanto ante la Compañía, como ante los Obispos³¹⁰.

El P. Caillet continuó manifestando su confianza en Roussel cuando este huyó a Réalmont³¹¹. Continuó, igualmente, haciendo oídos sordos a lo que le decía el Fundador. En las breves líneas en las que relata al P. Caillet la huida a Burdeos del portero de Réalmont, el P. Chevaux evoca la atmósfera de esa casa cuando mandaba Roussel:

El religioso Lescoul, portero de Réalmont, ha llegado aquí el sábado por la tarde. (...) Los motivos de su venida a Burdeos se refieren al P. Roussel y son los siguientes: no consigue ser recibido para pasar dirección; solo puede confesarse cada quince días o cada tres semanas y toda la comunidad está en esa misma situación; no ha dado ninguna conferencia de orden desde que usted estuvo allí; pasan semanas sin que se celebre la Eucaristía; y, cuando se celebra, unas veces es muy temprano y otras veces a las 11; es demasiado severo con algunos niños, a los que manda hacer penitencia en el comedor durante semanas, mostrándose demasiado familiar con otros [el P. Chevaux entra aquí en algunos detalles] (...); casi nunca está presente en los ejercicios religiosos; no celebra la Eucaristía cuando hay obreros, porque prefiere hablar con ellos durante ese tiempo; tiene cuatro perros pequeños y habitualmente tiene uno entre los brazos, lo lleva al comedor, le da de comer en la mesa, etc., etc. (...); y nosotros, Buen Padre, ¿podemos tranquilizarnos sin buscar soluciones?³¹²

Sin ser consciente de ello, el P. Chevaux, al plantear esta pregunta completamente normal, empleaba la misma expresión que el segundo decreto romano, cuando el traductor del arzobispo, en una mala traducción, atribuía al cardenal Ostini la intención de que se tranquilizase al P. Chaminade.

El P. Roussel dio algunas explicaciones³¹³. Declaraba también que el P. Chaminade lo abrumaba:

El P. Chaminade me agobia con sus cartas; no respondo a ninguna. La última era muy amenazadora. Veo con desesperanza que sigo siendo a sus ojos un obstáculo para la paz. ¿Tendría que lanzarme al mar para apaciguar la tempestad? (...) Para que descanse el Buen Padre Chaminade, por mi propio bien, y también por el bien de la obra, prepare un buen sucesor y haga que yo desaparezca en algún lugar ignorado...³¹⁴.

Pero, en vez de desaparecer, Roussel continuó su guerra contra el Fundador. Él y otros apoyaban al P. Caillet. El P. Chevaux explicaba al P. Léon Meyer que no creía que los esfuerzos del P. Chaminade, destinados a que el P. Caillet dejase el cargo, consiguiesen su objetivo, porque el P. Caillet estaba

dirigido por hombres demasiado clarividentes, que no se dejarían sorprender³¹⁵.

³¹⁰ LALANNE, *Notice Historique...*, o. c., pp. 66-67.

³¹¹ Chaminade a Clouzet, 29 de mayo de 1844: LL, n. 1298, pp. 7-8; cf. carta de Chevaux al arzobispo de Besançon, febrero (?) de 1845: ANP, doc. p. 118.

³¹² Chevaux a Caillet, 22 de julio de 1846: LD, p. 499.

³¹³ Roussel a Chevaux, 16 de julio de 1846.

³¹⁴ Roussel a Chevaux, 8 de agosto de 1846: LD, pp. 505-506.

³¹⁵ Chevaux a Léon Meyer, 11 de agosto de 1845: LD, p. 227

Roussel justificó su presencia en Réalmont diciendo que era necesario para poder remplazar al P. Prost, superior de la comunidad, quien, de hecho, se fue de Réalmont a Burdeos, porque no podía tolerar durante más tiempo lo que ocurría en la casa; es decir, la repetición de lo que Roussel había hecho en Saint-Hippolyte en 1839, y lo había conocido, porque era entonces un miembro de dicha comunidad... Roussel estaba indignado, porque Prost había mandado a su casa a veinte postulantes³¹⁶. No tenemos ninguna información sobre las razones que motivaron ese hecho. Pero el 20 de octubre, Chevaux escribió a su amigo Clouzet, que estaba en Saint-Remy:

[El P. Chaminade] me habla de acciones indignas ocurridas aquí y en Réalmont (no me he atrevido a solicitar más información); llega a decir, en relación con este asunto, que no comprende cómo os atrevéis a poner vuestro nombre junto al de Roussel, que él no lo hará hasta tener la prueba de que se ha producido una nueva conversión³¹⁷.

Esta carta está escrita apenas un mes después de las quejas que Roussel dirigía al fundador contra el P. Prost. En la carta solicitando los votos perpetuos, uno de los novicios de Roussel se explica elocuentemente sobre lo que hacía su Padre Maestro:

Conoce usted igualmente todos los desórdenes de mi juventud, cuando estaba en el noviciado con el P. Roussel. He sido una de sus desgraciadas víctimas... Me enseñó el mal y consiguió que lo practicara³¹⁸.

Roussel era el único confesor de la casa. En una situación así, el comentario lacónico del P. Chaminade adquiere todo su sentido: «El P. Prost no podía aguantar más»³¹⁹. Roussel escribió inmediatamente al arzobispo de Albi y explicó su interpretación, profetizando:

Espero grandes protestas del P. Chaminade. Me acusarán de haber creado al P. Prost una situación intolerable³²⁰.

El 11 de febrero de 1845, el P. Chaminade envió al P. Roussel un documento en el que lo relevaba de su cargo de Jefe de Instrucción y una carta en la que lo invitaba a presentar personalmente la dimisión³²¹. Roussel contestó al Fundador diciendo que había presentado su dimisión al arzobispo de Albi. El P. Chaminade indica que Mons. de Jerphanion no le había confiado ese cargo, y añade: «Sin duda recibió la dimisión mediante un poder delegado»³²². Roussel firmó la dimisión el 5 de marzo, pero siguió siendo Jefe de Instrucción.

El Jefe de Instrucción o, como llamaba Roussel a este cargo, «el hombre público», fue más activo que nunca³²³. Mantuvo una correspondencia frecuente con Caillet, con Chevaux, con el episcopado. Siendo ahora un «hombre privado», continuó realizando las mismas actividades que antes. El 13 de febrero escribió al P. Chevaux:

³¹⁶ Roussel al arzobispo de Albi, 26 de octubre de 1844.

³¹⁷ Chevaux a Clouzet, 20 de noviembre de 1844: LD, p. 56.

³¹⁸ Carta del Sr. X a Chevaux, 29 de septiembre de 1856: ASM, Documento 16-4, n. 135.

³¹⁹ Chaminade a Caillet, 2 de noviembre de 1844: LL, n. 1355, p. 91.

³²⁰ Roussel al arzobispo de Albi, 31 de octubre de 1844: LD, p. 49.

³²¹ Chaminade a Roussel, 11 de febrero de 1845: LL, n. 1366, p. 115.

³²² Chaminade al arzobispo Donnet, 20 de octubre de 1845: LL, n. 1402, p. 190.

³²³ Roussel a Chaminade, 22 de enero de 1845.

Le confesaré que al principio tenía tal horror de mí mismo, que dos veces he estado a punto de sucumbir a la desesperación. Quería renunciar al estado eclesiástico y, como un nuevo Judas, no atentar contra mi vida, sino ir a ocultar mi vergüenza en la capital y aceptar trabajo en la primera profesión que se me presentase. No puede usted saber por propia experiencia las torturas increíbles de tal situación... ¡Verdaderamente el corazón de un mal sacerdote aquí en la tierra es un infierno anticipado...!³²⁴.

En el Capítulo General de 1845, Roussel consiguió 9 de los 38 votos. Sus expectativas no se realizaron y se sintió herido en su amor propio. Se lo explicaba de esta forma a su arzobispo:

El Capítulo pensaba en mí. Me ha proporcionado una prueba conmovedora de su confianza. Pero comprendió finalmente que el interés de la obra y la reconciliación con nuestro Buen Padre Fundador era una parte del precio de mi alejamiento momentáneo de la Administración General³²⁵.

Caillet, sin embargo, siguió confiando en él. Deseaba utilizar sus servicios incluso después del Capítulo. Roussel rehusó. Aceptó de momento seguir siendo el director de Réalmont. Algunos meses más tarde, el 6 de mayo de 1846, Caillet escribió desde Réalmont al arzobispo:

La obra de Réalmont nos ofrece importantes expectativas...³²⁶.

Después del Capítulo General de 1845, el P. Caillet volvió a enviar a Roussel a Réalmont, no como simple director, sino como un Provincial en miniatura, si creemos la explicación del propio interesado al arzobispo de Albi:

Estaré encargado de terminar la obra de Cordes; estoy encargado, igualmente, de Brusques y de nuestros establecimientos de Tarn-et-Garonne. Mis ausencias serán poco frecuentes y siempre muy cortas³²⁷.

Finalmente fue Roussel quien tomó la iniciativa de romper la relación con el P. Caillet. No quiso continuar sus servicios en la Administración General. No estando ya «en la esfera del poder», se veía «sin ideas y sin una visión general».³²⁸ Le resultaba difícil volver a la base después del paréntesis de la Administración General. Confesaba ingenuamente al administrador que lo acompañaba en el momento de su traslado de Réalmont a Saint-Remy:

Cuando se ha estado arriba, no se siente uno a gusto estando abajo³²⁹.

Pero Roussel nunca llegó a San Remy; se quedó un cierto tiempo en el Midi y desapareció momentáneamente. El director de Saint-Remy esperaba su llegada sin demasiado entusiasmo³³⁰. Roussel dejó la obra de Réalmont en muy mal estado, tanto en lo espiritual como en lo económico. Cuando llegó su sucesor, el P. Benoît Meyer,

³²⁴ Roussel a Chevaux, 13 de febrero de 1845: LD, p. 129.

³²⁵ Roussel al arzobispo de Albi, 8 de octubre de 1845: LD, p. 256.

³²⁶ Caillet al arzobispo Donnet, 6 de mayo de 1846: LD, p. 433.

³²⁷ Roussel al arzobispo de Albi, 19 de octubre de 1845.

³²⁸ Roussel a Caillet, 8 de abril de 1846: LD, p. 416.

³²⁹ Dossier Roussel, ASM, n. 147.

³³⁰ Clouzet a Chevaux, 15 de noviembre de 1846.

hermano de Léon, se vio asediado por los acreedores³³¹. Clouzet, que apenas se había molestado en evitar las maquinaciones de Roussel contra el Fundador, se atrevió a criticar la administración del intrigante Roussel:

Las deudas de Réalmont son exorbitantes, sin duda, pero no debe sorprendernos *con tal administrador*³³².

Sin embargo, cuando el P. Chaminade proclamó a tiempo y a destiempo que mantener a Roussel en cualquier tipo de cargo era un abuso llamativo, el Consejo no modificó su posición.

Si el caso de Roussel puede ser considerado uno de los mayores abusos, hasta tal punto que el cardenal Verdi dijo a su amigo el P. Scherrer, el Postulador, que no llegaba a «tragarse» esa historia, también el P. Caillet realizó persecuciones de un tipo menor, que fueron abusos, agravando especialmente los sufrimientos del Fundador, porque le afectaban más. El 30 de mayo de 1849, proporcionó una nueva demostración de su estrechez de miras y de sus malas disposiciones hacia el P. Chaminade. Ocurrió menos de un año antes de la muerte del Fundador. El P. Caillet envió lejos al religioso Kuen, que ayudaba al P. Chaminade y le proporcionaba los cuidados necesarios que requería su edad avanzada³³³. Más tarde, este religioso fue uno de los testigos que aportaron su testimonio sobre la vida santa y mortificada del P. Chaminade, mientras padecía terribles sufrimientos morales:

¡Ah!, (...) –repetía Kuen, levantando la mano– ¡Solo Dios sabe lo que ha sufrido el Buen Padre, y con cuánta resignación!³³⁴.

El Fundador interpretaba este trato como el efecto, en su sucesor, de la firme determinación de no prestar atención a sus peticiones. También sufrió porque el P. Caillet no hizo nada de lo que se había convenido previamente en el arbitraje.

El P. Caillet adoptó severas medidas para impedir que el Fundador recibiese los sacramentos. Creía que el P. Chaminade tenía una conciencia falsa y criminal,

que no encontraría ningún sacerdote en la ciudad que quisiese confesarlo; que él mismo, en el momento de la muerte, no lo confesaría, etc. En esta situación, el antiguo Superior General y Fundador creyó que debía consultar a los sacerdotes de la ciudad y comunicó al arzobispo de Burdeos que tenía la obligación que hacerlo así.

El P. Chaminade se dirigió, en primer lugar, a su párroco en la parroquia de Santa Eulalia. Caillet eligió ese momento para plantear una propuesta de acuerdo en los temas económicos. El Fundador habría aceptado la propuesta, si hubiese ido acompañada de un proyecto de acuerdo en el tema espiritual. Naturalmente esta última condición abortó el proyecto. Caillet procuró entonces mejorar la oferta, ya que estaba convencido de que vencería a su antiguo superior, al que consideraba siempre inclinado a la ambición y a la avaricia³³⁵.

³³¹ Meyer a Chevaux, 26 de octubre de 1846.

³³² Clouzet a Chevaux, 15 de noviembre de 1846: LD, p. 569.

³³³ Comunicación del Despido, 7 de junio de 1849, n.4

³³⁴ Posit. Virt. p. 295.

³³⁵ Cf. *Breve Memoria al Nuncio*, 12 de julio de 1847, p. 30

Consultado sobre el proyecto de acuerdo del P. Caillet y sobre la presión que ejercía sobre el P. Chaminade, el P. Souiry, párroco de Santa Eulalia, respondió al Fundador enviando esta carta:

Venerable hermano,
 Su Santidad, aceptando vuestra dimisión, ha querido, ciertamente, que vuestra experiencia y vuestros talentos puedan ser siempre útiles a la Compañía, y que vuestra persona esté constantemente rodeado de las atenciones, del respeto y de los cuidados que reclaman vuestra edad avanzada, vuestras dolencias, vuestras necesidades y vuestra condición de fundador.
 Ahora bien, como el proyecto de conciliación que ha tenido usted el honor de comunicarme no tiene un propósito diferente, puede usted proponerlo, firmarlo y, si se llega al acuerdo, ponerlo en práctica.
 Tiene usted el derecho de confiar la dirección de su conciencia al sacerdote que considere digno de su confianza. Todos los fieles, sin ninguna distinción, gozan de ese derecho: usted no puede ser la única excepción. Su larga función de gobierno exige que tenga usted como guía espiritual a un hombre que os juzgue sin prevenciones, que esté libre de toda influencia extraña, que busque sus inspiraciones únicamente en su conciencia, y no en recriminaciones injustas y apasionadas. Ningún poder de la tierra, en la posición excepcional en la que usted se encuentra, puede imponeros una coacción que podría comprometer vuestra salvación. Sería desleal y odioso que quienes os han perseguido, y se obstinan en creeros culpable, quieran imponeros un confesor elegido por ellos. Sería una tiranía sin precedente en los hechos eclesiásticos.
 (Formula final)

Firmado: Souiry, Párroco de Santa Eulalia³³⁶.

El P. Caillet envió al párroco de Santa Eulalia el *Memorial Confidencial*, que tanto había servido ya a sus intereses, con la recomendación expresa de mantener en secreto el contenido. Le contaba que tres sacerdotes se habían negado a confesar al P. Chaminade. Olvidaba decir que los había prevenido antes de recibir la respuesta, y que entre ellos figuraba el P. Bouet. Para apoyar su tesis, acompañaba el envío con un cierto número de documentos:

Después de esto, ¿piensa usted que se pueda dejar al Sr. Chaminade seguir su camino de ilusiones sin intentar iluminarlo y reconducirlo hacia los únicos buenos y verdaderos principios profesados por tantas personas eminentes en la ciencia y en la piedad? ¿Cree usted que se puede admitir que participe en los sacramentos sin una rigurosa *obligación en conciencia* de entregar a la Compañía los bienes que no le pertenecen y que ha adquirido únicamente con los sacrificios y con el sudor de los miembros de la Compañía de María? ¿Podemos dejar que piense y que actúe siguiendo este falso principio: que tiene como Fundador de la Compañía *un poder absoluto en lo espiritual y en lo temporal* en virtud del cual puede considerar que la Compañía es su propiedad, de la que puede disponer según lo desee, según se deduce de sus escritos y de su conducta habitual? ¿No cree usted que una forma de actuar diferente a la que han seguido los otros tres confesores podría ser funesta para él, si se convence falsamente de que está en la buena dirección y de que puede seguir el mismo camino teniendo la conciencia tranquila?³³⁷.

El P. Chaminade escribió al Nuncio, diciéndole que intentaban impedir que recibiese los sacramentos³³⁸. El P. Caillet envió el contenido de la carta al arzobispo, dando a entender que estaba llena de indignas y falsas acusaciones. Intentó,

³³⁶ Souiry a Chaminade, 25 de marzo de 1847: ANP, doc. LXIII, pp. 248-249; LD, p. 660.

³³⁷ Caillet al párroco de Santa Eulalia (P. Souiry), 5 de mayo de 1847: LD, p. 687.

³³⁸ Chaminade al Nuncio en París, 13 de julio de 1847.

naturalmente, obtener la ayuda del arzobispo Donnet para que hiciese una gestión ante el nuevo confesor, el párroco de Santa Eulalia, puesto que este parecía compartir, por lo menos en algunos puntos, las interpretaciones dudosas del P. Chaminade. El P. Souiry dejaba que continuase en su oposición sistemática a sus superiores, permitía que comulgase a diario como lo hacían los laicos, sin la obligación de ceder oficialmente sus bienes a la Compañía. La principal razón que ese «buen sacerdote» aducía, era que había que dejar al P. Chaminade seguir el dictado de su conciencia. Cuando durante un corto periodo de tiempo el P. Souiry estuvo en contra de la postura del Fundador, según Caillet era «este eclesiástico esclarecido»³³⁹.

La responsabilidad de Clouzet en el conflicto

En mayo de 1839, Clouzet realizó un resumen de las reuniones del Consejo presididas por el P. Chaminade: la Administración General tenía que reorganizarse; cada uno de los Jefes de los Oficios debía realmente desempeñar sus funciones específicas. Otras observaciones similares quedan sin precisar mediante un *et cetera* significativo. Clouzet decía al Fundador que hasta ese momento la Administración General no había existido y que el conjunto de la Compañía deseaba que existiese. Esta posición se refleja bastante bien en sus cartas al P. Chevaux³⁴⁰. En 1840 sugirió el plan que sería aceptado en la famosa reunión del Consejo de los días 7 y 8 de enero de 1841. El Consejo rechazó la validez del contrato realizado entre el Fundador y D. Augusto Perrière, y después propuso al P. Chaminade que presentase la dimisión³⁴¹. Clouzet, además, conservaba vivo el recuerdo de las dificultades que había tenido con el Fundador a lo largo de toda su vida religiosa y, especialmente, en el momento de su última disensión, cuando desobedeció claramente, negándose a realizar los cambios de personal indicados por el P. Chaminade. En el consejo del 7 de enero, fue él, Clouzet, quien se opuso vigorosamente al contrato y su intervención ejerció un peso decisivo en la dimisión del Fundador. El P. Chaminade declararía más tarde que presentó la dimisión teniendo en cuenta los sentimientos expresados por el Sr. Clouzet³⁴².

Conseguido su objetivo –la dimisión del P. Chaminade–, el entusiasmo de Clouzet por esta causa desapareció. Regresó apresuradamente a su reino de Saint-Remy. Pero hay que indicar un punto en su favor: en cuanto el árbitro emitió su sentencia, Clouzet fue más conciliador que los otros miembros de la Administración General. Aceptó el consejo del arzobispo Mathieu de presentar la dimisión. Esperó antes de enviarla, porque deseaba conocer la opinión de sus colegas de Burdeos sobre este asunto³⁴³. El arzobispo aprobó las razones del retraso pero, pensándolo bien, se arrepintió de haber dado la impresión de inmiscuirse en este asunto. Se negó, pues, a aceptar la dimisión y sugirió que la presentase al arzobispo de Burdeos³⁴⁴. Como los otros dos consejeros de la Administración General no tenían la menor intención de presentar la dimisión, Clouzet retiró su dimisión³⁴⁵. Aquí se plantea evidentemente el

³³⁹ Caillet al arzobispo Donnet, 10 de abril de 1847: LD, p. 668.

³⁴⁰ Clouzet a Chevaux, 13 de mayo de 1839.

³⁴¹ Clouzet a Chevaux, 9 de enero de 1840.

³⁴² Cf. la sección sobre la *Dimisión* (cap. 2 de esta obra).

³⁴³ Clouzet al arzobispo de Besançon, 19 de septiembre de 1844.

³⁴⁴ El arzobispo de Besançon a Clouzet, 21 de septiembre de 1844.

³⁴⁵ Chaminade a Chevaux, 3 de octubre de 1844; Clouzet a Chaminade, 24 de septiembre de 1844.

tema de su posible sinceridad. Todo lo que se puede decir consiste en que podría haber dimitido fácilmente, pero no lo hizo.

Intentó conciliar los intereses en conflicto. Se negó a firmar la circular que convocaba al Capítulo General si no recibía la aprobación del P. Chaminade, pero desaprobó la conducta del Fundador en su relación con la jerarquía, diciendo que era irrespetuosa; temía, sobre todo, que el P. Chaminade recuperase el poder:

Dios mío, me atemoriza el futuro de la Compañía si el Buen Padre recupera su despótico poder; pues, como ustedes saben, el Consejo para él no es nada. Lo que quiere, lo quiere a pesar de todo y contra todos³⁴⁶.

Confió al P. Chevaux que el Fundador había presentado la dimisión con la famosa reserva. Repitió al P. Caillet que esa dimisión era nula y sin contenido alguno. Caillet citó el hecho al arzobispo de Burdeos, quien reprobaba la anarquía introducida por el Fundador en la Compañía, así como su «ilusión voluntaria y obstinada». Caillet decidió desde ese momento recordar las palabras del arzobispo a Clouzet cada vez que este afirmase que la dimisión del Buen Padre era nula³⁴⁷. A pesar de todo, Clouzet afirmó públicamente, con Caillet y Rousell, que el Fundador no había establecido condiciones en el momento de su dimisión. Su firma figura al lado de la de Rousell en el *Memorial Confidencial* destinado a los obispos. Durante el Capítulo General influyó en los capitulares contra el Fundador y fue uno de los hábiles manipuladores de esta asamblea. Criticaba al P. Chaminade por haber explicado al arzobispo de Jerphanion la inmoralidad de Rousell. No parecía más preocupado por esta inmoralidad que el P. Caillet. Su único pesar consistía en que no se hubiese mantenido en secreto³⁴⁸.

El P. Rothéa, uno de los discípulos que siguieron siendo fieles al Fundador, sugirió, en diciembre de 1849, que el Consejo proporcionase una pequeña satisfacción al P. Chaminade, por ejemplo, mediante la invitación a sus reuniones, aunque decidiese no acudir. Clouzet escribió al P. Léon Meyer que estaba de acuerdo con esa sugerencia. Aceptaba «como se suele decir, un mal menor para conseguir un bien mayor»³⁴⁹. Pero incluso ese riesgo era demasiado grande para el Consejo. Clouzet escribió a Chevaux dieciséis días después:

Este asunto está completamente terminado y decidido; habría que evitar que se reactive debido a una correspondencia indiscreta. El P. Chaminade se ha situado por su propia voluntad fuera de la Compañía a la que dice no haber pertenecido nunca. Hay que dejar las cosas tal como están, sobre todo teniendo en cuenta la situación anímica en que se encuentra. Últimamente, cuando yo manifestaba el deseo de que se incorporase nuevamente al Consejo, creía que su forma de pensar era muy diferente; pero comprendo hoy que no se puede ya pensar en ello. Creo, también, que es un efecto de la Providencia de Dios que las cosas estén tal como están. Lo que Dios ha hecho está bien hecho; mantengamos lo hecho y seamos prudentes en el futuro³⁵⁰.

Clouzet sobrepasó frecuentemente sus atribuciones. Incluso realizó programas que un Superior General no puede iniciar sin el consentimiento de su Consejo. Era un maestro en el arte de situar a los Superiores ante hechos consumados, tanto en los

³⁴⁶ Clouzet a Caillet, 1 de octubre de 1844: LD, pp. 22-23.

³⁴⁷ Caillet a Clouzet, 15 de enero de 1845.

³⁴⁸ Clouzet al arzobispo de Besançon, 25 de septiembre de 1845; Clouzet a Chevaux, 4 de febrero de 1845.

³⁴⁹ Clouzet a Meyer, 5 de diciembre de 1849.

³⁵⁰ Clouzet a Chevaux, 21 de diciembre de 1849: LD, p. 1094.

préstamos como en las ventas³⁵¹. Los sacerdotes se quejaban de que se entrometía en lo espiritual³⁵². Muchos religiosos pensaban que era una réplica del Superior General. Manejaba, en nombre propio, cantidades importantes de dinero. Hizo un testamento disponiendo sobre bienes, pero no conocemos el contenido exacto de ese documento³⁵³. El P. Léon Meyer se quejaba de que nadie, a excepción de Clouzet, conocía la situación económica de la Compañía. En caso de muerte, ¿quién podría aclarar el estado de la economía?³⁵⁴. Clouzet era sensible ante las críticas y los comentarios. Un día llegó incluso a amenazar a la Compañía con la bancarrota como medio de chantaje para conseguir sus fines³⁵⁵. Cuando prometió asumir las deudas de Saint-Hippolyte y hacer lo necesario para la reapertura de la escuela, se limitó a prometerlo:

Me parece, sin embargo, –escribía Louis Rothéa– que la voluntad del Superior General y el compromiso oficial del Jefe General de Trabajo deben prevalecer. En caso contrario, la Administración General de Burdeos estaría sometida a la Administración de Saint-Remy y no inspiraría confianza religiosa³⁵⁶.

Clouzet nunca presentaba los datos económicos a la Administración General de Burdeos. Tampoco realizó ningún informe destinado al Capítulo General. En el archivo Clouzet de la Administración General, se encuentra el comentario del P. Klobb a las alabanzas que el religioso Ancel hizo a Clouzet:

El Sr. Ancel no percibió que estaba justificada la opinión de una excesiva economía, y sin embargo esa era una opinión generalizada³⁵⁷.

Clouzet estaba demasiado al acecho del beneficio y ponía el acento excesivamente en la economía. Consideraba que la economía era, sobre todo, la obtención de beneficios, no una realidad vinculada con la virtud. Era mezquino en la relación económica con las casas de formación, donde, a veces, el alimento insuficiente debilitaba peligrosamente la salud de las personas. No tenía atenciones con los enfermos³⁵⁸. La admisión de los novicios dependía del pago de la pensión³⁵⁹. No sabía distinguir entre dar limosna y practicar la hospitalidad³⁶⁰. El P. Rothéa escribió al P. Caillet:

Me dicen que la dieta de los obreros resulta frecuentemente insoportable. En mi mesa comemos bastante bien. Pero, ¿es lo adecuado ganar 100 francos al mes, porque se vende la leche transformada en queso, y dar legumbres sin aderezar a nuestros pobres hermanos que se caen a causa de la debilidad? Estos días, uno de los más fervorosos me dijo lo siguiente: «Ya no puedo aguantar mucho tiempo, mi estómago está en muy mal estado, me faltan las fuerzas, y hay una gran presión para ganar dinero, según se dice, para pagar las deudas *contraídas por el Buen Padre Chaminade*»³⁶¹.

³⁵¹ Chaminade al obispo Chamon, 18 de abril de 1846: LL, n. 1453, p. 286.

³⁵² Meyer a Chevaux, 20 de julio de 1847.

³⁵³ Chaminade al obispo Chamon, 12-18 de abril de 1846.

³⁵⁴ Meyer a Chevaux, 20 de julio de 1847.

³⁵⁵ Chaminade a Caillet, 11 de junio de 1845: LL, n. 1374, p. 129.

³⁵⁶ Louis Rothéa a Roussel, 18 de noviembre de 1842.

³⁵⁷ Klobb, expediente Clouzet, ASM.

³⁵⁸ Lalanne, *Notice Historique...*, p. 76.

³⁵⁹ Laugeay a Chaminde, 12 de julio de 1840.

³⁶⁰ Laugeay a Chaminade, 12 de julio de 1840.

³⁶¹ P. Rothéa a Chaminade, 21 de enero de 1846; citado en LL, p. 263.

Y en lo referente al cuidado de los enfermos, escribía Léon Meyer a Chevaux:

¿Por qué os he hablado de los gastos de la enfermedad del Sr. Evrard y de la muerte del portero de Saint-Hyppolite? No tengo la intención de echarle la culpa al Sr. Fridblatt; pero quería insistir en que las medidas adoptadas para los cuidados de los enfermos son insuficientes³⁶².

El Sr. Laugeay, por su parte, se refiere a las condiciones económicas, demasiado duras, exigidas en Saint-Remy a los futuros candidatos. Recuerda que el P. Chaminade admitía a los candidatos en el noviciado aunque llegasen sin suficiente ropa y no tuviesen los medios de pagar sus gastos de alojamiento. El P. Léon Meyer, imitando al P. Chaminade, hacía lo mismo en Courtefontaine, donde había que alimentar a muchas más personas que en Saint-Remy, a pesar de no tener una granja ni los medios con los que contaba Clouzet. Lo hacía porque confiaba en la Providencia. En otro párrafo del mismo documento, el religioso Laugeay proponía como modelo la hospitalidad de la Trapa y establecía una comparación con lo que se hacía en Saint-Remy:

¡Aquí, en Saint-Remy, se tiene tanto miedo a ofrecer una sopa o una cama a un forastero! Se dice: eso es un abuso, eso molesta a la comunidad, va contra el reglamento, contra las constituciones; somos pobres, tenemos deudas, nuestra casa no es un albergue, etc., etc.³⁶³.

La atracción por el beneficio incitaba a multiplicar las fundaciones con gran detrimento de la formación adecuada de los religiosos.

Clouzet estaba tan encariñado con su obra de Saint-Remy que no quería residir en Burdeos, donde tendría que haber vivido debido a sus deberes como Jefe de Trabajo. Pero ya hemos hablado ampliamente de este abuso.

■

Podríamos citar otros detalles que estarán contenidos en el estudio histórico destinado a la Santa Sede. El largo trabajo dactilografiado del P. Lebon sobre los últimos años del P. Chaminade muestra la realidad de los abusos que denunció³⁶⁴. Escribió a los arzobispos, al Nuncio, a la Santa Sede, pero no recibió respuesta. Sin embargo, no se sentía liberado de su deber. El conflicto se mantuvo hasta su último aliento. Dios permitió que fuese así, para coronar su virtud. El P. Caillet se negó hasta el final a reconocer la misión del Fundador, sus derechos y deberes como dirigente principal en la reforma de los abusos. Desde enero de 1846 hasta su muerte, el P. Chaminade agotó su energía menguante luchando contra los abusos y defendiendo sus derechos de Fundador. Cuando yacía en el lecho de muerte, el P. Caillet y su Consejo quisieron otorgar finalmente lo que había pedido durante tanto tiempo: ejercer sus derechos de Fundador y, si los límites de esos derechos y de esas obligaciones no resultaban claros, dirigirse juntos a la Santa Sede para obtener la interpretación satisfactoria. Pero la concesión del Consejo llegó demasiado tarde. Seguimos esperando la rehabilitación del Fundador y de su causa, aunque el eco de su lucha ha llegado al tribunal presidido por el Vicario de Jesucristo.

³⁶² Meyer a Chevaux, 20 de julio de 1947: LD, p. 715.

³⁶³ Laugeay a Chaminade, 12 de julio de 1840: ASM, n. 882.

³⁶⁴ Cf. en este libro la cita a la que hace referencia la nota 190.

Capítulo 7

LA CUESTIÓN DEL TESTAMENTO

El Fundador y el P. Caillet no pudieron concluir un acuerdo. Debido al fracaso en la búsqueda de un compromiso, el P. Chaminade fue finalmente obligado a salir de la Compañía. Por una parte, el P. Caillet reivindicaba los bienes del Fundador para la Compañía; por otra parte, el P. Chaminade rehusaba legar lo que consideraba que era legalmente suyo a una Compañía que ya no era la que él había fundado, o si empleamos su enérgica expresión, la que era ahora una «Compañía bastarda». Una reforma de los abusos habría restablecido el ideal primitivo de esta institución degenerada, pero el P. Caillet se negó siempre a hacerlo o incluso a reconocer la existencia de abusos, tal como el Fundador los describía.

Podríamos preguntarnos lo que quería decir el P. Chaminade cuando hablaba de otra Compañía, esencialmente diferente de la que había sido aprobada por la Santa Sede. Lo explica con claridad:

El Sr. Caillet, nombrado realmente Superior General, es, debido a los abusos que se niega a suprimir, Superior de una nueva Compañía, que no ha sido aprobada por la Santa Sede. La Compañía que la Santa Sede aprobó es verdaderamente *constitucional*. La nueva es la que admite los abusos contra *las Constituciones*³⁶⁵.

Se podría responder –y un Consultor de la Sagrada Congregación lo ha señalado en sus observaciones– que los abusos no alteran en forma alguna la esencia de una Compañía religiosa. Incluso si los abusos fueran llamativos, no anularían la Constitución de una Compañía. ¿No resulta evidente que la aprobación de la Santa Sede continúa siendo válida mientras no sea revocada? En sentido legal, la Compañía de María no había cambiado. El Fundador afirmaba que había en ese momento otra Compañía utilizando el término «otra» en un sentido diferente. No estaba interesado, ante todo, en los aspectos legales. Quería decir, simplemente, que no había fundado una Compañía, incluso aprobada por la Santa Sede, con la finalidad de constatar que era infiel a su misión. Cuando los abusos crecen y no se corrigen, difuminan el ideal y conducen a la ruina. Esta es la lección que ofrece la historia. ¿Intentaba ofrecer a la Iglesia una Compañía bastarda debido a los abusos? Los Consultores, por su parte, deseaban obtener el catálogo de esos abusos. El capítulo anterior ha respondido, en parte, a este deseo pero, por útiles que sean las enumeraciones de los abusos, no nos explican completamente el problema.

Los abusos legales, por ejemplo gobernar sin contar con el Consejo, corroen menos la estructura de una Compañía que los abusos de alcance más general, ya que

³⁶⁵ Chaminade al Nuncio, Burdeos, 2-12 de febrero de 1846: LL, n. 1442, p. 270.

Estos atacan directamente al espíritu. Cuando el espíritu de pobreza y el espíritu de fe están ausentes en la actuación diaria y en las orientaciones de la vida, queda dañada de manera solapada el alma misma de la vida religiosa. La falta de fe es especialmente peligrosa. Por eso, el P. Chaminade se propuso que la fe fuese la virtud básica en sus fundaciones. Hablaba, ante todo, de la fe, de vida de fe, de fe del corazón, del «justo que vive de la fe». ¿Podría haber reaccionado de forma diferente a como lo hizo cuando constató que el nuevo Superior General de la Compañía gobernaba de acuerdo con interpretaciones exclusivamente humanas? Desde la época de su dimisión en 1841, la Administración General se había dejado guiar por motivos humanos. Esta regresión al plano de las razones puramente naturales era el gran abuso que originaba los otros. Importa poco detallar los abusos secundarios, sea cual sea su importancia relativa, si se descuida la fe, que es la gran fuente de toda la actividad religiosa, si decrece su influencia en la existencia cotidiana de un Instituto religioso. Dígase lo que se diga, la lucha por la supresión de los abusos constituye, en esta última fase de la vida de nuestro Fundador, una etapa más, la última, de este largo combate mantenido durante toda su vida con el fin de aclarar y mantener el espíritu de la Compañía de María.

Mucho antes de su dimisión en 1841, el P. Chaminade se preocupaba por preservar el «espíritu». No aceptó fusionarse con otros institutos religiosos, porque no quería sacrificar nada del espíritu de la Compañía³⁶⁶. Todas las grandes crisis de la Compañía entre 1817 y 1850 fueron crisis del espíritu de la Compañía. Todas las crisis sucesivas son el preludio de la más grave de todas, la de 1841-1850. La queja, afirmando que el Fundador en sus últimos años no razonaba bien, es un eco del mismo estribillo que ya se había escuchado frecuentemente en la historia de la Compañía. Cuántas veces su interpretación de la realidad, lo que Roussel llamaba «su forma especial de tratar los asuntos»³⁶⁷, pareció no razonable a algunos de sus discípulos, hasta el punto de abandonar el nuevo camino que había trazado... Lo que se considera una obsesión de un hombre al declinar su vida, la preocupación por sus derechos de Fundador, que produce la impresión de una lucha por el poder, es en realidad la voluntad firme, perseverante, tenaz e inflexible del P. Chaminade para seguir siendo fiel a su misión. Se puede constatar la misma fidelidad *in tempore non suspecto*, es decir, tanto antes, como en los años siguientes a su dimisión, con todas las contradicciones y con todos los malentendidos que surgieron.

Uno de los Consultores, en su *votum*, sugirió que el P. Chaminade no podía ser propuesto como un modelo de virtud. Se podría decir, más bien y en sentido contrario, que el P. Chaminade representa un modelo ideal para todos aquellos a quienes Dios confía, en su Iglesia, la misión de fundar una nueva institución religiosa. La fidelidad en un Fundador manifiesta la virtud en grado máximo. En el principio de este siglo, el P. Lamy se daba perfectamente cuenta de que la vocación de un fundador consiste, ante todo, en sufrir. A pesar de una clara llamada de la Virgen invitando al P. Lamy a fundar un nuevo instituto religioso, intentó eludirlo, pero únicamente encontró paz al aceptar plenamente la voluntad de Dios. Entre todos los cristianos, un Fundador está obligado de forma especial a ser fiel a su misión, a su gracia, a su carisma. No puede comprometer el carácter fundamental de su obra. Cuántas veces habló el P. Chaminade de su misión divina, del aspecto universal de su llamada... Esta misión fue la causa, en

³⁶⁶ Cf. las negociaciones con el Sr. Mertian: L, I, nn. 184, 202, etc; Chaminade al P. Noailles: L, II, pp. 171-181.

³⁶⁷ *Mémoire Confidentiel* de Roussel: ANP, doc p. 47-1.

primer lugar, del enfrentamiento con su amigo Mons. d'Aviau, arzobispo de Burdeos³⁶⁸ y, a continuación, con el obispo de Agen³⁶⁹. Los dos habrían ayudado gustosamente, pero no lo hicieron porque el P. Chaminade no aceptó su punto de vista, que consistía en proporcionar a sus iglesias locales un nuevo grupo religioso dedicado exclusivamente al servicio de sus diócesis. El P. Chaminade tenía una visión más amplia. Se dijo de él que era un espíritu diferente, no conformista, testarudo. Mons. Jacoupy, obispo de Agen, quería que la Compañía de María se dedicase a trabajar en los seminarios. No logró su objetivo. El Servidor de Dios escribió entonces a su Vicario General:

Si en este asunto, [Mons. Jacoupy] ha creído ver en mí cierta oposición, se debe a malentendidos, ya que creo que *estoy obligado a apoyar la obra del Señor*, por vil que sea el instrumento³⁷⁰.

El arzobispo de Burdeos, por su parte, no quería un instituto religioso con votos perpetuos. El P. Chaminade mantuvo su posición. Tal vez su independencia en estos asuntos explica el motivo por el que el arzobispo, a pesar de su amistad, no confió nunca ninguna obra a la Compañía, ni siquiera el santuario de Verdelaís, que el P. Chaminade hubiese aceptado gustoso no solamente a causa de su devoción a la Virgen María, sino también por la curación milagrosa que obtuvo allí cuando era niño. Por otra parte, la incompreensión de los obispos de Burdeos aumentó año tras año.

El P. Chaminade se opuso inicialmente a pedir la aprobación civil de la Compañía. Cuando tuvo esa inspiración en la oración, se decidió finalmente a hacer gestiones para obtener el reconocimiento oficial. Pero, incluso entonces, estuvo dispuesto a interrumpir en cualquier momento las negociaciones, si se presentaba el peligro de desnaturalizar a la Compañía³⁷¹. La palabra «desnaturalizar», que repetirá tantas veces después de 1845, fue ya utilizada en el momento en el que el P. Caillet, su representante en París, quería suprimir el artículo referente a los sacerdotes en los *Estatutos* que se proponían:

En el fondo, la Compañía de María resultaría *completamente desnaturalizada*, si se considerasen las supresiones en sentido estricto. (...) Hace falta flexibilidad, sin duda, y ¿considera si nos ha faltado, después de haber realizado tantas redacciones diferentes de nuestros *Estatutos*! Hemos aceptado todo lo que no desnaturalizase realmente a la Compañía: *pero no podemos aceptar no ser lo que somos*³⁷².

Y repetía:

³⁶⁸ Chaminade al obispo d'Aviau, 3 de junio de 1816; respuesta del obispo d'Aviau en el reverso de la carta: L, I, pp. 114-115.

³⁶⁹ El obispo Jacoupy a Chaminade, 28 de diciembre de 1818: L, I, p. 183; cf. también en el mismo tomo la carta de Chaminade al obispo Jacoupy, 20 de enero de 1817, n. 85, p. 149; Chaminade al obispo Jacoupy, 28 de febrero de 1832: L, III, pp. 114-115.

³⁷⁰ Chaminade al P. Trincaud, Vicario General de Agen, Agen, 1 de abril de 1832: L, III, n. 621, p. 131.

³⁷¹ Chaminade a Caillet, 26 de julio de 1825: L, II, p. 102: «No se equivoca usted, sin duda, querido hijo, al interpretar el interés que parecen tener ciertas personas importantes ante las peticiones de aprobación que reciben. El interés no es tanto por su deseo de favorecer a las instituciones, como para conocer sus movimientos, detenerlas, o por lo menos controlarlas, en la medida que pueden, de acuerdo con sus intenciones. Eso, como usted sabe, es lo que me ha hecho detenerme tanto tiempo a la hora de buscar la aprobación de la Compañía de María. Hemos presentado nuestra petición al rey debido únicamente a un impulso interior [en otro lugar dice que fue al terminar de rezar] y con bastante temor».

³⁷² Chaminade a Caillet, 26 de julio de 1825: L, II, n. 363, pp. 102-103.

La que recibiría la aprobación no sería la Compañía de María que ahora existe³⁷³.

Mantuvo este lenguaje inflexible durante los años trágicos, entre 1845 y 1850, cuando adquirió la convicción de que el espíritu de fe ya no motivaba a la Administración General.

Estas reflexiones preliminares sitúan el trasfondo, que conviene no olvidar si se quiere comprender la historia del tercero y último testamento del P. Chaminade.

El P. Chaminade redactó su primer testamento el 11 de diciembre de 1822. En virtud de este documento, el P. Caillet sería el heredero universal de todos los bienes del Fundador. Se encontraban, sin embargo, algunas cláusulas a favor de su hermana Lucrecia y de la señora que le atendía, María. Este testamento demuestra que, desde los primeros años de la Compañía, el P. Chaminade tenía la intención de legar todos sus bienes a su familia religiosa³⁷⁴.

El segundo testamento redactado por el P. Chaminade está fechado el 14 de enero de 1830. Este documento es, básicamente, igual que el primero, a excepción de las cláusulas a favor de su hermana, porque había fallecido varios años antes³⁷⁵.

Cuando el Fundador, a pesar suyo, tuvo que distanciarse del P. Caillet, modificó su testamento. El Sr. Bonnefous declaró bajo juramento:

Durante mucho tiempo, el P. Chaminade pensó en redactar un testamento. No quería dejar nada de su fortuna a su familia. Estaba preocupado, ante todo, por la posibilidad de que su familia intentase anular el testamento. Su idea inicial consistió en dividir sus bienes entre la Compañía de María y la Casa de la Misericordia. Como temía que estas dos instituciones no pudiesen recibir herencias, buscó a alguna persona dispuesta a servir de intermediario. Se dirigió directamente a uno de los habitantes de esta ciudad, pero este rehusó. Me encargaron que hablase con otras dos personas, pero también se negaron. Una de estas personas con las que contacté, animó al P. Chaminade a dejar sus bienes a los hospicios. Me encargó que le comunicase que era el único medio de impedir que su familia impugnase el testamento; que podría, mediante una cláusula expresa, excluir al sobrino, del que decía que tenía quejas³⁷⁶.

El consejero al que se refiere era probablemente el Sr. Ramonet, uno de los árbitros en las desavenencias entre el P. Caillet y el Fundador, cuando se intentaba determinar cuáles eran efectivamente los bienes del P. Chaminade.

El Sr. Bonnefous certificó que escribió el testamento dictado por el Sr. Ramonet. El P. Chaminade remitió este texto a su notario, el Sr. Gautier. Se conserva un borrador del testamento escrito por el Sr. Bonnefous. Aquí surge una pregunta: ¿cuál fue el papel del Sr. Ramonet en la redacción del documento? El P. Chaminade era perfectamente capaz de redactar su propio testamento, ¿se limitó Ramonet a escribirlo en forma legal? Las delicadas referencias a la Virgen María y a San José sugieren un toque personal del Fundador³⁷⁷.

El 8 de agosto de 1849, a las cinco de la tarde, el P. Chaminade, acompañado del Sr. Bonnefous, llegó en coche al despacho del notario y procedió a la transcripción del

³⁷³ Chaminade a Caillet, 28 de julio de 1825: L, II, n. 365, p. 109.

³⁷⁴ Primer testamento del P. Chaminade, 11 de diciembre de 1822. Está unido a la factura del acto de entrega del testamento depositado ante el Sr. Cassaigne y su colega, notarios de Burdeos, firmado el 30 de marzo de 1822.

³⁷⁵ Segundo testamento del P. Chaminade, 14 de enero de 1830: Original ASM.

³⁷⁶ *Pièces Chaminade*: (para el Tribunal de Agen). Revisión del proceso incoado por los herederos naturales del P. Chaminade a los Hospicios de Burdeos, después del decreto del 27 de abril de 1857, pp. 24, 22: ASM, 8-15, n. 460.

³⁷⁷ *Pièces Chaminade...*, cf. la nota precedente: ASM, 8-15, n. 460, pp. 22-23.

testamento, en el que dejaba todos sus bienes a los hospicios de Burdeos. Después de su muerte, el testamento fue impugnado por la familia del P. Chaminade mediante un proceso de duración ocho años. Se atacó la validez del testamento alegando aspectos formales. El 3 de enero de 1853 el Tribunal de Primera Instancia emitió un veredicto contra los demandantes. Estos recurrieron. Después de varias investigaciones, la Corte de Apelaciones de Burdeos confirmó la primera sentencia. Dos de los demandantes se retiraron del proceso, pero los otros tres mantuvieron sus demandas y consiguieron finalmente que la Corte Superior de Apelaciones de Burdeos, el 27 de abril de 1857, anulase la sentencia. El caso pasó entonces de Burdeos a Agen. El Tribunal de Agen emitió el veredicto definitivo en un decreto fechado el 26 de mayo de 1858. Debido a esto, los hospicios de Burdeos fueron obligados a devolver a cada uno de los tres herederos de la familia Chaminade una quinta parte de la herencia, ya que los otros dos familiares habían renunciado a sus posibles derechos. El notario Gautier tuvo que pagar a los hospicios la cantidad que esta institución había entregado a los familiares del P. Chaminade, porque el testamento fue declarado nulo debido a su negligencia. ¿Cuáles eran los aspectos formales que no se habían tenido en cuenta? En primer lugar, el P. Chaminade, debido a su capacidad de visión debilitada, no pudo dictar el testamento en presencia de los testigos; en segundo lugar, el notario había comenzado la redacción del documento antes de que estuviesen presentes todos los testigos. Finalmente, el notario había transcrito el documento partiendo de un texto escrito con anterioridad³⁷⁸.

El P. Chaminade, que había previsto probablemente algunas de estas consecuencias lamentables, tenía, sin embargo, razones para cambiar su testamento. Lejos de querer castigar a la Compañía o vengarse del P. Caillet, deseaba únicamente una cosa: continuar siendo fiel a su misión. A lo largo de la dolorosa desavenencia desde 1841 hasta su muerte y durante toda su vida, tanto antes como después de la fundación de la Compañía de María, su decisión se mantuvo inquebrantable: realizar los designios de Dios sobre su persona. No podía en conciencia legar sus bienes a una Compañía que se negaba a corregir los abusos, especialmente cuando se alejaba del espíritu de fe y del espíritu de pobreza. Desde el punto de vista moral, la Compañía de esa década difería de la que presentó para que fuese aprobada por la Santa Sede. Durante toda su vida defendió el derecho de disponer de sus bienes de la forma que considerase conveniente para la gloria de Dios. Sus bienes estaban consagrados al Señor y, puesto que le pertenecían, debían ser destinados a los pobres. Había decidido que su familia no recibiría nada, aunque el P. Caillet estaba convencido de lo contrario, es decir, que sus parientes heredarían sus bienes. Por consiguiente, el asunto del testamento tiene una importancia marginal. Hay que considerarlo teniendo en cuenta las discusiones entre el Fundador y el P. Caillet en el tema de la supresión de los abusos.

El P. Chaminade, desde su juventud, había emitido los votos privados de pobreza, castidad y obediencia y, al mismo tiempo, había consagrado sus bienes al Señor. Esta decisión guió toda su vida³⁷⁹. Predicó y practicó la pobreza³⁸⁰. Como decía

³⁷⁸ Testamento del 8 de agosto de 1849: Original ASM. Posit. Virt., doc. IV, pp. 37-39. ASM, n. 460: *Pièces Chaminade pour la Cour d'Agen: Extrait de l'arrêt de Cassation du 27 avril 1857.*

³⁷⁹ Chaminade a la Sra de Oussières, 27 de diciembre de 1826: L, II, n. 423, p. 250: «La Compañía de María, como el Instituto de las Hijas de María, tiene y adquiere todos los días una cierta cantidad de dinero. No hablo de mis bienes personales, porque me identifico con ambos institutos: todo lo que tengo y lo que pueda tener en el futuro, está consagrado al Señor desde hace mucho tiempo».

³⁸⁰ Chaminade a la Srta de Lamourous, 15 de enero – 1 de febrero de 1799. L, I, nn. 13, 14, pp. 22, 24: «Alégrese de encontrarse siempre con las molestias de la pobreza, para imitar un poco la pobreza de Jesucristo, que no tenía una piedra donde reclinar la cabeza.

en Zaragoza, tenía que sonreír a las tres terribles hermanas: la pobreza, los sufrimientos y las humillaciones³⁸¹. Había comprendido mediante el estudio y por propia experiencia que la relajación en materia de pobreza ocasiona la ruina de las comunidades y de las instituciones de la Iglesia. Intentó enraizar en la Compañía una estricta observancia de esta virtud³⁸².

No experimentó ninguna dificultad al responder al Servidor de Dios Pierre-Bienvenu Noailles, fundador de los *Pauvres Prêtres*, que, si la Compañía de María no lograba que sus miembros practicasen la estricta pobreza evangélica, más valía que dejase de existir³⁸³.

Durante el periodo de 1841 a 1846, aunque estaba en desacuerdo con la Administración General, nunca habló de dejar sus bienes a alguna buena obra que no fuese la Compañía de María. El P. Caillet fue el primero que planteó el tema del destino de sus bienes. El P. Chaminade continuaba teniendo la intención de dejar todo a la Compañía:

He visto que ha llegado el momento de un acuerdo, sacrificando el resto de mis bienes. Lo he aceptado, con la condición de que también se llegue a un acuerdo en el orden espiritual. Este acuerdo no pide nada, y no pido nada de este mundo, pero quiero que los abusos sean reprimidos y que se asegure el pago de mis deudas. (...) Sucederá lo que Dios permita. Toda mi confianza reside en Jesús, María y José. (...) Considero y he considerado siempre que este asunto pertenece al orden sobrenatural³⁸⁴.

Pero la actitud del P. Caillet no posibilitó la menor esperanza de reconciliación. En la reunión del Consejo General del 17 de junio de 1848, el P. Caillet y sus Asistentes tomaron la decisión de proponer al P. Chaminade, como primera solución planteada «de

Sí, la pobreza vale más que las riquezas; la pobreza es el camino hacia el cielo. El Esposo de las vírgenes no tenía un lugar donde reclinar la cabeza, etc...».

³⁸¹ Chaminade a la Srta de Lamourous, 26 de julio de 1800: L, I, n. 21, p. 29; SIMLER, G. J. *Chaminade*, p. 114: «Os diré, querida Teresa, que no os dejaré nunca tranquila mientras no os vea sonreír a la pobreza, a los sufrimientos y a las humillaciones.

—¿Encuentra dignas de amor, me diría usted, a estas terribles hermanas? etc...».

³⁸² Chaminade a L. Rothéa, 7 de noviembre de 1837: L, IV, n. 1009, p. 253: «Forma parte de la naturaleza de las riquezas corromper el corazón de los hombres. ¿De dónde procedía la relajación en la mayoría de las Órdenes religiosas antes de la Revolución Francesa? ¿No procedía de las riquezas? Mientras la Compañía practique con exactitud sus *Constituciones*, mientras mantenga el espíritu, se mantendrá en un estado de fervor. Dios bendecirá sus trabajos; edificará al mundo. En cuanto nos desviemos nacerán el desorden, la relajación y todas sus miserables consecuencias. (...) Si algunas obras se orientan en un sentido contrario a las intenciones iniciales de la Compañía, prefiero que desaparezcan».

³⁸³ Chaminade al P. Noailles, 15 de febrero de 1826: L, II, n. 88, pp. 175-176, 178: «¿Puede la Compañía de María aceptar sacerdotes que desean vivir una vida completamente apostólica, trabajar bajo la dirección de la obediencia en la salvación del prójimo con un desinterés perfecto, con una desapropiación absoluta? — Si en la Compañía de María existiese alguna regla que se opusiese, no dudo en decir que desaparecería pronto: dicha regla, por buena que pudiese parecer, sería totalmente contraria al espíritu principal de la Compañía, que consiste en presentar al mundo el espectáculo de un pueblo de santos y demostrar, mediante este hecho, que hoy, como en la Iglesia primitiva, el Evangelio puede ser practicado en todo el rigor del espíritu y de la letra. (...) En cuanto al espíritu y a la práctica de la pobreza y a la desapropiación, considerados intrínsecamente y en sentido evangélico, creo haber mostrado suficientemente que son posible en la Compañía de María. Os digo la verdad al afirmar que es el gran deseo de mi corazón y que será el objetivo de mi solicitud *enraizarlo cada vez más en la Compañía de María hasta el fin de mis días*».

³⁸⁴ Chaminade a Mons. de Jerphanion, arzobispo de Albi, 20 de octubre de 1847: LL, n. 1491, pp. 387, 388; Posit. Virt., p. 284.

manera amistosa», una «separación efectiva y completa» de la Compañía³⁸⁵. Esta separación exigía un reparto de los bienes que figuraban a nombre del P. Chaminade. Había que determinar cuáles eran realmente suyos y cuáles pertenecían a la Compañía. Tenían demasiada poca confianza en el Fundador como para poder llegar a un acuerdo amistoso. Pero, como por otra parte querían evitar recurrir a un proceso público, optaron por el camino intermedio, por un tribunal formado por árbitros encargados de proceder a la división de los bienes. El P. Chaminade eligió como árbitro al P. Ramonet y el P. Caillet a su abogado Arnaud Faye. Si ambos no pudiesen llegar a un acuerdo, el tercer árbitro, el P. Dulorié, que era párroco, sería quien tuviese la última palabra.³⁸⁶

La decisión de los árbitros del 12 de marzo de 1849 garantizó la validez de la transacción referente al testamento del Fundador. El arbitraje determinó mediante una decisión lo que pertenecía realmente al P. Chaminade. Podría disponer de ello según su voluntad y con total seguridad. Realizó una buena obra legando todos sus bienes a una institución de caridad, siendo así fiel a su principio de que todo lo que tenía pertenecía realmente al Señor. Mostró que estaba desapegado de su patrimonio y de su familia. Excluyendo expresamente a sus familiares de sus pretensiones sobre la herencia, destruía las acusaciones de nepotismo formuladas sin fundamento alguno por el P. Caillet. Hay que destacar su espíritu de desapego, teniendo en cuenta que algunos miembros de su familia realizaron gestos especiales de afecto al final de su vida, cuando la Compañía lo había expulsado³⁸⁷. Su sobrino Víctor albergaba en su casa al P. Ramonet, cuando este iba a Burdeos. Esta hospitalidad hizo creer firmemente al P. Caillet que dicho sobrino influyó en el P. Ramonet, quien en el arbitraje habría atribuido la mayor cantidad de bienes posibles al Fundador, con la esperanza de que pronto heredaría todo.

Las dificultades de sus últimos años no disminuyeron el amor espiritual que el P. Chaminade tenía al P. Caillet, a los Asistentes y a la Compañía. Su correspondencia durante esta época muestra frecuentemente sus sentimientos³⁸⁸. El afecto hacia sus hijos

³⁸⁵ Registro extraordinario de las deliberaciones del Consejo. Sesión del 27 de junio de 1848; firmada por: Joseph Caillet, sacerdote, Superior General; J. Chevaux, sacerdote, Jefe General de celo; Fontaine, sacerdote, Secretario en funciones, Jefe General de instrucción; Clouzet, Jefe General de trabajo. Original ASM, 15-1, pp. 19-22. Cf. Posit. Virt., p. 289.

³⁸⁶ *Jugement Arbitral, Extrait des Minutes du Greffe du Tribunal de Première Instance de Bordeaux*. Burdeos, Imprenta de Durand, Allées de Tourny, 7, 1849, pp. 2-3: «Para evitar los inconvenientes de la publicidad de las discusiones legales, las personas citadas han acordado nombrar jueces y mediadores que decidirán en última instancia. Tanto ellos como las partes en litigio están dispensados de atenerse a los plazos y a las formas legales. Dichos árbitros decidirán si el P. Chaminade forma o no forma parte de la Compañía de María en los asuntos temporales y, en todo caso, decidirán completa y definitivamente lo que debe, por cualquier motivo, a dicha Compañía, lo que la Compañía le debe a él. Si los árbitros no consiguen ponerse de acuerdo en la decisión, acudirán a M. Dulorié, sacerdote, el tercer árbitro».

³⁸⁷ H. LEBON, *Dernières Années, o. c.*, p. 504.

³⁸⁸ Chaminade a Caillet, 13 de junio de 1849: LL, n. 1519, p. 471; Posit. Virt., p. 721; ANP, doc. LXXXIII, p. 325: «Querido hijo, siento, como si los hubiese sufrido mi corazón, los golpes que usted ha recibido: ¡Ojalá pudiese comprender el verdadero cariño paternal que tengo hacia usted!

– A Meyer, 17 de octubre de 1844: LL, n. 1344, p. 76; Posit. Virt., pp. 704-705: «¿Que quiere usted, querido hijo?, no hago otra cosa que escribir lo que creo ver en mi libro [es decir, en su crucifijo, al que llama también el lenguaje de su conciencia], sin irritación alguna. Me parece que amo más que nunca a los se alzan contra mí».

– Al arzobispo Donnet, 6 de enero de 1847: LL, n. 1469, p. 334: «A pesar de que siempre le he tratado como un padre trata a un hijo querido, ha perdido toda su confianza en mí, pero no creo haber experimentado la menor irritación contra él; al contrario, he sentido siempre mucha compasión».

– A Caillet, 20 de noviembre de 1849: LL, n. 1521, p. 476; NP, p. 103: «No le pregunto, en forma alguna, cuales son sus sentimientos; quiero suponer que usted no espera otra cosa que la ocasión, que deseo

espirituales brilla entonces con un esplendor particular, aumentando ante la proximidad de su muerte. Termina su última carta con la fórmula: «Querido hijo, le abrazo paternalmente con una confianza acrecentada»³⁸⁹. Los testigos de estos años difíciles nos hablan de su caridad y de su amor hacia los miembros de la Administración General.

Lejos de ser una falta o incluso una imperfección, el tercer testamento del Fundador marca con el sello de la eternidad las aspiraciones de donde brotó durante toda su vida su espiritualidad y su acción. Sellaba así una fe profunda, una piedad delicada, y una entrega sin desfallecimiento a la Iglesia en la obra maestra inigualable de una vida vivida según el Espíritu.

ofrecerle, para manifestarlos claramente en el Consejo. No me pregunte cuales son los míos: usted los conoce, nunca han cambiado; son lo que han sido siempre. Supongo que usted espera únicamente una prueba de mi amor hacia mis Hijos, para venir a mis brazos con plena confianza».

– Al arzobispo Donnet, 22 de agosto de 1845: LL, n. 1382, p. 143; ANP, doc. XXXIX, p. 162: «Tendré una devoción verdaderamente paternal por el honor y la salvación de mis tres antiguos Asistentes y, gracias a Dios, nunca ha desaparecido de mi corazón, y espero poder inspirarla a mi sucesor».

– A Caillet, el 25 de noviembre de 1849: LL, n. 1523, pp. 479, 481: «... y la moderación con la que le hablo debe, no tanto animarle en sus peticiones, como demostrarle que no desdeño dar los primeros pasos, en un momento en el que me resultaría muy fácil tratarle con el mismo rigor... ¡Como si fuese posible no tenerle en mi corazón, incluso después de todo lo que ha sucedido! (...) Ciertamente, nunca he dejado de tener hacia usted las disposiciones de la más cordial amistad».

³⁸⁹ Chaminade a Caillet, 29 de noviembre de 1849: LL, n. 1524, p. 483. ANP, doc. LXXXVI, p. 334.

Capítulo 8

LA REHABILITACION DEL PADRE CHAMINADE

Este corto ensayo sobre los últimos años de la vida de nuestro Fundador indica las razones por las que su Causa de Beatificación no ha podido superar la última barrera, la que impide a la Iglesia proclamar la heroicidad de sus virtudes. El estudio de esos años sugiere, sin embargo, que el Fundador ha operado ya un cierto tipo de milagro. Quienes son conscientes de los obstáculos con los que se ha encontrado la Causa y conocen la gran cantidad de nubes que oscurecían el recuerdo del P. Chaminade en el momento de su muerte y durante los veinte años siguientes, no dejarán de extrañarse ante el hecho de que nos encontramos en el último paso que precede al reconocimiento de su santidad heroica. Los que introdujeron la Causa conocían perfectamente las dificultades y los obstáculos aparentemente insuperables. Pero no dejaron de confiar en el P. Chaminade y vieron en él la figura extraordinaria de un «mártir» defendiendo la justicia, es decir, un modelo realizado de fidelidad heroica a sus obligaciones de Fundador. En su circular sobre la Causa, el P. Hiss, el Superior General que proporcionó el primer impulso, escribía:

Había ayudado al Padre Simler en la selección de los numerosos documentos que tuvo que consultar antes de comenzar a escribir la vida del Fundador, publicada finalmente en 1901. Por lo tanto, no ignoraba sus pensamientos íntimos y cómo no había dejado de pensar en la hipótesis de hacer una gestión en Roma para conseguir la beatificación del Fundador. Durante ese tiempo no ocultó, ni a mí ni a otros, los embarazosos problemas que habían creado los últimos años de esa vida, tan manifiestamente hermosa en tantos otros aspectos. Después de largas y complejas investigaciones, de estudios precisos y minuciosos de los documentos, llegó a establecer las conclusiones. Han podido leer la exposición que realizó en el precioso volumen que nos ha dejado.

Hablando francamente, queridos hijos, si sus conclusiones hubiesen seguido siendo la palabra definitiva de la historia de ese periodo que se extiende entre 1841 y 1850, y si las dificultades de ese periodo hubiesen teniendo su origen especialmente en la senilidad y los escrúpulos del Fundador, habría sido mejor renunciar a la introducción de su Causa. En tales condiciones, era de temer que, a pesar de sus gloriosos años anteriores y de los ejemplos de virtud durante sus últimos años, el Buen Padre Chaminade no hubiese tenido la posibilidad de ser considerado Beato. Eso es lo que nos habían manifestado personas muy cualificadas.

Sin embargo, nuestra piedad filial nos animaba a mantener la esperanza. Era necesario reiniciar, una vez más, la investigación sobre los hechos de ese periodo mediante un estudio exhaustivo de los documentos. Se insistió tanto en la reapertura de la Causa, que creí que debía autorizarla. Creo que nuestra Madre del cielo suscitó la intervención de la Providencia en el momento oportuno, colocando ante nuestros ojos diversos documentos que no había tenido a su disposición el primer biógrafo, y que permiten una

interpretación diferente de varios puntos importantes. Se rehizo metódicamente el estudio del expediente primitivo utilizando esta nueva información. Se vio, poco a poco que surgían deducciones diferentes. Se explicaron ciertos hechos que no se habían logrado aclarar anteriormente³⁹⁰.

El Capítulo General de 1891, celebrado en Bellevue, a las afueras de París, del 8 al 13 de mayo, durante la sexta sesión, expresó el deseo de que se escribiese la vida del Fundador y que se introdujese su Causa. El P. Simler, Superior General, informó a los miembros del Capítulo que ya se habían recopilado los documentos necesarios. El P. Simler había comenzado efectivamente sus investigaciones durante la ocupación de París, en 1870, pero no inició la redacción de la biografía del Fundador hasta el 1 de mayo de 1895. En junio de 1898 terminó el tercer borrador del capítulo III. Se realizó entonces una moción solicitando un voto de agradecimiento al Superior General, por los interesantes detalles sobre la vida del Fundador que había aportado en la *Notice Historique* sobre la Compañía publicada antes del Capítulo³⁹¹. Un documento del P. Hiss explica el motivo de dicha publicación:

Las ideas falsas que tenían algunos religiosos sobre el P. Chaminade y su obra –ideas que habían intentado difundir en la Compañía cuando se aproximaba la celebración del Capítulo General de 1891 y a las que se opone el P. Simler mediante la *Notice Historique* de la Compañía, publicada poco antes del Capítulo– demostraron tanto la utilidad, como la necesidad de una vida del P. Chaminade basada en documentos auténticos³⁹².

La biografía escrita por el P. Simler renovó el interés por el Fundador y reveló la grandeza de este hombre. Una de las primeras reacciones fue la del cardenal Ferrata, Prefecto de la Congregación de los Ritos, quien abordó el tema de la introducción de la Causa con el P. Subiger. El P. Klobb escribió sobre este asunto al P. Demangeon:

Se va más deprisa de lo que pensábamos. El P. Subiger expuso entonces al Cardenal lo que consideramos que constituye el principal obstáculo en la Causa. El Cardenal ha pedido un informe sobre ese tema, en el que se examinen los escritos del P. Chaminade. Ha preguntado, además, si hay todavía personas vivas que sean capaces de testimoniar sobre su vida³⁹³.

Pero la introducción de la Causa se retrasaría siete largos años, hasta que el P. Hiss pidió al P. Subiger, el 11 de julio de 1909, que fuese el primer Postulador.

Para poder apreciar la valentía de esta tarea, hay que conocer a fondo las circunstancias en las que murió el Fundador y la historia de los años siguientes. Se puede conocer la opinión de quienes vivieron en tiempos del P. Chaminade mediante un extracto de una carta del P. Chevaux al P. Meyer. El documento está fechado el 19 de

³⁹⁰ HISS, *Circular* n. 24, pp. 394-395, *La Causa del B. P. Chaminade*.

³⁹¹ Protocolo del Capítulo, p. 16: «5º. Se expresa el deseo de que se publique pronto la vida del P. Chaminade y de que el Fundador sea declarado Beato. El Superior General ha recopilado ya todos los documentos necesarios para escribir la vida del P. Chaminade. El trabajo se encuentra en una fase avanzada. Un miembro del Capítulo plantea una moción expresando al Superior General el reconocimiento del Capítulo por los detalles interesantes que ha proporcionado sobre la vida del Venerado Fundador en la *Notice Historique* recientemente publicada, y formula el deseo de que se publique pronto la vida completa del P. Chaminade. [N. A.: Antes de la publicación del Código de Derecho Canónico, los Servidores de Dios eran llamados Beatos cuando se iniciaba la Causa].

³⁹² Notas autógrafas, ASM, 29-36.

³⁹³ Klobb a Demangeon, carta del 3 de febrero de 1902: ASM, 29-41.

enero de 1850, es decir, tres días antes de la muerte del fundador, cuando ya estaba en estado de coma:

Burdeos, 19 de enero de 1850, al P. Léon Meyer, Nazareth, Dayton
Querido Padre Superior,
(...)

Unas palabras sobre nuestro venerable fundador. Desgraciadamente, desde hace unos quince días, está en la cama, muy enfermo. Ese es el hecho. Hace unas seis semanas, o tal vez dos meses, este buen anciano nos hizo propuestas para llegar a la reconciliación y a un acuerdo. Considere con qué ansiedad acogimos las primeras expresiones de su propuesta. Pero, desgraciadamente, comprendimos pronto, debido a ciertas expresiones ambiguas, que no teníamos motivos para alegrarnos. Rogamos que se explicase y vimos pronto que no solo no podíamos admitir sus antiguas pretensiones, que renovaba ahora, sino que tampoco eran aceptables sus nuevas propuestas, que resultaban más exigentes aún: habría sido necesario reconsiderar las decisiones de Roma, de los Obispos, etc. Nos vimos obligados a decir que íbamos a rezar a Dios para que inspirase en él pensamientos de paz y de unidad más aceptables que los que acababa de expresar. La consecuencia del rechazo a sus propuestas fue una citación legal, entregada por un funcionario, y amenazas de nuevos escándalos. Esa era la situación cuando hace catorce días sufrió un ataque de parálisis que le afectó el lado derecho y, sobre todo, le impidió hablar. Desde entonces no ha dicho una palabra. No nos enteramos de la situación hasta un día después. En cuanto lo supe, me acerqué a su cama. El P. Caillet acudió enseguida. Por los signos que hizo, comprendimos que deseaba un acuerdo. Le preguntamos si aceptaba el que le habíamos propuesto, que es muy sencillo y que significa: volver a la Compañía incondicionalmente, como en el pasado, unirse a nosotros y ayudarnos con sus consejos y con su cooperación. Nos hizo un signo indicando que sí; que debíamos llamar a un notario para redactar el acta de reconciliación. Se llamó al notario. Desgraciadamente el hombre propone y Dios dispone. El notario declaró que no podía realizar su función basándose en simples signos, necesitaba oírlo. Seguimos esperando estas palabras, pero no puede hablar. Parece estar en completo uso de razón, al menos en ciertos momentos, y responde con signos, pero no con palabras.

Lo que le inquieta, sin duda, (porque parece tener remordimientos), consiste en que, tras la sentencia arbitral (injusta según la opinión de todas las personas clarividentes) que le adjudica el equivalente de 90.000 francos o por lo menos 80.000 francos, ha hecho un testamento a favor de los Hospicios de Burdeos, en detrimento de la Compañía de María. Estos bienes se emplearán probablemente en adornar el teatro de la ciudad, según dicen las personas que conocen el empleo de tales donaciones. En el momento en el que se ha querido que recibiese los últimos sacramentos, se le han formulado estas dos preguntas: 1. Si tenía odio o aversión contra la Compañía de María o contra alguno de sus miembros (ha hecho un gesto indicando que no). 2. Si estaba dispuesto, en el caso de que Dios le devolviese la posibilidad de hablar, a reparar los escándalos ocasionados por su conducta en el pasado, así como el daño que su testamento había ocasionado a la Compañía de María (ha hecho un gesto indicando que sí). Desgraciadamente, hay que temer y presumir que todo esto seguirá siendo un proyecto y que no podrá realizarse. Todo lo que le digo, como usted puede comprender, está destinado únicamente a usted, querido Superior. Estamos satisfechos al ver que tiene las disposiciones manifestadas mediante signos. Esperemos que sea suficiente para Dios. ¡Ha hecho tanto bien durante su vida! ¡Ha contribuido tanto a la gloria de Dios y de María! Recemos y esperemos. ¿Estará todavía vivo cuando le llegue esta carta? Lo dudo. Será usted informado en cuanto se produzca alguna novedad³⁹⁴.

Esta versión sobre la muerte del Fundador fue la oficial, como se deduce de la correspondencia de sus contemporáneos. El P. Étignard se quejó de esta versión en las

³⁹⁴ El P. Chevaux expresa las mismas ideas en otras cartas enviadas al P. Meyer el 21 de marzo y el 17 de junio de 1850; y en la enviada al Nuncio el 6 de septiembre de 1850.

dos cartas que escribió al Visitador Apostólico, el cardenal Mathieu. En ambos documentos se refiere precisamente al contenido del extracto de la carta del P. Chevaux que hemos citado:

A continuación el descrédito de la reputación del Venerable Fundador al que le exigían que realizase no se qué tipo de retractación en su lecho de muerte, cuando solo podía responder con signos. No querían administrar los sacramentos sin esa retractación cuyo contenido desconocemos, que no podía expresar y que se ha dado por supuesta. Como consecuencia de esto, se ha procurado que se olvidase la memoria del Fundador después de haberla manipulado³⁹⁵.

El P. Chevaux es sin duda un santo (...). El P. Chevaux participó en las persecuciones de la Administración General contra el P. Chaminade, colaboró para que no permitiesen que recibiera los últimos sacramentos si no realizaba una retractación pública de sus palabras, de sus actos y de sus escritos ante los religiosos y los novicios de Santa Ana. La única condescendencia que se tuvo con el Buen Padre Chaminade consistió en invitar al P. Collineau, uno de los primeros sacerdotes congregantes de la Compañía a que le asistiese espiritualmente. Llevaba ya muchos años fuera de la Compañía de María. Dejó la Compañía, porque se creía llamado al santo ministerio, a predicar retiros, a dirigir las Congregaciones de hombres o a trabajar en las misiones. No quería trabajar en la enseñanza ni en la capellanía de un colegio. Era el párroco de la gran parroquia de San Luis, en Burdeos. Allí, en la habitación del P. Chaminade, junto a su cama, delante de toda la comunidad, gritó al oído del santo anciano que ya no veía, que apenas oía, y que no podía hablar: «Retráctese de todo lo que ha dicho y hecho contra la Administración. Si me oye, si me comprende, si desea hacerlo, apriéteme la mano». Entonces le dio la absolución y la extremaunción. Pero un testigo ocular, uno de los que estaban más cerca de la cama, uno de los que estaban más atentos, que era entonces novicio y es hoy sacerdote de la Compañía, tenía los ojos fijos en sus dos manos y no percibió nada que pueda convencernos de que el pobre moribundo comprendió y expresó lo que se le pedía. Le ha quedado de estas escenas una impresión tal, que le hace estremecerse siempre que lo recuerda, incluso cuando sucede de forma involuntaria³⁹⁶.

El P. Caillet escribió unos meses después una carta al Nuncio Fornari, para comunicar la versión oficial. Se muestra menos categórico en el tema de la retractación del P. Chaminade:

Después de haber realizado esos actos [la separación de la Compañía y la redacción del tercer testamento], pareció querer reconciliarse con nosotros, pero continuó defendiendo sus antiguas pretensiones y exigiendo que se reconociese, en su calidad de Fundador, que tenía un poder ilimitado sobre toda la Compañía. No pudimos aceptar sus peticiones. Mientras pensaba de esta forma, le sorprendió la muerte el pasado mes de enero, después de haber estado unos quince días sin poder hablar debido a una parálisis parcial. Como durante todo ese tiempo solo podía expresarse mediante signos, no fue posible saber cuáles eran sus verdaderos sentimientos en ese momento supremo³⁹⁷.

Descubrimos el clima que reinaba en algunos ámbitos de la Compañía al estudiar la correspondencia de la época. El P. Bremans expresó al P. Chevaux el deseo de que la Santísima Virgen no permitiese al Fundador morir en el estado en que se encontraba, y el P. Fidon rezaba a la Virgen para que le devolviese el uso de la palabra y

³⁹⁵ Étignard al cardenal Mathieu, 31 de julio de 1867. El original está en los archivos del Arzobispado de Besançon.

³⁹⁶ Étignard al cardenal Mathieu, 25 de septiembre de 1868. El original está en los archivos del Arzobispado de Besançon, en el Dossier de la Visita Apostólica de 1868.

³⁹⁷ Caillet al Nuncio, 21 de junio de 1850.

para que pudiese tener así una buena muerte³⁹⁸. El Sr. Clouzet intentaba encontrar algún consuelo en los últimos días del P. Chaminade:

Por lo menos, Dios le ha concedido una gracia importante al suscitar en él mejores sentimientos... Espero que María... obtenga para él la plenitud de la gracia³⁹⁹.

El P. Caillet, respondió a la consulta que el Vicario General de Rodez hacía en nombre de su obispo sobre el antiguo secretario del P. Chaminade, el Sr. Bonnefous, mediante una carta confidencial destinada personalmente del obispo:

El difunto P. Chaminade, Fundador de nuestra querida Compañía de María, llegó a sus 85 años viviendo de una forma muy edificante, multiplicando las buenas obras. A partir del momento de su dimisión como Superior General comenzó a desviarse un poco.

Quiso obstinadamente anular la dimisión algo después, cuando ya había sido aceptada por las autoridades eclesiásticas y civiles. Continuó insistiendo en que la dimisión era nula y sin validez legal. Ante esta situación, su Eminencia el arzobispo de Burdeos, en común acuerdo con el obispo de Besançon y con el arzobispo de Albi, traslado el asunto al tribunal de Roma para obtener una decisión canónica. La respuesta fue la siguiente: la dimisión fue real, válida y sin condicionamientos; se tenía que reunir el Capítulo General para proceder a una nueva elección de un Superior General según nuestras Constituciones, aprobadas por la Santa Sede.

Esta elección tuvo lugar, efectivamente, en octubre de 1845, obteniendo los elegidos una gran mayoría de los votos y con gran satisfacción de toda la Compañía de María.

El arzobispo de Burdeos comunicó al antiguo Superior General el resultado de las elecciones. Este tuvo la triste valentía de declarar que las votaciones eran nulas. Lo hizo en la protesta que envió en respuesta a la carta paternal de su arzobispo, quien lo animaba a aceptar la decisión con humildad.

No observando mesura en los intentos del P. Chaminade de dividir a los miembros de la Compañía, el arzobispo se vio obligado a solicitar una nueva decisión de Roma sobre las actuaciones del Capítulo General de la Compañía y sobre la elección del nuevo Superior General. Roma habló nuevamente declarando canónicas y válidas dichas actuaciones, es decir, la elección del Superior General y la de sus tres Asistentes Generales.

Este buen anciano, por otra parte muy respetado durante toda su vida, se obstinó siempre en su forma de entender este asunto. Nada logró modificar esa opinión. En enero de 1850, tuvo inesperadamente un ataque de apoplejía, que le impidió hablar. Pareció que volvía a manifestar mejores disposiciones. Expresó mediante signos su arrepentimiento. Cuando se consultó a su Eminencia, permitió que se le administrase el santo viático, con la condición de que prometiese mediante signos: que no conservaba ningún resentimiento contra ciertos miembros de la Compañía y que, si Dios le devolvía el uso de la palabra, se apresuraría en revocar el testamento que había hecho, después de nuestras discusiones, a favor de los Hospicios, y reparar así los daños que había ocasionado a la Compañía. Tuvimos el consuelo de ver que respondía afirmativamente mediante signos a estas dos preguntas y pudimos darle el santo Viático. Permaneció diez días entre la vida y la muerte y expiró sin haber revocado el testamento. La realización del testamento a favor de los Hospicios ha costado a la Compañía de María 80.000 francos, al tener que pagar las hipotecas y comprar las propiedades otorgadas a los Hospicios, puesto que estaban a su nombre⁴⁰⁰.

La Madre General de las Hijas de María fue informada de la muerte del Fundador el 24 de enero de 1850. El 25 de enero escribió a una de las comunidades del Instituto y anunció la noticia en estos términos:

³⁹⁸ Bremans a Chevaux, 25 de enero de 1850.

³⁹⁹ Clouzet a Chevaux, 25 de enero de 1850.

⁴⁰⁰ Caillet al obispo de Rodez, 25 de septiembre de 1856.

Él manifestó, por signos y por la clara expresión de su fisionomía, disposiciones que han edificado mucho y que han producido una gran satisfacción al arzobispo de Burdeos y a aquellos de sus hijos que han tenido el consuelo de recibir su último aliento⁴⁰¹.

Se había creado la leyenda. El marianista Bremans creyó que las últimas disposiciones anímicas del Fundador eran tales, que más valía no conservar el recuerdo por escrito. Expresó el deseo de que las circunstancias de su muerte se mantuviesen en secreto⁴⁰². En otra carta sugirió que se quemase toda la documentación referente a la controversia⁴⁰³.

D. Augusto escribió a su viejo amigo el P. Lalanne para comunicar la noticia que había recibido del P. Caillet el mismo día de la sepultura del P. Chaminade:

El P. Caillet, al que solo pude ver un momento el día del entierro, me dijo que experimentaron un gran consuelo todos ellos, debido al estado anímico en el que se encontraba en ese momento⁴⁰⁴.

El Sr. Mazières lamentó el hecho de que el Fundador hubiese muerto fuera de la Compañía de María y que hubiese legado sus bienes a los Hospicios de Burdeos en vez de dejarlos a sus hijos⁴⁰⁵.

Pero aquel a quien el cardenal Donnet llamaba «el santo de Burdeos», el P. Perrodin, fue el que expresó la mayor condena contra el P. Chaminade. Su actitud es incomprensible, sobre todo si se tiene en cuenta que fue elegido confidente íntimo por el Fundador en sus interpretaciones más profundas sobre la espiritualidad de la Compañía de María. En 1867 escribió al Sr. Bobby:

Deseo una Compañía sólida y basada no sobre unos cimientos ruinosos como, por ejemplo, el P. Chaminade, que ha muerto réprobo, sino sobre los cimientos de Pio IX que desea ocuparse de nosotros y que es un santo...⁴⁰⁶.

En los documentos de la época se encuentran varias alusiones a esta infame opinión⁴⁰⁷. La extravagancia de tal afirmación llamaba la atención incluso al P. Caillet, quien escribió al P. Léon Meyer cuando intentaba crear unidad entre los marianistas:

⁴⁰¹ La Madre General de las Hijas de María a la comunidad de Olmeto, 25 de enero de 1850.

⁴⁰² Bremans a Chevaux, 27 de enero de 1850.

⁴⁰³ Bremans a Chevaux, 30 de enero de 1850.

⁴⁰⁴ Augusto Perrière a Lalanne, 3 de febrero de 1850.

⁴⁰⁵ Mazières a Chevaux, 4 de febrero de 1850.

⁴⁰⁶ Perrodin a Bobby, 16 de septiembre de 1867.

⁴⁰⁷ Perrodin al Sr. Bernard, se desconoce la fecha - Extracto de la carta del Sr. Hausséguy al P. de Lagarde, ¿4 de enero de 1868?, en la que se encuentra esta cita de una carta del P. Perrodin al Sr. Bernard: «Por lo demás, nuestros asuntos están en buenas manos; no tenemos nada que temer si somos sumisos y fieles. Dirán, sin duda, que ya no es la Compañía del P. Chaminade. ¿Qué importa? Será la Compañía reformada por la Santa Sede. Ahora bien, entre la Compañía reformada por la Santa Sede y el P. Chaminade hay una distancia como del cielo a la tierra.

El P. Chaminade creía haber realizado maravillas y se equivocaba. La Sagrada Congregación ha echado por tierra su andamiaje con una sola palabra. Eso tenía que suceder; el pobre P. Chaminade ha terminado tan mal... Se me acusa de haber dicho que era un réprobo. Eso no se puede decir. Dios es el único que conoce lo que pasa en las últimas horas de la vida. Pero lo que se puede decir, lo que no se puede negar, es que la muerte del P. Chaminade ha sido deplorable y nos ha causado mucho daño. Es el momento final el que corona o no corona la obra. Pero finalmente es así».

Sobre las cartas del P. Chaminade al P. Perrodin, cf. L, V, nn. 1190, 1202, 1212, 1266, 1269, 1271.

En relación con este punto, uno de nuestros sacerdotes ha tenido la osadía y el orgullo de escribir esta frase: «Deseo una Compañía sólida y basada no sobre unos cimientos ruinosos, como por ejemplo el P. Chaminade, *¡que ha muerto réprobo!*». Estas palabras están destacadas, como puede usted ver. ¡A cuantos excesos, a cuantas horribles calumnias conduce la ofuscación en nuestra forma de ver las cosas! Uno cree que es sabio y llega a la locura⁴⁰⁸.

El P. Perrodin intentó, poco después, matizar su juicio intempestivo, pero sin demasiada convicción, porque continuaba pensando que el P. Chaminade había acabado mal, aunque nadie podía afirmar que fuese un réprobo.

Las dificultades de los últimos años y las sombras proyectadas sobre la muerte del Fundador atormentaron a la administración del P. Caillet. Se pueden encontrar huellas de esta obsesión en la correspondencia dirigida al Visitador Apostólico en 1868. El P. Lamotte, por ejemplo, que no era un simpatizante del P. Chaminade, escribió desde Gensac, el 16 de septiembre:

El P. Caillet me decía hace un año: «¿Se da usted cuenta de que sufro mucho?». Habría podido responder: «Sí, está pagando su deuda con el P. Chaminade».

En la misma carta describe la lamentable situación del Fundador durante sus últimos años:

Y nadie sentía lástima. Se reían de él, se hacían bromas a su costa⁴⁰⁹.

Desde Ribeauvillé, el marianista Hoffman envió sus comentarios al Visitador en la carta del 17 de septiembre de 1868:

Otra causa de nuestras miserias, de las dificultades, de los escándalos en la Compañía, es el recuerdo entre los religiosos mayores de la conducta indigna e inexplicable de algunas personas que ocupaban cargos importantes en la Compañía en su relación con el venerable Fundador de la Compañía de María. Realizaron intrigas ignominiosas para suplantar al muy venerable P. Chaminade en sus funciones de Superior General e hicieron que sufriese una situación muy penosa en sus últimos días. ¿Puede dicho recuerdo facilitar el amor y la sumisión hacia una autoridad que ha sido culpable de tales fechorías? Si esos hombres hubiesen sido castigados en la forma en la que habían

⁴⁰⁸ Caillet a Léon Meyer, 19 de octubre de 1867: «Sin duda, la buena noticia, que el Sr. Sorlot habría deseado llevaros, sería que cada uno de nosotros renunciaba a la divergencia de sentimientos, a la persistencia en la forma de ver, de hablar y de hacer, con el fin tener únicamente el *cor unum et anima una* de los primeros cristianos. ¡Pero, qué lástima!, ¡qué lejos estamos de ese acuerdo! Unos quieren las cosas de una manera, otros de otra, etc., hasta tal punto que este espíritu de división nos ha ocasionado males incalculables que solamente la Santísima Virgen podrá curar con el tiempo. En relación con este asunto, uno de nuestros sacerdotes ha tenido la osadía y el orgullo de escribir esta frase: «Deseo una Compañía sólida y basada no sobre unos cimientos ruinosos, como por ejemplo el P. Chaminade, *¡que ha muerto réprobo!*». Estas palabras están destacadas, como puede usted ver. ¡A cuantos excesos!, ¡a cuantas horribles calumnias conduce la tenacidad en nuestra forma de ver las cosas! Nos creemos sabios y llegamos a la locura.

Lo mejor que podemos hacer ahora no es conseguir que prevalezcan nuestros sentimientos personales, como en el caso del sacerdote separatista citado, sino esperar en el silencio de la oración y en una humilde sumisión a la decisión de la Santa Sede que se producirá al final de la Visita Apostólica.

Soy en Jesús y en María vuestro afligido y espiritual Buen Padre».

El P. Perrodin era partidario de la separación entre sacerdotes y religiosos laicos. Existen cartas en este sentido en los archivos de la archidiócesis de Burdeos.

⁴⁰⁹ Lamotte al cardenal Mathieu, 16 de septiembre de 1868. El original está en el Dossier de la Visita Apostólica de 1868, en el Arzobispado de Besançon.

pecado, el mal habría sido menor; pero podemos atrevernos a decir que el castigo ha llegado a toda la Compañía, pues nunca, y en ninguna congregación religiosa, han llegado tan lejos la insubordinación y el desprecio a la autoridad como en la Compañía de María. Todos los que son o han sido responsables o directores de las comunidades se encuentran entre nosotros y pueden explicar hasta qué punto su autoridad no ha sido reconocida o ha sido despreciada día tras día⁴¹⁰.

El P. Lalanne formula este severo juicio:

Durante la administración del P. Caillet, la Compañía, que ya no era la familia del P. Chaminade sino el rebaño del que había dejado de ser el verdadero Pastor, perdió su verdadera naturaleza. Sus jefes: *non erant illorum, quibus datum salvare Israel*. Desapareció la confianza, se apagó el celo apostólico. La obediencia era pasiva. Los motivos humanos dirigían las almas y no la fe y la caridad. Cada uno buscaba únicamente las satisfacciones del amor propio, de la ambición y del bienestar⁴¹¹.

El religioso Justin Dumontet escribía en sentido similar al cardenal Mathieu, el 19 de septiembre de 1868:

Al gran malestar que existe en nuestra Compañía desde que nos desviamos del objetivo que se proponía el Fundador, se ha unido ahora otro lamentable y deplorable, la falta de confianza en el sucesor inmediato del P. Chaminade.

¡Si, nuestro Fundador ha sufrido muchas amarguras causadas por sus propios hijos durante sus últimos días! Los religiosos mayores, que han sido testigos de la mala conducta con este buen anciano, han reconocido que todos los males que ha sufrido nuestra Compañía en los últimos tiempos, son un castigo de Dios y una lección para la Compañía de María... Es él [el P. Caillet] quien ha alienado los corazones de todos los primeros religiosos de la Compañía⁴¹².

Otro religioso de la misma comunidad, en una carta fechada el 22 de septiembre de 1868, confirma las acusaciones de las dos cartas anteriores:

He visto con gran aflicción el dolor que se ha causado a nuestro P. Chaminade durante los últimos años de su vida. El P. Caillet nos ha creado muchos sufrimientos, al no haber sabido tratar a este respetable anciano. Esto ha producido mucho daño entre nosotros y ha impedido sentir simpatía hacia el Superior que se ha mostrado hostil con todos los que estaban a favor del P. Chaminade. La bondad paternal del Fundador no ha sido heredada por su sucesor⁴¹³.

A pesar de la vigorosa postura adoptada por la Administración General contra el Fundador, dos discípulos del P. Chaminade, los padres Rothéa y Léon Meyer, que le fueron fieles durante su vida, continuaron siéndolo después de su muerte. Cuando el P. Rothéa fue nombrado Provincial del Midi, se indicó al P. Caillet que era un hombre peligroso por lo que contaba a los novicios sobre el Fundador. Encontramos un ejemplo en lo que el P. Rothéa escribió al Sr. Ancel, en agosto de 1854:

⁴¹⁰ Hoffman, desde Ribeauvillé, al cardenal Mathieu, 17 de septiembre de 1868: Dossier de la Visita Apostólica, en los archivos del Arzobispado de Besançon.

⁴¹¹ Lalanne a Étignard, 10 de febrero de 1875.

⁴¹² Justin Dumontet al cardenal Mathieu, 19 de septiembre de 1868.

⁴¹³ Vieillemard al cardenal Mathieu, 22 de septiembre de 1868.

Ellos [los que en la Compañía de María quieren vivir en conformidad con Jesucristo] veneran e invocan al P. Chaminade, Fundador, muerto en olor de santidad, y cuya vida ha sido misteriosa, llena de fe, de buenas obras, frugal, caritativa, etc.⁴¹⁴.

Esta toma de posición del P. Rothéa, tan favorable al P. Chaminade, no dejó de provocar reacciones. Presentamos como ejemplo característico una carta del Sr. Vernois al P. Caillet.

Cordes, 19 de agosto de 1854

Querido Padre,

No sé si el buen Padre Provincial no estará difundiendo sus ideas a los novicios de Réalmont, que son buenos y sencillos israelitas. Una frase que oí hace dos días al Sr. Guillabert me ha llamado la atención: «Muy pocos religiosos tienen el espíritu primitivo de la Compañía».

¡Viniendo de Réalmont, eso resulta llamativo! Esa frase es equivalente, de acuerdo con el pensamiento del P. Rothéa, a la del P. Chaminade: «La Compañía que obedece al P. Caillet es bastarda». Pedí ayer al Sr. Guillabert que explicase el sentido de la frase que había pronunciado el día anterior. Estaba convencido que hacía eco a lo que dice el P. Rothéa, que creía que se había alterado el espíritu primitivo de la Compañía y que todos los novicios eran educados siguiendo estas ideas. Intenté razonar con el Sr. Guillabert en el tema de la ceguera inexplicable del P. Chaminade, tan alejado del espíritu religioso en sus últimos y tristes años. He pedido que no realice juicios sobre el espíritu actual de la Compañía, puesto que sus jefes legítimos, sus superiores canónicos, tienen la gracia de estado para discernir entre el espíritu que procede de Dios y el espíritu del mundo, para desenraizar los abusos y dirigirnos en el camino de nuestra vocación.

El Sr. Guillabert aceptó todo esto y está de acuerdo en que las ideas del P. Rothéa pueden ser una trampa para los novicios y un peligro para la Compañía en ciertas circunstancias.

He cumplido, venerado Padre, con un deber de conciencia al informar sobre un punto importante. Su propia sensatez le aconsejará sobre los medios a seguir para detener la influencia funesta de la difusión de las ideas del P. Rothéa en una casa importante para el reclutamiento espiritual. Si, en relación con este tema, usted me da instrucciones concretas a tener en cuenta en el retiro, trataré de ponerlas en práctica para que en la Compañía exista un único rebaño, como hay un solo pastor. En efecto, las divisiones y los cismas son el peor de los escándalos⁴¹⁵.

El P. Léon Meyer, que no había recibido todavía la noticia de la muerte del Fundador, escribió al P. Chevaux, el 27 de febrero de 1850:

Es probable que el P. Chaminade celebre la fiesta de San José en el cielo. Entonces todo irá mucho mejor, como me dijo hace mucho tiempo, hablándome de la fundación de las Hijas de María⁴¹⁶.

No solamente no compartía las ideas de la Administración General, sino que, pese a los esfuerzos de persuasión del P. Chevaux para que cambiase de opinión, nunca aceptó realmente que la elección del P. Caillet fuese legítima. Por eso, en 1865, cuando se estaba preparando el Capítulo General, tuvo la valentía de escribir al P. Caillet:

Sería deseable que realizase usted un gran acto de humildad que, tal vez, podría salvar a toda la Compañía; consistiría en reconocer ante Dios y ante los hombres que su elección como Superior General no fue válida⁴¹⁷.

⁴¹⁴ Rothéa a Ancel, agosto de 1864.

⁴¹⁵ Vernois a Caillet, 19 de agosto de 1854.

⁴¹⁶ Léon Meyer, desde Dayton, a Chevaux, 27 de febrero de 1850.

⁴¹⁷ Léon Meyer, desde Kemps, a Caillet, 23 de octubre de 1865.

La atmósfera creada por los padres Caillet y Chevaux durante sus mandatos en la Administración General descartaba la posibilidad de iniciar la Causa de Beatificación del Fundador. Participaron de forma tan activa en la triste historia de los últimos años, que no pudieron soñar con la posibilidad de su canonización. El mismo P. Demangeon nunca logró superar la influencia de esa «tradición» que había recibido del P. Chevaux. Basta con leer sus comentarios a la biografía del P. Simler⁴¹⁸. Lamentaba que la escena de la muerte del P. Chaminade, en la versión que hemos dado de los padres Chevaux y Caillet, no se hubiese descrito con todo detalle. El P. Klobb contestó a su crítica de la forma siguiente:

Sobre la muerte del P. Chaminade, teníamos el relato de usted y también el relato muy parecido del P. Chevaux, cuando escribió al P. Meyer que estaba en Estados Unidos. El Buen Padre no juzgó útil insistir más de la cuenta en la reconciliación porque se había insistido poco en la ruptura, por lo menos en el sentido en el que se la interpretaba. Además, nos parece que las ideas del P. Chevaux y del P. Caillet, en lo referente a la responsabilidad del P. Chaminade, no resultan evidentes en lo que respecta a la responsabilidad del P. Chaminade. Parece ser que consideraban que era *culpable* e interpretaron sus deseos como si se tratase de *remordimientos*. Esta interpretación no me parece completamente acertada⁴¹⁹.

El P. Simler reveló al P. Demangeon lo que pensaba sobre este tema espinoso. Terminaba así su explicación:

Esta parte de la vida del P. Chaminade necesita ser examinada exhaustivamente, pero no debe ser presentada al público⁴²⁰.

Comunicó al P. Demangeon, el 3 de mayo de 1902, la conclusión de ese estudio y prometió incluso enviarle un ejemplar⁴²¹.

■

Hemos podido constatar en este estudio que han existido siempre en la Compañía de María testigos favorables al Fundador, pero la rehabilitación del P. Chaminade se ha debido, sobre todo, a los padres Rothéa, Léon Meyer y Lalanne. Rothéa intentó, sin éxito, que el Capítulo General celebrado en San Remy en 1858, rehabilitase al Fundador⁴²². La petición planteada en su carta no fue escuchada. Benoît Meyer quiso que se leyese una carta similar en el Capítulo de 1865 y tampoco lo

⁴¹⁸ Cartas del P. Demangeon al P. Simler: 22 de febrero de 1902; 14 de marzo de 1902, con la respuesta del P. Klobb del 17 de marzo; 6 de enero de 1902 sobre la biografía del P. Chaminade escrita por el P. Simler: ASM, nn. 42, 43, 44, 38.

⁴¹⁹ Carta del P. Klobb al P. Demangeon, sin fecha.

⁴²⁰ Simler a Demangeon, 14 de enero de 1902.

⁴²¹ Simler a Demangeon, 3 de mayo de 1902: «Ayer terminé un trabajo sobre los últimos años y sobre la enfermedad del P. Chaminade; me parece que todo se explica mediante la exposición de los hechos, y que en Roma se decidirá que este accidente no es un obstáculo para la introducción de la Causa de nuestro venerado Fundador.

He entregado ayer estas páginas a los religiosos Riest y Klobb; encargaré al P. Klobb que os las envíe a continuación, puesto que usted tiene la bondad de interesarse en todo lo que concierne al P. Chaminade».

⁴²² Carta del P. Rothéa reproducida en el *Bulletin Chaminade*, del 10 de abril de 1967, n. 4. Cf. el testimonio del Sr. Eugène Canette sobre el tema del ensayo realizado por Benoît Meyer en el Capítulo de 1865: *Bulletin Chaminade* n. 5, del 10 de mayo de 1967.

consiguió. También Lalanne había preparado el texto de una larga intervención destinada al Capítulo general de 1858. En la cubierta de su manuscrito escribió el siguiente comentario: «No se ha leído; las mentes estaban llenas de prejuicios». El documento se titula: *Dessein ou esprit primitif de la Société de María* («Proyecto o espíritu primitivo de la Compañía de María»). Lalanne nos ha dejado otro escrito que está en los archivos del Vaticano. En él defendía al Fundador y estaba destinado al Capítulo General de 1868. Lalanne destacó igualmente las virtudes del Fundador en el discurso pronunciado con motivo del primer traslado de los restos del Fundador, en 1871.

El P. Lalanne resume su interpretación en una carta que escribió al P. Étignard el 10 de febrero de 1875:

Se formaron dos bandos: unos eran partidarios del P. Chaminade y los otros del P. Caillet. Estos últimos eran muy pocos y casi todos eran miembros de la Administración. Pero el P. Caillet tuvo la habilidad de presentar el asunto a los obispos, que estaban en Roma, de un modo tan favorable a su tesis, que consiguió la condena de su superior y padre, y la confirmación de su elección que había sido radicalmente nula. Los religiosos se sometieron a la decisión de Roma y también el Fundador, pero los corazones estaban doloridos y las conciencias indignadas; cada uno decía: aquí hay alguien que nos engaña.

Los que pensaban seriamente y de forma independiente razonaban de esta forma: o el P. Chaminade ha sido inspirado por Dios para fundar la Compañía de María, o ha emprendido esta obra guiado únicamente por un sentimiento piadoso, pero de tipo humano y natural. En esta segunda hipótesis, esta obra no es la obra de Dios y no durará mucho. Pero si la primera hipótesis es la correcta, si se separa la obra del hombre que tenía la misión de crearla, degenerará y no podrá regenerarse si no se vincula nuevamente a las tradiciones del Fundador⁴²³.

Lalanne explica la forma en la que el Fundador fue manipulado hasta conseguir su dimisión y estudia el auténtico contenido de su dimisión. Denuncia las irregularidades del Capítulo General de 1845. Indica, finalmente, el cambio de opinión del cardenal Donnet, al mostrarse favorable al Fundador. Cuando el arzobispo se dio cuenta de que había recibido informaciones tendenciosas, era demasiado tarde para poder reparar el perjuicio causado. Intentó, por lo menos, mediante su testimonio, reparar el daño infligido a la memoria del P. Chaminade. El P. Lalanne declaró en relación con este tema:

Podría citar como testigos a todos los miembros del Consejo del arzobispado de Burdeos, al decir que el ilustre Cardenal que lo preside afirmó, de forma que todos pudiesen escucharle, que había sido inducido a error en los asuntos del P. Chaminade; que las informaciones, que había recibido de la Administración General y que había enviado a otros obispos o al tribunal de Roma, no eran conformes a la verdad. Hoy rehabilita plenamente la memoria del P. Chaminade y reconoce que ha sido el autor principal y el inspirador de todas las buenas obras, de todo el bien que se ha hecho y continúa haciéndose en su diócesis⁴²⁴.

⁴²³ Lalanne a Étignard, 10 de febrero de 1875.

⁴²⁴ LALANNE, *Projet de discours pour le Chapitre de 1868*. Cf. también la carta del P. Étignard a Lalanne, del 8 de septiembre de 1871: «Todo está dispuesto y preparado para el traslado de los restos del Buen Padre Chaminade del panteón de los sacerdotes al panteón monumental que la Compañía de María ha hecho erigir en recuerdo inmortal del piadoso, del fervoroso, del santo apóstol de todas las buenas obras [palabras del cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos]».

No fue la única vez que el cardenal Donnet manifestó ese cambio de postura, ahora a favor del P. Chaminade. El P. Benoît Meyer cuenta que, delante de un grupo de personas reunidas en la biblioteca de la Magdalena entre las que se encontraban los padres Perrodin, Desgrandschamps y Henri, el cardenal declaró:

Sí, no conocía, no apreciaba a vuestro Padre Chaminade. Era un santo. Cuando se va al origen de todas las buenas obras de la diócesis, siempre se encuentra el nombre del Padre Chaminade⁴²⁵.

Hacia 1873 el Cardenal visitaba la parroquia de Barsac. Uno de los religiosos que asistían a la ceremonia nos ha dejado esta explicación:

Terminada la confirmación, su Eminencia subió al púlpito para dirigir algunas palabras de edificación a los fieles... El párroco le explicó las obras apostólicas de la parroquia: Su Eminencia escuchó atentamente. Cuando terminó, el Cardenal le interpelló en estos términos:

–Párroco, ¿no hay Hermanos en vuestra parroquia?

El párroco se levantó muy avergonzado y respondió:

–Sí, Eminencia.

–¡No contesta usted a mi pregunta! [Estábamos confusos].

–Estos son mis hermanos... No ha oído usted hablar del P. Chaminade, mi antiguo Vicario General, antiguo Administrador de Bazas, que hizo tanto bien en nuestra diócesis... quien, en la Revolución, arriesgó mil veces su vida para socorrer y para consolar a los fieles que estaban sin pastor... ¡La próxima vez no se olvide de hablarme de estos buenos hermanos a los que quiero tanto! El P. Chaminade sufrió mucho, incluso por parte de sus hijos, que le obligaron a morir fuera de la Compañía. Soportó todo con una calma y una paciencia dignas de un santo y no tengo la menor duda de que un día será colocado en nuestros altares⁴²⁶.

Otro testigo, el P. Martial, Vicario General, cuando el P. Lalanne fue nombrado canónigo de la iglesia metropolitana de Burdeos, recordó la memoria del P. Chaminade. Declaró sobre nuestro Fundador que el cardenal Donnet

consideraba que este venerable eclesiástico era uno de los sacerdotes más virtuosos y más inteligentes de su diócesis⁴²⁷.

De hecho, el Cardenal manifestaba cierto resentimiento hacia quienes lo engañaron. Expresó lo que pensaba en una eucaristía celebrada en nuestro colegio, en Santa María de la calle Mirail. El religioso Corbin nos cuenta que, ese 10 de julio de 1875, el Cardenal fue interpellado por el P. Desgrandschamps. El prelado, algo irritado, respondió durante media hora, sin tratar demasiado bien a

⁴²⁵ Memorias de Benoît Meyer. En otro relato, Benoît Meyer añade: «Estaban presentes muchos de los sacerdotes de la diócesis, M. Gignoux, Vicario General, etc., los padres Perrodin, Desgrandschamps, Henri; yo también estuve presente».

⁴²⁶ Memorias del Sr. Marval. Confirmación realizada por el cardenal Donnet en la parroquia de Barsac (¿1872-1873-1874?); falta la fecha.

⁴²⁷ *L'Aquitaine* (Semana Religiosa de la diócesis de Burdeos) n. del 25 de abril de 1874: Discurso del P. Martial, Vicario General: «Me agrada referirme a los inicios del P. Lalanne en la enseñanza: era en 1815. Había sido formado en la piedad cristiana y en el celo por la salvación de las almas por un valiente confesor de la fe, el P. Chaminade. Su Eminencia, el cardenal Donnet, gran conocedor de personas, decía frecuentemente que consideraba que ese venerable eclesiástico era uno de los sacerdotes más virtuosos y más inteligentes de su diócesis. El P. Lalanne fue el mayor de los hijos adoptivos del Fundador de la Compañía de María. Es casi el único superviviente de la primera generación del patriarca».

los miembros ingratos de la Compañía de María que habían desconocido y apenado al P. Chaminade, que habían renegado de sus orígenes...⁴²⁸.

En 1877, el P. Étignart, siempre fiel al P. Chaminade, escribió a su amigo Lalanne para comunicar su preocupación ante la posibilidad de que los restos del Fundador fuesen tal vez exhumados y trasladados a la sede de la Administración General. Tenía un interés especial en que el P. Chaminade descansase en la Cartuja de Burdeos, ya que había tomado la iniciativa de construir un panteón para trasladar los restos del Fundador, que estaban enterrados en la sección de los canónigos de Burdeos. El P. Lalanne respondió que no había nada que temer y que, por otra parte, nadie había pensado en un traslado del cuerpo. Además, un obstáculo insuperable habría detenido el proyecto: el cardenal Donnet. Según el P. Lalanne, el arzobispo afirmaba que

el nombre y los restos del P. Chaminade, su antiguo canónigo honorario, eran uno de los tesoros religiosos de su diócesis⁴²⁹.

Pero todos estos testimonios favorables al P. Chaminade no habrían servido de nada si los padres Simler y Klobb no hubiesen realizado el estudio de los años difíciles, de 1841 a 1850. A pesar de su preocupación por salvaguardar la buena fama de todos los protagonistas de este drama, expusieron esta visión histórica tal como aparecía en los documentos que pudieron consultar. Hacia el final de sus largas investigaciones, el P. Klobb experimentó algunas dudas sobre la validez de la interpretación del P. Simler, a la que se había adherido. Los padres Hiss y Lebon continuaron el trabajo, investigaron más y más, y completaron la documentación. Cuando el P. Hiss fue nombrado Superior General, se pudo proceder a la introducción de la Causa, porque las dificultades dentro de la Compañía habían desaparecido. Pero, si han sido precisos tantos años para rehabilitar la memoria de nuestro Fundador, para que pueda resplandecer el esplendor de su santidad, ¿puede extrañarnos que los no iniciados hayan tenido que superar tantos obstáculos para admitir que el P. Chaminade practicó todas las virtudes cristianas en grado heroico?

⁴²⁸ Corbin a Lalanne, 24 de agosto de 1875: «El 10 de julio, Su Eminencia vino a celebrar la eucaristía al internado Santa María (Calle du Mirail). Arengado por el P. Desgrandschamps, se ha referido –con un cierto enfado, *ab iratio*–, durante por lo menos media hora, a los miembros ingratos de la Compañía de María que habían desconocido y apenado al P. Chaminade, que habían renegado de sus orígenes, etc.».

⁴²⁹ Lalanne a Étignard, 4 de febrero de 1877: «Pero además de esa necesidad, se encontraría usted con otro obstáculo: con la resistencia de la autoridad eclesiástica del Arzobispado de Burdeos. El cardenal ya ha manifestado con claridad su parecer. Como considera que en el origen de todas las buenas obras de su diócesis se encuentra la mano y la iniciativa del P. Chaminade, reclama el nombre y los restos del P. Chaminade, su antiguo canónigo honorario, como uno de los tesoros religiosos de su diócesis».